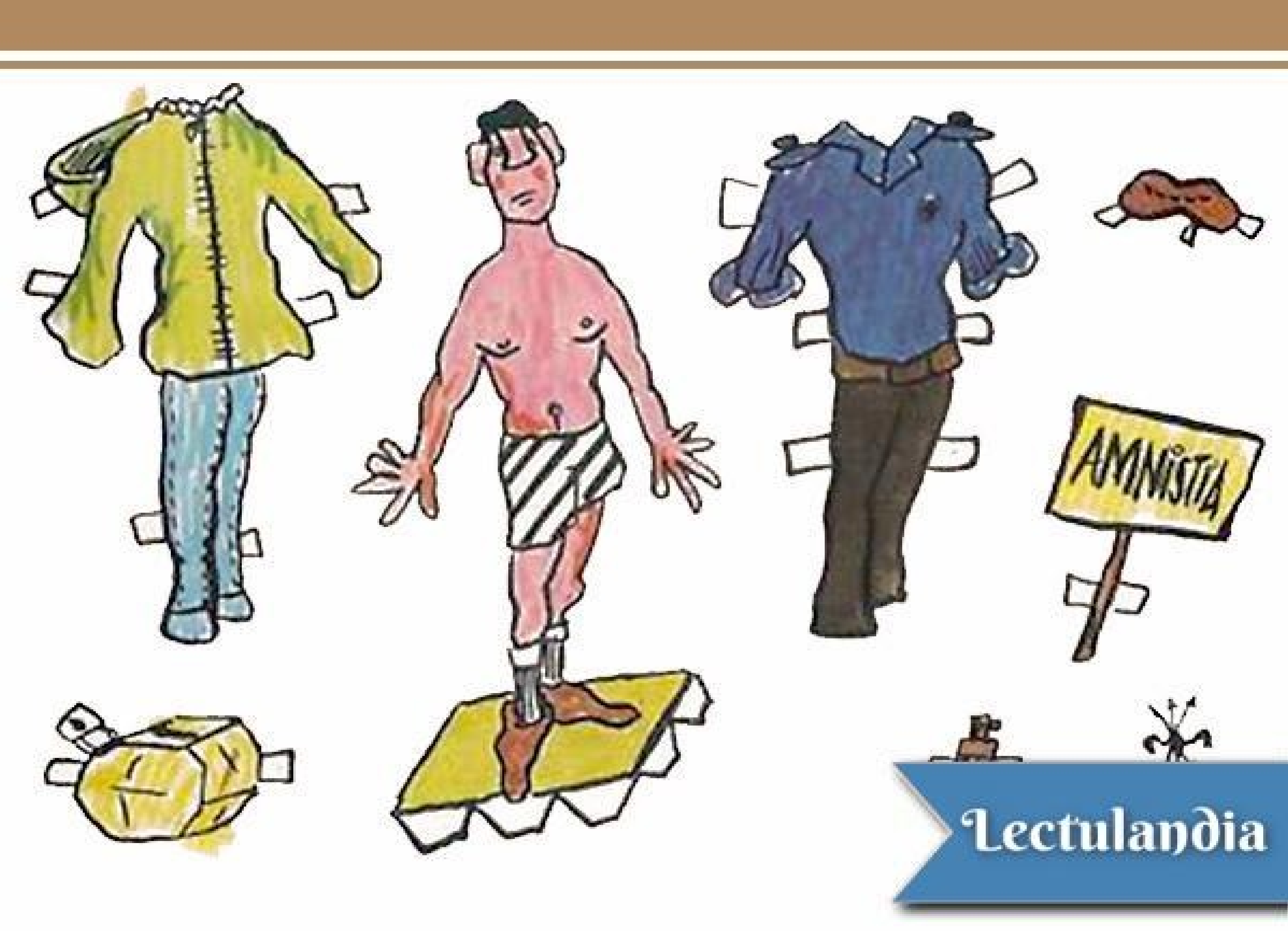
Fernando
VIZCAÍNO CASAS

de "camisa vieja" a chaqueta nueva

crónica de una evolución ideológica



Ésta es una dura crítica, un alegato en ocasiones feroz contra cierta clase de personas que, después de lucrarse en todos los órdenes durante los casi cuarenta años de régimen franquista, se presentan como fervorosos adictos (de toda la vida) al régimen socialista y tratan de borrar su pasado.

La obra es, al propio tiempo, como un repaso, tan esquemático como fidedigno, a la historia española que comienza el 18 de julio de 1936 y termina en los momentos trascendentales que estamos viviendo. En el relato, las figuras de ficción conviven con otras autenticas y la anécdota inventada discurre en escenarios y contornos nacionales absolutamente ciertos. Ello presta singular interés al libro, escrito por Vizcaíno Casas con su conocido y tan celebrado estilo satírico, realista y, al mismo tiempo, abundante en notas de inmensa fortuna.

Fernando Vizcaíno Casas

De «camisa nueva» a chaqueta vieja

crónica de una evolución ideológica

ePub r1.0
jandepora 02.11.13

Título original: *de “camisa nueva” a chaqueta vieja*
Fernando Vizcaíno Casas, 1976
Diseño de portada: Hans Romberg

Editor digital: jandepora
ePub base r1.0

Suspiró entonces mío Cid, de pesadumbre cargado, y comenzó a hablar así, justamente mesurado: «¡Loado seas, Señor, Padre que estás en lo alto! Todo esto me han urdido mis enemigos malvados».

ANÓNIMO

Nota del autor

Ésta es una historia inventada. Lo que sucede es que se parece mucho a otras historias que últimamente hemos conocido en la realidad del país. Conste, sin embargo, que personajes y sucedidos son fruto exclusivo de mi imaginación. Claro que, si alguien se da por aludido y se pica, allá él.

F. V. C.

Lo suelen contar como chiste gallego, pero vayan ustedes a saber.

Santiago le dice a su amigo Pepiño:

—Lo tuyo no tiene nombre, rapaz. Primero fuiste radical, después te afiliaste al socialismo de Casares, más tarde estabas en la derecha de Calvo Sotelo, cuando el Alzamiento asegurabas ser falangista. ¡Y luego, Pepiño! ¡Tú cambias continuamente de idea!

—No lo creas. Mi idea de siempre fue ser concejal…

La manifestación se estaba desarrollando de una manera perfecta. Como debía ser; que por algo se trataba de la primera manifestación autorizada en la ciudad, luego de cuarenta años (realmente eran tan sólo treinta y siete, pero siempre se redondea) de autocracia. Muchachos con barba negra y brazalete blanco encauzaban a la masa por el centro de la calle, bajo la mirada benévola de las llamadas fuerzas del orden, que no tuvieron que intervenir en una sola ocasión. Al frente de la muchedumbre (10 000 personas, según la agencia Cifra; 20 000, al decir de los que lo vieron; 50 000, según los organizadores), marchaban agarrados por el brazo, sonrientes, gloriosos, los líderes. Y entre ellos, a la derecha (fue una mera coincidencia, que él lamentó muchísimo), Manolo. Manolo iba sin corbata, naturalmente, con pantalones vaqueros y un clavel rojo en el ojal de su chaqueta. Manolo tenía sesenta años, pero no los aparentaba; y eso que al dejarse crecer la barba (por inexcusables razones políticas), le había salido con abundantes canas.

Los manifestantes llevaban muchísimas pancartas, la mayoría de ellas con *slogans* en forma de verso, que es lo que gusta últimamente. Así, podía leerse en una: «De noche como de día, más amnistía», y en otra, «El pueblo unido, bien comido y bien vestido», y en la de más allá, «El trabajo es cosa sana, cuatro días por semana». La más vitoreada, sin embargo, fue una, pintada en rojo vivo, en la que se proclamaba: «Felipe, atiende; tú nos gustas más que Allende». Además de las pancartas, la multitud enarbolaba toda clase de banderas (excepto la española) y entre ellas, las de Soria libre, Badajoz independiente y Torrejón de Ardoz en defensa de sus fueros.

La comitiva entonaba cánticos muy diversos, pasando con facilidad de *La Internacional* al *Virolai* y de *La Marsellesa* a los temas de Raimon y Lluís Llach. Algunos atacaron *Joven guardia*, pero la mayoría no se sabía bien la letra, por lo que hubo que entonar a renglón seguido una melodía del cantautor Pi de la Serra. Con singular emoción se interpretaron las canciones de Joan Manuel Serrat, que fue vitoreado entusiásticamente, mezclándose los «vivas» con emocionadas referencias al ex presidente mejicano Luís Echeverría. Lo que propició que se entonasen unos corridos sobre temas de Jorge Negrete. Esto disgustó a los puros, que sabían que Negrete había sido un reaccionario.

Finalmente, la manifestación llegó ante el Gobierno Civil y se destacaron los líderes, que tenían que entregar a la primera autoridad provincial las conclusiones de la masa. Aquellas conclusiones habían sido muy democráticamente discutidas en la reunión celebrada en la parroquia de Santa Genoveva y San Gabriel, tres días antes. Las sugerencias recibidas fueron muchas y los ponentes tuvieron que meditar sabiamente antes de llegar a la redacción de las conclusiones. Porque el tema de una mayor amplitud para la amnistía se enfocaba con una inmensa diversidad conceptual.

Quedaba indiscutida, claro es, la amnistía para los infamemente llamados terroristas y para el simpático *Lute*, pero bastantes incluían también en la petición la amnistía para los trabajadores despedidos por sentencia firme de la Magistratura y otros propugnaban incluso la amnistía para las letras protestadas por falta de pago, sin que faltaran quienes solicitaban que se aumentara a cuantos estaban al descubierto en el abono de las rentas del alquiler de sus viviendas. La ponencia (Manolo formaba parte de ella) supo ponderar todas las peticiones, redactando una fórmula ambigua y llena de sugestiones: «Pedimos una amnistía total y auténtica que restaure las situaciones actualmente injustas, sin ninguna discriminación, freno ni matiz».

No había sido fácil, sin embargo, llegar a esta conclusión. Porque en las deliberaciones de la ponencia intervenían representantes de fuerzas democráticas muy diversas: las once variantes del Partido Socialista, las catorce facciones de Izquierda Republicana, los cincuenta y tres delegados de las distintas regionalidades que aspiraban a ser autónomas, las once versiones de la democracia en su Convergencia Europea, las distintas tendencias del maoísmo, los numerosos *agrupaments* de los partidos catalanistas, los encontrados grupos eúskaros y varios miembros del valencianismo militante. Menos mal que el Partido Comunista actuaba sin fisuras y acabó imponiendo su criterio. En lo que todos, desde un principio, estuvieron de acuerdo, fue en repudiar el programa del gobierno (que aún no se había hecho público) y en pedir la nacionalización de la banca, una más justa distribución de los impuestos y la tajante separación de la Iglesia y el Estado.

El gobernador civil recibió a los líderes de la manifestación con extrema cordialidad. Le acompañaban el presidente de la Diputación y el de la Audiencia. Dijo, muy sonriente, la primera autoridad de la provincia:

—Estamos dando un hermoso ejemplo de democracia. Espero que en Europa así lo reconozcan.

Le entregaron el pliego con las conclusiones y el señor gobernador comunicó, siempre entre sonrisas:

—Lo haré llegar a quien corresponde.

Se le sugirió que se asomara al balcón, ya que la muchedumbre estaba en puro cántico, y sonrientemente rehusó hacerlo:

—Los malintencionados, que nunca faltan, podrían interpretarlo como una provocación.

Entonces, reparó en Manolo. Manolo estaba en un discreto segundo plano, detrás de sus compañeros, como no queriendo ser advertido. Pero el gobernador viole y alegróse al verle y llamóle por su nombre:

—¡Manolo…!

Y Manolo no tuvo más remedio que adelantarse y estrechar la mano del gobernador y decirle, muy bajito:

—Hola, Paco…

Y Paco (el señor gobernador civil), con desatada euforia, no sólo le dio la mano, sino que le abrazó, al tiempo que preguntaba:

—¿Y qué haces tú aquí, hombre de Dios?

Y el hombre de Dios, inevitablemente conturbado, le contestó:

—Vengo en representación del PSOE, rama histórica, tronco secular, facción purísima.

Y el gobernador, sin aparentar la menor extrañeza, comentó:

—No te veía desde nuestros tiempos del Frente de Juventudes. ¡Condenado Manolo, qué listo has sido siempre!

Y Manolo, aunque no le apetecía nada hacerlo, tuvo que recordar…

I

La secretaria (vestida de camisa azul sobre la que llevaba una rebeca beige, porque en la oficina sin calefacción hacía un frío respetable) descolgó el teléfono para contestar maquinalmente:

—¡Arriba España! Dígame…

Desde la otra parte del hilo le respondieron:

—¡Arriba siempre! ¿Está el camarada Blázquez-Villa?

—¿Quién le llama?

—Manolo Vivar de Alda.

—Un momento, por favor.

Y al momento, efectivamente, otra vez la suave voz de la secretaria anunciaba:

—Le pongo.

Retumbó el auricular con el vozarrón del camarada Blázquez-Villa:

—¡Arriba España! ¿Cómo estás, Manolo?

—¡Arriba siempre! Muy bien y a tus órdenes.

—No he olvidado lo tuyo. Ayer le hablé al jefe provincial. Oye, ¿tú sabes algo de deportes?

—Pues claro que sí, hombre. Antes de la guerra era socio infantil del Madrid y tengo en casa un autógrafo de Ricardo Zamora. Además, nado muy bien y monto en bicicleta todos los veranos en Zarauz.

—Estupendo. El jefe provincial me decía que está vacante el cargo de delegado provincial de Educación Física y Deportes; yo le anticipé que tú podías desempeñarlo a las mil maravillas y ya veo que acerté al confiar en tu capacidad y conocimientos.

—Gracias, camarada.

—Te espero mañana temprano. O sea, a eso de las once, aquí en la Jefatura.

—A las once en punto estaré en tu despacho.

—De uniforme, naturalmente.

—Naturalmente. Un abrazo muy fuerte.

—Otro para ti.

Manolo Vivar de Alda colgó el teléfono, se alisó con las manos el fino bigotillo negro, en un tic muy suyo y volvió a la barra del bar. Terminó de un trago el resto del gin-fizz que había dejado en el vaso y con un gesto suficientemente explícito indicó a Mañez que le preparase otro. Con gesto similar llamó al limpiabotas, que en seguida se colocó a sus pies y comenzó el embetunamiento. Manolo le ofreció un Lucky y esperó que le encendiera el suyo.

—Valeriano, el otro día me contabas que eras muy deportista, ¿no?

—Ya lo creo, don Manuel. En la medida de lo posible, claro; porque el tiempo no sobra, compréndalo. Pero hemos formado un equipo de balonmano y vamos los

primeros en el campeonato provincial.

—¿Y en qué consiste eso del balonmano?

—Pues como si fuera fútbol, pero jugando el balón con las manos. También hago atletismo; los cuatrocientos vallas. Lo malo es que no tenemos material para entrenarnos y los domingos por las mañanas, que es cuando vamos al campo de fútbol del barrio, colocamos unas sillas y eso es lo que saltamos, porque no hay vallas.

—Lamentable. El deporte es una necesidad social, Valeriano, y en la Nueva España le dedicaremos la atención que se merece, fieles al lema de *mens sana in corpore sano*.

—Sí, señor, sí —dijo Valeriano, que no había entendido el latinajo—. ¿Me permite el otro pie?

Manolo, aun antes de tomar posesión, ya estaba mentalmente en funciones de delegado provincial de Educación Física y Deportes. Así de grande era su sentido del deber y de la disciplina. Los mismos que venía manifestando desde que, el 23 de julio de 1936, se dio de alta como militante en Falange Española de las JONS, una vez que tuvo la certeza de que el Alzamiento había triunfado en su ciudad. (Eso se ha llamado luego «lealtad geográfica»). Cuarenta y ocho horas le bastaron para conocer a fondo los textos fundamentales de José Antonio (que hasta entonces nunca había leído, porque su familia era más bien de la CEDA y él, personalmente, se manifestaba apolítico) y como tenía la palabra fácil, fue destinado por el Mando a la sección de Propaganda, donde descolló en seguida como uno de los oradores más brillantes del Partido. Como, además, había terminado primero de Filosofía y Letras, se le presumía una cultura superior a la normal. En agosto del 36, Manolo dirigía ya de hecho todas las actividades propagandísticas de la provincia, y lo hacía con tanta eficacia que las autoridades militares le dispensaron de marchar al frente.

—La guerra hay que ganarla también en las barricadas donde se crea un estado de opinión favorable a las verdades eternas de nuestro Movimiento —comentó él, cuando el coronel le dio la noticia.

—Efectivamente, joven —dijo el militar—. Que luche usted con todo fervor en ese difícil frente que se le encomienda.

—Sólo de esta forma compensaré el dolor que me causa no poder alinearme, fusil en mano, con los camaradas que combaten en primera línea…

Apenas salió de la Comandancia, llamó a casa por teléfono:

—Todo arreglado, papá. Me quedo aquí definitivamente.

—Estupendo, hijo. Tengo que llamar al general para darle las gracias.

—No iré a comer; estamos preparando unas octavillas que nuestros aviadores han de dejar caer sobre Madrid.

—Cumple con tu deber antes que nada, Manolo. Y no te preocupes por nosotros,

que comprendemos tus muchas obligaciones.

Pero como este país está lleno de exaltados, no todos los demás comprendieron en la ciudad ese estricto sentido del deber de Manolo Vivar de Alda y, allá por octubre, tres falangistas que regresaban al frente se encararon con él, cuando estaba sentado en un velador del bar Club, tomando el aperitivo. La verdad era que los muchachos llevaban alguna copa de más; pero ni eso podía justificar la insolencia con que le gritaron:

—¡Enchufado!

—¡Emboscado!

—¡Sinvergüenza!

Estas atrocidades se las decían sin el menor respeto al uniforme que vestía Manolo, camisa azul con correaje y pistola al cinto. Tuvo Manolo serenidad suficiente para no hacer uso del arma y como, por afortunada coincidencia, pasaba por allí la pareja militar de vigilancia, la llamó y luego de darse a conocer como jefe provincial de Propaganda, rogó que convenciera a los exaltados muchachos para que no tuviese que adoptar contra ellos severas medidas disciplinarias. Los combatientes tampoco demostraron mayor interés en dramatizar la situación y se alejaron prontamente, aunque uno de ellos escupió en el suelo y dedicó un recuerdo poco amable a la ascendencia del jefe provincial de Propaganda, que éste, por fortuna, no llegó a oír. O al menos hizo como que no oía.

Aquel incidente, sin embargo, caló hondo en el espíritu patriótico de Manolo, que para evitar nuevas suspicacias solicitó de sus superiores una autorización para irse al frente. Naturalmente, en funciones de su cargo; no se trataba de acudir a la primera línea, fusil en ristre, sino de montar en las zonas cercanas a las operaciones militares un aparato propagandístico que levantara la moral de los soldados nacionales. La idea fue muy bien recibida por el Mando, que puso a disposición de Manolo un automóvil «Balilla», con su conductor. Durante dos semanas, desarrolló Manolo una incansable labor en las proximidades de las trincheras; recitó versos de José María Pemán a través de los altavoces; repartió hojas escritas en cyclostile difundiendo consignas; escribió y hasta dibujó numerosos periódicos murales; se convirtió en receptor de cartas solicitando madrinas de guerra, a las que dio curso, con inmediatos resultados. Tuvo, además, la fortuna de que una mañana estallase una bomba relativamente cerca de la tienda donde estaba redactando una de sus arengas y como, al salir precipitadamente para cubrirse, perdió pie y al caer se fracturó la muñeca, su regreso a la ciudad —ostentosamente escayolado— resultó triunfal.

El Decreto de Unificación, en abril del 37, provocó en Manolo pasajeros problemas de conciencia. Su jefe territorial de Falange le ordenó que lo desobedeciera, porque tal era la consigna recibida del Mando superior. Vaciló durante dos horas Manolo; tiempo suficiente para que le llegase la noticia de la detención de

Hedilla y para que su acendrado sentido del deber le impulsara a integrarse sin desmayo en la Nueva Falange Española Tradicionalista y de las Juntas de Ofensiva Nacional Sindicalista, a cuyas siglas añadían ciertos mendaces criticones «y de los grandes expresos europeos». Fue llamado a Burgos y conoció a Dionisio Ridruejo, que le fascinó por su entusiasmo y su ardor combativo. En un solo día escribió siete artículos distintos (de forma, porque en el fondo eran uno solo) exaltando el sumo acierto de la unificación. Se publicaron en otros tantos periódicos y renunció a cobrarlos.

Al regresar a casa se encontró con la grata sorpresa de que sus padres le regalaban un uniforme del Partido. O sea, la camisa azul, la guerrera y los pantalones negros, el correaje doble pespunteado, la boina colorada. Y sobre el bolsillo de la derecha, aquel escudo tan hermoso que se había creado para los servicios de propaganda y que representaba un águila plateada con un círculo central del que partían unos haces. A él le hubiese gustado llevar botas altas; pero se trataba de una versión heterodoxa del uniforme, que solamente se les consentía a algunos jerarcas para que acentuasen así su totalitaria apariencia.

A mediados del 38 fue llamado a Salamanca; la guerra entraba en su fase final y entonces, más que nunca, había que intensificar la propaganda. Asistió a reuniones con los más destacados intelectuales franquistas —Laín Entralgo, Antonio Tovar, Mourlane Michelena, Pemán, García Sanchiz— y sus iniciativas para llevar a las provincias que estaban en trance de liberación el espíritu y las consignas del Nuevo Estado fueron muy bien recibidas. Una vez nombrado inspector general de Publicaciones y Medios Difusores, solicitó incorporarse al frente como simple combatiente; pero se le hizo ver que su verdadero puesto estaba, una vez más, en las sufridas oficinas de la retaguardia y de nuevo se resignó. Entre su importante tarea de los meses siguientes, destacaron sus glosas periodísticas de los postulados básicos del régimen: «España es una unidad de destino en lo universal». «Nuestro estilo es ardiente y combativo». «Por el mar, hacia el Imperio». «Por el Imperio hacia Dios». «¡Arriba el campo!».

Cuando el Ejército nacional liberó Barcelona, Manolo desempeñó una ardua tarea de propaganda, centrada obsesivamente en el *slogan* de que había que hablar solamente la «lengua del Imperio». Potenció la difusión del semanario *Destino*, que se había creado poco antes por un grupo de catalanes combatientes de Franco y que postulaba una «política de unidad». En la capital catalana estuvo hasta mediados de marzo; entonces se trasladó al frente madrileño de la Ciudad Universitaria, donde preparó a conciencia el natural alarde informativo que la conquista de la capital tenía que llevar consigo.

Pero el Señor, en sus inescrutables designios, parecía empeñado en privar a Manolo de glorias castrenses. El 25 de marzo y en las trincheras cercanas al Clínico,

Edgar Neville había cocinado una colosal paella, que todos los jefes de la Sección de Propaganda degustaron con entusiasmo. Y rociaron con buen vino de Valdepeñas; también todos, excepto Manolo, que se empeñó en beber solamente agua. Y por aquella agua le vinieron unas fiebres tifoideas muy respetables, con temperaturas altas y acusada gravedad. Fue trasladado a un hospital de Segovia y allí pasó quince días entre la vida y la muerte; con lo cual ni se enteró de que el 1 de abril la guerra había terminado. Recobró la lucidez el día 11 del primer mes del «Año de la Victoria» y encontró junto al lecho a sus padres, que llevaban allí varios días, lógicamente angustiados por el estado de su hijo único.

Hasta la segunda quincena de mayo no abandonó el hospital y lo hizo en un estado de suma postración. Había perdido doce kilos, estaba pálido como la cera y los médicos le aconsejaron una larga convalecencia en algún paraje agreste. Decidieron sus padres trasladarle a Albarracín, en la provincia de Teruel, donde había un convento de escolapios que sólo habitaban tres padres de la orden, quienes con todo gusto (y por una discreta remuneración) se hicieron cargo del restablecimiento del muchacho, que justamente el día de su llegada había cumplido veintitrés años. La debilidad física de Manolo se complicaba ahora con una profunda depresión moral; porque con el pretexto de su enfermedad, sus enemigos solapados de siempre se habían movilizado, consiguiendo removerle de su cargo. Ya sabía él, ya, de dónde procedía la maniobra; de gentes envidiosas que llevaban meses difamándole ante las jerarquías y que finalmente habían logrado salirse con la suya.

Tres meses inacabables pasó Manolo en el convento de Albarracín. Los periódicos le llegaban con varios días de retraso, estaba prácticamente incomunicado con sus amigos y cantaradas y menos mal que tuvo la feliz idea de aprovechar la soledad para preparar las asignaturas de los tres cursos de Filosofía que había perdido por culpa de la guerra. No estudiaba demasiado; pero lo suficiente (pensaba) para aprobarlos, acogido a la natural benevolencia de los llamados «exámenes patrióticos» que se anunciaban para septiembre. Daba largos paseos por los pinares cercanos al pueblo, donde se encontraban huellas constantes de la contienda; algunas especialmente peligrosas, como bombas sin explotar y obuses con el casquillo averiado. Mantenía largas charlas con el padre Andrés, el rector del convento, un anciano bondadoso y rabiosamente monárquico, con quien siempre acababa discutiendo.

—La Monarquía es un régimen gloriosamente fenecido —le decía Manolo.

—Mire, joven; eso son garambainas. En este país sólo nos puede gobernar un rey como Dios manda.

—Pero un rey como Dios manda nunca podrá ser Borbón.

—¿Y a quién quiere usted que pongamos en el trono? ¿A un carlistón?

—El mundo actual no está hecho para las monarquías; el mundo actual exige

regímenes autoritarios, encarnados en la personalidad de un dictador.

—Bueno, que conste que a mí don Miguel Primo de Rivera me caía bien; pero tenía detrás a don Alfonso XIII.

—Y así le fue…

Jamás conseguían ponerse de acuerdo. Manolo se encerraba en su celda y leía *Fotos y Vértice* y *Al arca*, y hasta *Flechas y Pelayos*, que su padre le enviaba en un grueso paquete todas las semanas. Fue siguiendo de esta forma las noticias políticas de los primeros meses de la posguerra; se emocionó con la llegada a España del conde Ciano y celebró cumplidamente el detalle de Serrano Suñer, que se había hecho unos uniformes preciosos, que en nada desmerecían del apabullante vestuario del yerno del Duce. Era todo un síntoma (pensó) de que España estaba dispuesta a codearse en igualdad de condiciones con las potencias europeas. La designación del nuevo gobierno le produjo cierta desazón, porque no conocía absolutamente a ningún ministro y aquello de que fuera secretario general de FET y de las JONS un general se le antojó peligroso para sus particulares ideas sobre el Movimiento. Además, aquel Muñoz Grandes, ¿no había sido el fundador de los guardias de asalto, cuando la República?…

Finalmente, regresó a la ciudad. Había recuperado su peso habitual, tenía un saludable color moreno y se encontraba, como dicen de los futbolistas, absolutamente en forma. Los exámenes comenzaban a los pocos días, con lo que dedicó sus primeras jornadas a repasar los programas. Naturalmente, se presentó ante el tribunal vestido de uniforme completo, y al ser llamado accedió hasta la mesa donde se encontraban los catedráticos dando marciales zancadas, para quedarse firme, saludar brazo en alto y sentarse después, también con mucha marcialidad. Repitió el número para todas las asignaturas y le salió bien para casi todas; en algunas, el examen fue pura fórmula, porque cuando el presidente del tribunal comprendía que el examinando no tenía idea del tema que le había correspondido, le preguntaba muy cariñoso por sus servicios durante la guerra. Manolo preparó una versión épica de su labor de propaganda, elevando a la categoría de herida en el frente la fractura de muñeca y convirtiendo el tifus en trágica consecuencia de un bombardeo de la aviación enemiga.

Obtuvo dos notables, muchos aprobados y también, ¡ay!, dos suspensos. Y es que —como acertadamente comentó su padre—, a pesar de las depuraciones, todavía quedaban catedráticos rojos en activo. Pero en fin; aparte esas dos asignaturas, sólo le restaba el último curso para terminar la carrera y podría sacarlo adelante sin agobios en la siguiente convocatoria. Se matriculó en la Universidad de quinto y, con una tarjeta de recomendación del subjefe provincial del Movimiento, se presentó en la Delegación del SEU. Ni que decir tiene que fue nombrado delegado de curso y que ésa fue una eficaz plataforma para reiniciar su vida política.

En el semanario *Acción* sorprendió con un brioso artículo, titulado «La gracia y la levadura», en el que escribió cosas como ésta: «Pasaron los años caducos, los años de molicie, los años conformistas. En la España que amanece, firmes y en vigilia tensa, bajo los luceros desde donde nos llega el clamor nacionalsindicalista de los mejores, que cayeron, la juventud universitaria se apresta a ocupar su puesto de servicio, en centinela del Imperio que auguramos, fieles a la trilogía gloriosa: una Patria, un Estado, un Caudillo». Coincidiendo con el 12 de octubre, fiesta de la Hispanidad, organizó una manifestación universitaria que recorrió las calles de la ciudad pidiendo la inmediata devolución de Gibraltar. La muchedumbre de estudiantes terminó concentrándose frente al Consulado de la Gran Bretaña, donde prorrumpió en gritos patrióticos, cantando también (con la popular música del *Carrasclás*) una letra que decía:

Los españoles tenemos
muy poco que trabajar
para quitarle a Inglaterra
el Peñón de Gibraltar.

El gobernador civil y jefe provincial del Movimiento recibió después a un grupo de universitarios, naturalmente encabezado por Manolo y les agradeció su firme espíritu patriótico y su tenso sentido del servicio. Manolo había pronunciado previamente unas palabras, terminando con las siguientes frases:

—Y en definitiva, camarada, queremos decirte y rogarte que eleves a la Jerarquía esta convicción firme, este deseo apasionante que nos devora y que nos quema y que nos domina, por el cual conseguiremos en la sagrada unidad de la España Nueva que nuestros hijos no tengan que sentir, como nosotros sentimos, el lacerante dolor de que la patria limite al sur con una vergüenza…

Merecían aquellas frases una ovación; pero los aplausos estaban rigurosamente prohibidos en los actos del Movimiento, que no en vano se inspiraba en la sagrada idea de que los militantes debían ser «mitad monjes y mitad soldados». La austeridad formal era, pues, la norma básica del Partido. Por eso no hubo manifestaciones externas de aclamación; pero el gobernador y jefe provincial abrazó emocionadamente a Manolo y le dijo:

—Camaradas como tú hacen la España grande.

Se acercaban los exámenes cuando Alemania declaró la guerra a la Unión Soviética. Aquello propició una explosión de entusiasmo patriótico. Desde el balcón de la Delegación Nacional de FET y de las JONS, en Madrid, Ramón Serrano Suñer, vestido con el uniforme de verano del Partido (guerrera blanca sobre la camisa azul) y con gafas de sol, gritó su histórica acusación frente a la muchedumbre enardecida:

—¡Rusia es culpable!…

Y se abrieron los banderines de enganche, para los voluntarios falangistas que querían marchar al frente del Este, para combatir contra la «horda soviética» en la que pronto se llamaría «División Azul». A la que se alistaron, con auténtico fervor, millares de jóvenes españoles. De toda clase y condición: universitarios, intelectuales, médicos, abogados, militares profesionales, aristócratas, oficinistas, trabajadores del campo… Fue de verdad una explosión de entusiasmo, en la que se significaron especialmente quienes, por razones geográficas, no habían combatido durante la guerra civil en las fuerzas nacionales.

Manolo pasó unos días fatales, abrumado por su conciencia (de un lado) y por su buen sentido común (de otro). Leyó que hasta Dionisio Ridruejo se alistaba en la División Azul; que se marchaban a la guerra contra la URSS muchos de sus cantaradas; en la propia Universidad supo de compañeros que lo dejaban todo por enrolarse en aquella romántica aventura. Incluso llegó a dudar, aunque su padre le recordaba que había otra guerra latente en la propia España que era la de ganar la paz y que en aquellos incruentos, pero fundamentales combates, la pluma y la garra propagandística de Manolo podían ganar batallas tan importantes para la patria (o quizá más) como las que fuesen a librarse en el camino de Moscú.

Pero Manolo, en el fondo, comprendía que todo aquello eran excusas y cuando se enteró de que el gobernador civil y jefe provincial del Movimiento dejaba su puesto para marcharse a Rusia, casi se decidió a apuntarse. Aunque, la verdad sea dicha, la perspectiva bélica no le apetecía absolutamente nada. Una vez más, la Providencia le echó un capote; unas fiebres altísimas le obligaron a meterse en cama. Total, no era nada: unas anginas infectadas. Pero que le tuvieron ocho días enfermo y cuando se recuperó, se había cerrado la admisión de voluntarios, y todavía quedaban tantos en espera de una segunda llamada, que prácticamente no había posibilidad de lograr plaza. Animado por semejante dificultad, Manolo dio su nombre; tal como suponía, nunca fue llamado. Sin embargo, había cumplido con su deber.

Para compensar su ausencia física en Rusia, prodigó una actividad periodística abrumadora en artículos, poemas, glosas y conferencias sobre la gesta de los divisionarios. Y tanto se identificó con los combatientes, que a veces parecía talmente que escribiera desde las nieves de Smolensko. Creó, además, una oficina en la Universidad en la que se recolectaban obsequios para los soldados españoles de la División y así pudo enviar varios cajones con tabaco, bebidas y estampas de la Virgen del Pilar, a los que acompañó una cuartilla autógrafa de saludo y admiración:

—El SEU de Filosofía y Letras, al acompañaros estos pobres obsequios que os llevarán el recuerdo y la gratitud de vuestros camaradas, se enorgullece con vuestro heroísmo, que hará posible una Europa mejor y hermanada en los ideales totalitarios del bien común. ¡Arriba España!

Ni que decir tiene que al llegar los exámenes, Manolo aprobó las asignaturas

pendientes y sacó adelante con brillantez todo el quinto curso, incluso con un sobresaliente en Filología Clásica, cuyo catedrático era, además, delegado de calle de FET y de las JONS. Lo que propició una aleccionadora anécdota, demostrativa de la disciplina del Partido, ya que Manolo se encontró a don José (el catedrático) en los pasillos de la Facultad y aprovechó para anunciarle que iba a celebrarse un Consejo Local del Movimiento y, como era natural, se dirigió a él diciéndole:

—Mire usted, don José…

Y le interrumpió el catedrático:

—Tutéame, camarada…

—Pero bueno, don José, si es que se trata de que…

—En clase pueden existir diferencias; aquí no. Somos dos camaradas y hemos de tutearnos.

—¡Pero es que no me sale, don José!…

—Tiene que sal irte, porque de lo contrario no serás un buen camarada.

Entonces le tuteó, y que días más tarde don José le diera sobresaliente no tuvo nada que ver con esta identidad ideológica, aunque no faltasen los murmuradores de costumbre. En definitiva, Manolo terminó la carrera y recibió su pertinente diploma, en el que don José Ibáñez Martín, ministro de Educación Nacional, en nombre de S. E, el Jefe del Estado, le declaraba licenciado en Filosofía y Letras. Y para celebrarlo, todos los compañeros se fueron de comilona y uno de ellos, que procedía de familia agraria, llevó pan blanco y aquello pudo ser causa de un grave problema, porque en el restaurante estaba el delegado de la Comisaría de Abastecimientos y Transportes, que vigilaba celosamente el estraperlo, pero le invitaron a una copa de champán y, en plena euforia estudiantil, hizo la vista gorda.

Después, los jóvenes licenciados, con la alegría de las libaciones, acordaron marcharse al barrio chino y tomaron al asalto la casa de «Madame Arthur» y allí se refocilaron sin tasa ni freno con las putas, que agradecían la visita de clientes como aquéllos, tan juveniles y fogosos. Manolo se ocupó con *la Vasca*, que era conocida por sus convicciones religiosas y su acendrado patriotismo y, después de cumplir como Dios manda, se reunió en el salón con los demás, que iban saliendo de las habitaciones debidamente satisfechos y acabaron todos cantando el himno de la Academia de Infantería, que hizo llorar a doña Pilar, la dueña, porque había tenido un novio teniente de la Legión, al que mataron en la batalla de Brúñete.

Al siguiente día y después de tomarse un jugo de naranja con dos aspirinas, Manolo se planteó el problema de su inmediato futuro. Y comprendió la necesidad de asegurarse eso que, tan lastimosa como pragmáticamente, se llama un *modus vivendi*. O sea, unos ingresos decorosos, que permitan, al menos, ir tirando.

En aquellas calendas, la licenciatura de Filosofía y Letras era como un lujo cultural; porque salidas, eso que se llama salidas y que equivale a decir posibilidad de

ingresos, tenía pocas. O se preparaban cátedras o se daban clases particulares. O las dos cosas a un tiempo, que era lo que solían hacer muchos. Manolo optó por las clases, simplemente. Los buenos oficios de su padre le consiguieron dos alumnos; un muchacho que preparaba examen de Estado y una señorita que había comenzado la carrera. Todas las tardes (excepto los sábados) Manolo se trasladaba a los domicilios respectivos de sus educandos y durante una hora les instruía sabiamente acerca de la literatura española; dentro, como era natural, de un sentido patriótico de la enseñanza, que le llevaba tanto a repudiar a Baroja por impío, como a exaltar a Marquina por su acendrado españolismo. Cuarenta duros al mes percibía por cada una de aquellas clases, que desarrollaba con firme vocación didáctica.

Se ayudaba, además, con los artículos, que colocaba con asiduidad en el periódico del Movimiento y que mantenían su prestigio político. También, de cuando en cuando, veía publicado alguno en las revistas de Madrid; en *Haz* y en *Juventud*, y hasta una vez Juan Aparicio le admitió uno en *El Español*. Se titulaba «Totalidad, hispanidad, europeísmo» y exaltaba una de las más recientes conferencias de Laín Entralgo acerca de la concepción del Estado falangista, como receptáculo eficaz del nacionalsindicalismo. Para Manolo, era Laín un auténtico maestro, un ejemplo político y literario. También se dejaba influir por otro joven ideólogo de la Falange, Rafael Calvo Serer, no obstante sus discrepancias de forma con Laín. Lo que a Manolo le impresionaba de Calvo Serer era la madurez de sus concepciones sobre la España Nueva, su seguridad, firmeza e insobornable fidelidad a los principios joseantonianos. Y su optimista visión de una España sin problema, próspera, totalitaria, liberada para siempre de las lacras del comunismo y la partitocracia.

Entre pitos y flautas, Manolo Vivar de Alda se sacaba cerca de setecientas pesetas al mes (ya que los artículos se los llegaron a pagar a 75 pesetas), con las que podía vivir realmente bien, habida cuenta de que las dedicaba exclusivamente a sus necesidades personales. Que habitación, comida y vestuario los recibía pródigamente en el hogar paterno. Pero, a pesar de ello, no estaba satisfecho. Sin darse cuenta (porque por entonces aún no se llevaba la frase) lo que le sucedía era que no había podido realizarse enteramente. Toda vez que lo suyo era la política o, por mejor decirlo, el servicio a los altos ideales de la patria. De ahí que no cejara hasta conseguir su vuelta al sacrificado menester.

Como siempre, tuvo que intervenir su padre. Se daba la feliz coincidencia de que era compañero de colegio (en los jesuitas) del recién nombrado fiscal provincial de Tasas; y que éste, a su vez, era el hombre de confianza del subjefe provincial del Movimiento, camarada Blázquez-Villa, un tipo estupendo, herido en el Ebro, alférez provisional, abogado, amigo personal de Sancho Dávila, persona de relevantes dotes como organizador y gran sindicalista. Que acogió con verdadero interés el ruego de su amigo en favor del hijo de su otro amigo, a quien conoció en una boda a los pocos

días, simpatizando en seguida con él, porque Manolo, en realidad, era muy simpático. Contóle sus brillantes antecedentes en la Falange, sus servicios durante la guerra de Liberación, su mala suerte con las enfermedades, su espíritu firme y su irreductible fidelidad a los principios del Movimiento Nacional y Blázquez-Villa le aseguró que se ocuparía de él.

Así fue como llegó a delegado provincial de Educación Física y Deportes. Su nombramiento quedó firmado exactamente el 17 de octubre de 1941.

II

Los militantes de FET y de las JONS habían venido de toda la provincia. Porque se trataba de una concentración sin precedentes, de un auténtico alarde organizativo. Desde la medianoche anterior comenzaron a llegar a la ciudad autobuses y camiones cargados de hombres con camisa azul. Hombres de rostros arrugados, tostados por el sol de cada día; campesinos serios y honrados que acudían con ilusión a la llamada del Partido. Había entre ellos bastantes ex combatientes, a quienes se distinguía por sus insignias, sus medallas y su especial marcialidad. En lo que cabía, claro. Tuvieron que dormir en los propios vehículos o en los bancos públicos y a las siete en punto de la mañana —la hora de la cita— estaban formados en el paseo del 18 de Julio.

Llegaron también los muchachos del Frente de Juventudes, con sus guiones, con sus bandas de cornetas y tambores, integrados en veinte centurias, llenando los aires con su alegría y su entusiasmo. Allí había desde chiquitines de ocho años —los «pelayos»— a «flechas» de catorce; pero eran los «cadetes» quienes predominaban. Chavales que entraban en la adolescencia con ímpetus patrióticos, que llevaban abierta la pechera de su camisa azul, imitando a los legionarios, y se ladeaban la boina colorada con gracia castrense. Su paso por las calles, hacia el paseo, despertaba los aplausos de los madrugadores. Caminaban en impecable formación, braceando con soltura y cantaban marcialmente sus himnos más queridos:

—De Isabel y Fernando, el espíritu impera; moriremos besando la sagrada bandera…

—Frente a la mar y al sol, con voluntad de Imperio, rompe su cautiverio el fiel pueblo español…

—Montañas nevadas, banderas al viento…

—Cadete soy cadete, en hechos y palabras y fieles al Caudillo son, en paz y en guerra a la nación…

Juntas ya las centurias en los puestos que tenían asignados para la concentración, se les unieron pronto las chicas de la Sección Femenina, que también llegaban cantando, marcando el paso de una manera especial, con cierta coquetería. Cuando el delegado provincial del Frente de Juventudes ordenó la posición de descanso, se enzarzaron las conversaciones y las bromas sin que por eso se perdiera la elemental disciplina. Cerca de las ocho, el espectáculo del paseo era impresionante; unas cien mil personas lo llenaban todo de azul mahón, en densas filas perfectamente alineadas. Estaban de cara al altar, donde iba a celebrarse una misa de campaña; un gigantesco haz de yugos y flechas lo remataba y sobre él quedaba colocada la imagen de un Santo Cristo. Daban escolta al altar los gastadores de la Vieja Guardia, con guerreras negras y botas altas, rígidos y serios, perfectamente imbuidos de la trascendencia de su función.

Un toque agudo de clarín anunció, a las nueve, la llegada de las jerarquías del Movimiento. El cornetín ordenó en seguida «¡Firmes!» y resonó como un trueno el ruido de los miles de taconazos. Junto al altar se había levantado una tribuna, sobriamente adornada con las tres banderas —la rojigualda, la rojinegra y la blanca con las aspas de Borgoña— y un fondo de terciopelo granate. El ministro Serrano Suñer, elegantísimo en su uniforme del Partido, con guantes negros y gorra de plato, iba seguido por Dionisio Ridruejo, el jefe provincial de FET y de las JONS, el gobernador civil (vestido de uniforme de coronel del Ejército), el presidente de la Diputación (también de uniforme del Movimiento) y el alcalde de la ciudad. El alcalde de la ciudad disonaba en el conjunto, porque vestía, como en los tiempos de la decadencia burguesa, un impecable chaqué e incluso llevaba en la mano la chistera. Ya se sabía que el alcalde era monárquico y nunca había ocultado su escasa simpatía por el ideario y la simbología falangistas. Muchos de los camaradas que allí formaban, el rostro en alto, los brazos pegados al cuerpo, los pies en ángulo correcto, estimaron como una provocación el vestuario del señor alcalde. Pero se impuso la disciplina y nadie exteriorizó la más mínima protesta.

Dijo la misa el arzobispo. Era ya muy viejecito el arzobispo y por eso tenía sólo un hilillo de voz, que ni los micrófonos consiguieron hacer audible (al llegar la homilía) más que para las primeras filas. Algo se le entendió sobre el espíritu de la Cruzada, la aportación decisiva del Movimiento Nacional a la defensa de los valores espirituales y, sobre todo, la constante gratitud de la Iglesia Católica a aquellos hombres que lucharon contra los sin Dios. En esto insistió tres veces el arzobispo, que destacó las ferocidades cometidas por el comunismo contra las gentes de bien, en general, y el clero, en particular. El momento de alzar revistió una singular emoción: todas las bandas interpretaron el himno nacional, mientras los millares de militantes hincaban la rodilla en tierra.

Terminada la ceremonia religiosa, pasó el arzobispo a la tribuna de las autoridades y abrió el turno de oradores el jefe provincial, en una breve y entusiasta alocución, que perdió fuerza porque fue leída. Después, Dionisio Ridruejo, improvisando, con voz potente, enardeció a la muchedumbre con frases como éstas: «Nosotros no juntamos la gente para que nos digan lo que quieren ni lo que piensan, para que nos aplaudan ni para pedirles votos o actividades fugaces y sin sentido. Nosotros reunimos doscientos mil hombres porque ya sabemos lo que quieren; porque adivinamos su voluntad y la dirigimos; porque estamos dispuestos, no a halagarlos, sino a mandarles que se pongan en marcha y estén en línea y en formación militar para realizar la revolución que España necesita. Y en último término, tampoco necesitábamos reunir doscientos mil hombres, porque nosotros creemos muy relativamente en el número y contamos con aquel grupo exigente y disciplinado que, por encima de la decisión del noventa por ciento de los españoles,

impondría, con su sola rabia, con su sola razón, la revolución que nadie podría detener. Camaradas: vamos a hacer nuestra revolución despacio o de prisa; no como le guste a este pueblo nuestro, que ya se ha equivocado bastantes veces, sino como nos interesa a nosotros, que sabemos la medida del tiempo y la intensidad…»

Finalmente intervino Serrano Suñer, que tenía una oratoria lúcida, brillante, directa y llena de contenido doctrinal. No ocultó las dificultades del momento y resaltó la necesidad de que todos los españoles tuvieran trabajo digno y salario suficiente, cifrando en ello una de las máximas preocupaciones del gobierno del Caudillo. Mientras hablaba se produjo la pintoresca anécdota que, aunque pasó inadvertida para la masa, tanto dio que hablar en días sucesivos a las autoridades que ocupaban el palco. Estaba el alcalde serio, como distante, con los brazos colocados por detrás, sujetando con las manos la chistera, apoyada la copa en los faldones del chaqué. Entonces, uno de los más jóvenes falangistas que estaba a su espalda se hizo pis dentro de la chistera del alcalde. Afortunadamente, el alcalde no tenía previsto colocársela en la cabeza, quizá porque no era suya y le venía chica.

Eran ya las diez de la mañana cuando comenzó el desfile. A los compases de *Los voluntarios*, pasaron por delante de la tribuna, marciales, impecables, las centurias juveniles. Sus jefes levantaban con energía el brazo, saludando a las jerarquías y éstas les correspondían de diversa forma; las del Movimiento, también brazo en alto; los militares, llevando la mano derecha a la visera de sus gorras de plato y el señor alcalde (que para entonces ya había advertido el bromazo) de ninguna manera. El paso de las centurias de FET y de las JONS ya no resultó tan perfecto y menos aún el de las milicias campesinas, que braceaban en total desacuerdo y con escasa coincidencia caminaban. Cerraban la formación las muchachas de la Sección Femenina, algo mermadas en sus efectivos, porque durante las horas de espera bastantes de ellas habían sufrido soponcios por culpa del calor reinante, teniendo que ser atendidas y, algunas, hospitalizadas en las tiendas de campaña oportunamente previstas por la Cruz Roja.

Apenas terminado el desfile, Manolo, que había asistido al acto desde la última fila de la tribuna de autoridades, salió disparado hacia la plaza de toros, donde a la una se celebraba un magno festival gimnástico y de educación premilitar. En los corrales (con perdón) aguardaban impacientes varios centenares de jóvenes de ambos sexos, que iban a participar. Pronto se llenaron de público los tendidos, mientras los altavoces dejaban oír marchas militares e himnos patrióticos. Manolo estaba nervioso; no era para menos. Durante quince días había estado dedicado, en cuerpo y alma, a los ensayos de la I Demostración Juvenil, como se denominó el festejo. Toda la organización la había llevado personalmente; incluso diseñó el modelo de la medalla conmemorativa que se había entregado a los participantes. Que constituían la *élite* del Frente de Juventudes: la centuria Isidoro Molina, del colegio de los jesuítas;

dos centurias de las Falanges Juveniles de Franco; una centuria femenina del III Distrito y el equipo de gimnasia rítmica del mismo centro.

Apenas llegaron las jerarquías, ocupando el palco presidencial, se inició el acto. Primeramente, las chicas interpretaron de manera perfecta, sin un solo fallo, una tabla de gimnasia rítmica, siguiendo los acordes de un vals de Strauss. Vestían las muchachas camisa azul y una falda-pantalón blanca, que les permitía realizar toda clase de movimientos sin riesgo de la menor exhibición anatómica. Después los cadetes asombraron al público desarrollando —con fusiles simulados— una difícil exhibición de actitudes militares. Manolo, con energía, hacía sonar su silbato y los trescientos muchachos, colocados al tresbolillo, iban modificando sus posturas sin errar una sola vez: firmes, presenten armas, apunten, en su lugar descanso, rodilla en tierra, armas al hombro. Al terminar, una ovación clamorosa premió la exhibición; para el público no existían limitaciones en la efusividad.

Los cadetes, además, estrenaban el nuevo uniforme del Frente de Juventudes: pantalón corto gris y medias asimismo grises, con recias botas. Y camisa azul, naturalmente, con el círculo verde enmarcando las flechas, también verdes, sobre el bolsillo derecho de la camisa. Sustituía al anterior, cuando se llevaba pantalón largo negro. Al señor arzobispo le llamó la atención el cambio y el delegado provincial le informó de que, en lo sucesivo, aquél sería el uniforme de las Juventudes.

—Es mucho más moderno, más dinámico, ¿no le parece a Su Excelencia Reverendísima?

Pero no; a Su Excelencia Reverendísima no le parecía así y con su vocecilla suave comentó, visiblemente molesto:

—A la edad de estos jóvenes, la exhibición de sus pantorrillas, ya velludas, puede constituir un evidente fómite de pecado para las muchachas. Elevaré una respetuosa protesta al señor ministro.

Sin aparentar la menor excitación sexual por el vello de los cadetes, el público continuaba aplaudiendo. Sudoroso, exultante de júbilo, Manolo hizo sonar por última vez el silbato y los chicos se retiraron, marcando el paso enérgicamente, armas al hombro, por la puerta de cuadrillas. Aparecieron entonces más juventudes femeninas, vestidas éstas totalmente de blanco. La regidora sustituyó en el silbato a Manolo y en pocos segundos, las muchachas se habían tumbado ordenadamente sobre el albero, formando a la perfección el escudo de España; la boina colorada de una de ellas (la única que la llevaba) ponía una simpática nota al cuadro, representando la granada que cierra los cuarteles del escudo nacional. Otra vez retumbaron los aplausos, que se hicieron clamorosos al aparecer, en marcial formación, todos cuantos habían participado en el acto. Firmes y con el público en pie, se cantó el *Cara al sol*, dando el ministro las voces reglamentarias. Luego se rompieron filas y ya sin ningún protocolo, chicos y chicas fueron a reunirse con sus familias, que desde los tendidos

seguían aplaudiendo. Muchas señoras lloraban de emoción.

Hubo una comida oficial en la Jefatura Provincial del Movimiento, a la que no asistió el alcalde, alegando una indisposición; ciertamente nadie le echó de menos. Se comentó, como no podía menos de suceder, la anécdota del pis y las jerarquías mostraron su enérgica repulsa ante un hecho tan incivil, que iba en contra de las normas del Movimiento. Pero nadie hizo nada por descubrir al responsable. A los postres, el delegado nacional se interesó por conocer al organizador de la Demostración y Manolo fue llamado a la mesa presidencial.

—Mi más sincera felicitación, camarada —dijo el delegado—. Me siento orgulloso de nuestras juventudes; especialmente, de las juventudes de esta provincia. El espectáculo de la plaza de toros ha sido imborrable.

—Hemos cumplido con nuestro deber, camarada. Simplemente.

—Voy a pedirle al jefe nacional para ti la Encomienda del Yugo y las Flechas.

—Será un honor y una exigencia más en el servicio.

—Además, quiero que te vengas a trabajar con nosotros en la Nacional. Espero que no haya inconveniente para tu traslado a Madrid. ¿Tienes tú alguno de carácter personal?

—Bueno… —tartamudeó Manolo, que no se esperaba tanto—. Mira, camarada, ya sabes lo que son los sueldos oficiales… Como es natural, claro está; porque nuestro esfuerzo se guía por otros móviles… Pero aquí, yo doy unas clases… porque soy licenciado en Letras, ¿comprendes?

—Por eso no te preocupes. En Madrid podrías ingresar como profesor en la Escuela de Mandos, aparte de ejercer el cargo que se te otorgue. Llámame el lunes al mediodía…

—A tus órdenes.

Volvió a su mesa, naturalmente conmovido; el delegado nacional preguntó al provincial:

—¿Cómo se llama este camarada?

—Manolo Vivar de Alda. Camisa vieja. Durante la guerra destacó mucho en los servicios de propaganda. Escribe muy bien y tiene un espíritu magnífico.

—Ya veo, ya veo…

Fueron todos a la estación a despedir a las jerarquías. Entre nubes de humo que salían de la vieja locomotora, el ministro y los demás mandos saludaron brazo en alto desde la ventanilla.

—¡Buen viaje! ¡Arriba España!

—Gracias. ¡Arriba siempre!

El convoy arrancó fatigosamente; a Manolo se le metió una carbonilla en el ojo y nadie supo si lloraba por eso o por la natural emoción de la despedida.

Mari Paz tenía dieciocho años, unos ojos verdes y tristes y cinco hermanos más pequeños. A su padre, que había sido uno de los abogados más ilustres de la ciudad, le fusilaron los milicianos de la UGT en Valencia, donde se encontraba por razones profesionales en julio del 36, sencillamente porque le encontraron en su habitación del hotel y entre otros libros, uno de Derecho Canónico, lo cual les sonó a beatería fascista. Mari Paz se había educado en Jesús y María y estudiaba primero de Derecho. Y era vecina de Manolo, solían pasear juntos por la calle del Generalísimo, los domingos al mediodía, y hasta algunas veces tomaban una cerveza en el Bar Club. Esto bastaba para que se murmurara que eran novios; lo cual no resultaba cierto. Aunque a Mari Paz le gustaba Manolo a rabiar y a él no le desagradaba la chica.

La madre de Mari Paz, doña Ascensión, veía con sus mejores ojos aquellos acompañamientos de Manolo y se había forjado la difícil ilusión de que se hicieran realidad las relaciones formales entre los jóvenes. A pesar de que le disgustaba la frialdad religiosa de Manolo, que contrastaba con el profundo catolicismo de la señora. La señora era de comunión diaria y tenía como director espiritual a un dominico, el padre Sauras, muy respetado por sus virtudes, su inteligencia y su sólida formación teológica. Doña Ascensión regentaba un estanco, que le habían concedido como viuda de caído, y con su especial señorío había conseguido dotar a la expendeduría de tabacos de un tono social muy elevado. Allí compraban sus puros habanos todos los aristócratas de la ciudad y al caer la tarde se organizaban unas tertulias distinguidas, con asistencia de varias damas de la mejor sociedad, que no perdían sus anillos por echarle una mano a su amiga Ascensión cuando se aglomeraba la clientela. A la clientela, por otra parte, le hacía mucha ilusión que el paquete de Ideales se lo sirviera la señora del presidente de la Audiencia.

Mari Paz iba a misa todas la mañanas, con su rebequita en invierno o con sus manguitos en verano, que se colocaba púdicamente para entrar en el templo con la debida compostura, ya que el párroco no consentía (naturalmente) que las mujeres acudiesen a la casa de Dios sin medias o con los brazos al aire. Los domingos, en misa de doce, Mari Paz pasaba la bandeja y Manolo, que pese a sus escasas convicciones religiosas acudía arrastrada por sus padres, depositaba siempre un duro, alarde de generosidad que la gente achacaba a sus inclinaciones por la chica mucho más que a su caridad cristiana.

Con las mismas razones, sólo que en sentido contrario, se interpretó en la ciudad el súbito arrebato falangista de Mari Paz, que se afilió a la Sección Femenina y fue nombrada delegada del SEU en la Facultad. Con lo que aumentaron sus contactos con Manolo, a quien se encontraba frecuentemente en la Jefatura Provincial. Allí colaboraban en la distribución de las consignas políticas y de forma inevitable aumentaba su recíproca simpatía. Porque sus coincidencias ideológicas eran totales.

Para facilitar aún más las relaciones de amistad entre los jóvenes, doña Ascensión comenzó a organizar guateques dominicales en su casa. Pronto se hicieron famosas en la ciudad aquellas reuniones, en las que se servían medias noches de jamón (artículo entonces de difícil obtención), croquetas riquísimas y un estimulante *cup* de champán. A los guateques de doña Ascensión acudían muchachos y muchachas de seleccionadas familias, que lo pasaban en grande bailando (muy separados) a los sones de una gramola. Tenía la señora los discos de mayor actualidad y las parejas se enlazaban (recordemos que muy separadas) para danzar, mientras Antonio Machín y Jorge Sepúlveda cantaban sus más celebrados boleros.

Eran tan honestas aquellas reuniones, que solía acudir el padre Sauras, con sus hábitos blancos y negros de la Orden de Predicadores, quien bendecía el *buffet*, antes de que los jóvenes, con indisimulado apetito, se lanzasen sobre los bocadillos. A eso de las ocho de la tarde, las personas mayores y el dominico se retiraban a una habitación contigua, para rezar el rosario y entonces los chicos se acercaban más a su pareja en el baile y las chicas (algunas) encendían un pitillo. Incluso se cogían las manos entre rubores y en la seguridad de que al siguiente día tendrían que confesarse por tamaña osadía.

Con especial autorización de las respectivas familias, quedaban los jóvenes de ambos sexos para ir juntos al cine el lunes y siempre acompañados por alguna vieja sirvienta que ejercía las elementales funciones de supervisión moral de las parejitas. El cine de los lunes era un acontecimiento en la ciudad, porque había estreno de película y ni que decir tiene que sólo asistían a las que, en la clasificación moral de la parroquia, figuraban como «1» o, en casos especiales, «2». A Mari Paz le encantaban Alfredo Mayo y Clark Gable; Manolo, en cambio, no era muy aficionado y se quejaba por la falta de un cine político que exaltara debidamente los valores del nacionalsindicalismo.

Mari Paz había participado, ni que decir tiene, en la I Demostración Juvenil, como una camarada más y sin exigir puesto de privilegio en la formación del escudo nacional, hasta el punto de que aceptó con toda disciplina formar una de las garras del águila de san Juan en la representación plástica. Al día siguiente coincidió con Manolo en la Jefatura, en una reunión convocada por el delegado provincial para repartir enhorabuenas. Salieron juntos y juntos tomaron el tranvía para regresar a casa. Iban ambos de uniforme y se quedaron en la plataforma.

—¿Sabes? —le contó Manolo—. El delegado nacional me ha pedido que me vaya a Madrid con él.

—Ya me lo habían dicho —musitó Mari Paz.

—¿Y qué te parece?

—Si es para bien de España…

—Mujer, ¿no se te ocurre nada más?

—¿Qué quieres que te diga?

Se callaron. En la siguiente parada, la plataforma del tranvía se vació; quedaron ellos solos.

—Pensé que te alegraría…

—En algún sentido, sí, me alegra. Pero te echaré de menos.

—¿De veras?

—Claro que de veras.

Entonces, Manolo le cogió la mano. Un estremecimiento les recorrió a los dos.

—¿Y por qué me echarás de menos?… —preguntó él, muy ufano.

—Hombre…

—Yo también me acordaré de ti.

—¿Lo dices en serio?

De pronto, Manolo sintió una sensación extraña, se vio dominado por una insólita pasión. Sin darse demasiada cuenta de lo que decía, susurró al oído de Mari Paz:

—Será porque te quiero.

Mari Paz se puso muy, muy colorada. Bajó la vista y no comentó nada. Acercándose a ella como nunca lo había hecho, apretando su muslo sobre el de la muchacha, preguntó Manolo:

—¿Tú me quieres?

Hubo una pausa de segundos.

—Si… —confesó Mari Paz.

Manolo la agarró por el brazo. Seguían solos en la plataforma del tranvía, que en aquel momento aceleraba la marcha para subir, entre traqueteos y campanillazos, la cuesta del Obispo. Le acercó la cara.

—Dame un beso… —pidió.

Ella le miró con infinita ternura. Y muy bajito, muy dulcemente, le recordó:

—Manolo, ¡por Dios! Que vamos con camisa azul…

Todo estaba ya arreglado; desde la Nacional escribieron a Manolo confirmándole su adscripción a la Jefatura de Prensa y Propaganda y, al propio tiempo, su nombramiento como profesor de la Escuela de Mandos. Esto último, no por esperado, dejó de causar menor alegría a Manolo ya que, además del sobresueldo, le iba a permitir la realización de una de sus más caras ilusiones: llevar botas altas con el uniforme. Los profesores de la Escuela de Mandos, en efecto, vestían gorra de plato, guerrera negra con botones plateados, pantalones *bridge* grises y botas de montar negras.

Justamente la víspera del día previsto para su marcha a Madrid, el cónsul de Alemania en la ciudad ofreció una recepción para conmemorar el cumpleaños del Führer. El cónsul, Otto Wolfgang Arbeitzer («O. Uve doble», para los amigos),

llevaba cuarenta y cinco años en España, hablaba con acento andaluz y era un manoletista acérrimo; a su país natal no había ido desde 1920, cuando murió su buen padre. Quiere ello decir que Herr Arbeitzer no era, ciertamente, un nazi cualificado. Pero ya se sabe lo que ocurre con esto de los cónsules en las ciudades de segunda: se nombran una vez y van perpetuándose, impermeables a los cambios políticos de sus respectivos países. En este sentido, el cónsul Cataniotti (italiano, evidentemente) puede presentarse como un auténtico *recordman* del cuerpo. Comenzó representando al gobierno monárquico de Víctor Manuel, siguió con el fascista de Benito Mussolini (se compró una camisa negra), continuó con la efímera República de Saló, sin apenas transición fue digno representante del no menos fugaz régimen de Badoglio, y acabó (y ahí sigue) ejerciendo sus funciones en nombre de la República italiana. Eso sí; siempre con ejemplar entusiasmo patriótico.

Bien; pues Herr Arbeitzer abrió los salones del Consulado a las primeras autoridades de la ciudad, a las jerarquías del Movimiento y a sus amigos, que eran muchos, porque *O. Uve doble* podía considerarse como una institución local. Representante exclusivo de varias marcas alemanas de muy diversa significación (desde cojinetes a cerveza negra, pasando por medicinas, utensilios de cocina y gomas higiénicas), su simpatía y su locuacidad eran tan proverbiales como sus borracheras. Porque el señor cónsul agarraba unas trompas de campeonato aunque, eso sí, siempre dentro de un orden y sin que nadie nunca hubiese tenido que llamarle la atención. Consciente de su estado, cuando se sentía suficientemente bebido, se echaba a dormir en el primer mueble útil que encontraba a su paso.

Un criado de librea abría la puerta a los invitados. En la habitación contigua, Herr y Frau Arbeitzer, ambos con camisa parda, les daban la bienvenida. *O. Uve doble* llevaba su correaje, sus botas y su brazalete con la cruz gamada. Una fotografía enorme de Adolfo Hitler colgaba sobre la pared, y en uno de los ángulos de la estancia se veían la bandera nacionalsocialista y la española debidamente entrelazadas. Se servía cerveza muniquesa sin tasa y ricas salchichas de Frankfurt. La hija de los cónsules, Marika, atendía un picú que, a medio volumen, dejaba oír valses vieneses, combinados con *Lili Marlen* y rítmicas marchas prusianas. Disciplinado como buen germánico, el señor cónsul había decidido que el pan fuese de maíz y que el *chucrut* se acompañara de boniatos, en lugar de las habituales patatas. Aquella prueba de acatamiento a las disposiciones oficiales en materia de abastos mereció una calurosa felicitación del gobernador civil.

Cuando llegó Manolo, Herr Arbeitzer se le acercó con especial euforia y le abrazó ruidosamente. El salón estaba ya a rebosar y los invitados habían perdido la inicial timidez y hablaban a gritos y devoraban con fruición las fuentes de comida que pasaban, una y otra vez, dos paletas extremeñas vestidas de negro y con cofia blanca. A la hora de los postres el señor cónsul pidió un poco de silencio y como nadie le oía,

tuvo que reiterar la petición en muy alta voz y como seguían muchos sin enterarse, dio unas palmadas y luego golpeó enérgicamente un gong y así logró que todos se callasen. Las paletas extremeñas aparecieron con unas bandejas repletas de copas de champán y *O. Uve doble* tomó una y esperó a que todos sus invitados estuvieran servidos y entonces la levantó, diciendo:

—Señoras, señores, ilustres autoridades, amigos todos. Hoy es un día feliz para el Tercer Reich, porque nuestro Führer cumple años. Levantemos nuestras copas en honor del paladín de la nueva Europa, tan querido por todos los buenos españoles.

Levantó la copa, efectivamente, y también los invitados y se produjo entonces esa embarazosa situación que se repite en estos casos, cuando la gente comprende que se impone aplaudir, pero no puede hacerlo porque tiene las manos ocupadas. Las jerarquías, más duchas y expertas en actos similares, dejaron en seguida las copas y así pudieron hacer palmas. El gobernador civil y jefe provincial del Movimiento hizo luego un gesto recabando la atención del auditorio y con voz pausada dijo:

—Nos asociamos de todo corazón a esta grata efemérides que hoy conmemora la Alemania nacionalsocialista. Y a través del señor cónsul de la gran nación germánica, hacemos llegar nuestra felicitación a su Führer. *¡Heil, Hitler!*

Más aplausos. Querían los invitados volver con entusiasmo sobre la pastelería, que apenas habían podido consumir, pero el gobernador no había terminado todavía:

—Coincide esta conmemoración con una noticia que pienso que todos conocéis y a todos nos alegra por igual, dentro del dolor lógico que la separación física nos produce. Nuestro querido camarada Manolo Vivar de Alda sale mañana hacia Madrid, llamado por el Mando a destinos importantes. Con permiso del señor cónsul, yo le rogaría que nos regalase con su fácil verbo, en este trance agridulce del adiós.

Ni que decir tiene que estaba preparado; que por la mañana el gobernador y Manolo habían quedado de acuerdo en que aprovecharían la recepción del Consulado para montar su número particular. Lo que no fue óbice para que Manolo hiciera gestos ostensibles de asombro, primero, y de resignación, después y se adelantara unos pasos, se frotase las manos y largara el discurso que traía preparado.

—No puedo negarme a esta inesperada petición de mi entrañable camarada y jefe provincial, a pesar de que soy enemigo de improvisaciones…

Varias veces fue interrumpido por los aplausos y sus frases últimas justificaron una ovación ensordecedora. No era para menos.

—En definitiva, pues, amigos, en esta coyuntura histórica, cuando la gran Alemania lucha por imponer en Europa un nuevo orden y nuestros mejores camaradas dejan constancia en la estepa rusa, con su heroísmo, de que España no está ausente de tan trascendental empeño; cuando en todos los países triunfa un concepto totalitario de la política y de la patria, arrumbando para siempre la fofa palabrería liberal de las democracias caducas; cuando alumbramos una concepción gloriosa de

la Historia, yo me enorgullezco de estar ahora pisando un suelo que, simbólicamente, es alemán; que pertenece, como ya media Europa, al Tercer Reich. Y felicito a la gran Alemania en la fecha jubilosa que marca el aniversario del nacimiento de ese genio, de ese iluminado, de ese paladín de todas las virtudes políticas que es Adolfo Hitler. *¡Heil, Hitler!* ¡Viva Alemania! ¡Arriba España!

El propio Manolo comenzó a cantar *Deutschland, Deutschland, über alies,* pero falló el coro porque nadie (ni siquiera el señor cónsul) se sabía bien la letra. Entonces, se dejaron de protocolos y en un periquete se acabaron los pasteles y comenzaron las paletas extremeñas a servir coñac y calisay y más champán y la fiesta terminó cerca de las doce, en un clima fervoroso de hermandad hispano-alemana. Para entonces, *O. Uve doble* roncaba en su lecho y su distinguida esposa (que era de Logroño) despedía amablemente a los invitados.

Manolo había sido felicitadísimo por su inspirada alocución y todos le desearon mucha suerte en la capital de España.

A lo que él, inevitablemente, respondía poniendo un gesto humildísimo:

—Procuraré cumplir con mi deber.

A las ocho de la mañana del siguiente día y en segunda clase, Manolo salía por ferrocarril camino de su deber. Le despidieron sus padres y Mari Paz, que luego se pasó llorando toda la mañana. La chica no era tonta y sabía de sobra que lo había perdido para el matrimonio canónico.

III

Madrid recibió a Manolo desapaciblemente, con frío y con lluvia. Tenía reservada plaza en una pensión familiar de la calle del Príncipe, la de doña Salvadora, donde por once pesetas diarias podría disfrutar de una habitación holgada, con lavabo y balcón y comer más que discretamente, para lo que entonces se llevaba. Entregó Manolo su cartilla de racionamiento, rellenó la hoja de inscripción, se puso el uniforme y salió en seguida hacia la Jefatura Nacional, que quedaba a diez minutos. Un paseíto, como aquel que dice. Un paseíto que sirvió para anticiparle la paradoja de aquella capital de la nación, por un lado llena de miseria, de necesidades, de problemas y, sin embargo, al mismo tiempo, alegre, jaranera y chungona. Curiosa contradicción, que nadie sería capaz de explicar nunca.

Se le destinó al departamento de prensa y publicaciones, con específica competencia en materia de censura. Su jefe inmediato era el camarada Martín, que aquella noche le invitó a cenar en Gambrinus (un restaurante alemán, como su nombre indicaba) y le llevó después a tomar una copa en Chicote, advirtiéndole que aunque aquellas pelanduscas eran capaces de pedir treinta duros por hacer el amor, lo dejaban fácilmente en quince; pero no estaba Manolo para estas cuestiones eróticas, ya que entonces solamente le importaba la delicada función que le había sido encomendada.

—Supongo —preguntó al camarada Martín— que en materia de moral, nuestra censura debe ser rigurosa.

—Naturalmente. Piensa en la responsabilidad que contraemos frente a una juventud fácilmente excitable por la carne.

—¿Hay alguna consigna determinada?

—Tu buen criterio bastará. Eso sí; se recomienda tachar indefectiblemente de cualquier artículo, libro o comedia, palabras malsonantes, que por sí solas inciten al pecado, como braga, homosexual, liguero, muslo…

—Claro, claro; eso ya lo imaginaba.

—En el terreno conceptual, excuso decirte; nada de adulterios, nada de desviaciones sexuales, mucho cuidado con el tratamiento que se da por los autores a aquellos personajes pertenecientes a las clases militares o al clero o a profesionales dignos de respeto, como inspectores de Hacienda o notarios…

—Evidente. ¿Y en lo político?

—Semanalmente irás recibiendo consignas. Puedes suponerte las líneas maestras: disciplina, servicio constante a los ideales del Movimiento (procura usar el término Movimiento más que el de Falange), nada de democracia, nada de partidos, nada de Monarquía. Y los enemigos constantes de la patria, ya sabes: el comunismo internacional, la francmasonería, el judaísmo marxista…

—Era lo que yo imaginaba. Porque en cuanto a política internacional, ni que decir tiene que Alemania, Italia y Japón son los indiscutibles vencedores de la guerra mundial y nuestros hermanos portugueses, la tradicional alianza y los rusos, el azote del universo…

—¡Cuidado, cuidado! —advirtió el camarada Martín—. Que la Dirección General de Prensa nos ha enviado hace dos días una normativa aclarando que debe siempre diferenciarse el concepto «Rusia» del concepto «comunismo soviético». O sea, que no hay que meterse con los rusos, sino con los comunistas nada más.

—Tomo buena nota…

Fue un trabajo muy intenso el de aquellas primeras semanas. Pasaba Manolo las mañanas, hasta cerca de las tres, en el edificio de la calle de Alcalá, corrigiendo artículos, repasando galeradas, dictando instrucciones para los periódicos. Por las tardes, durante dos horas, daba su clase en la Escuela de Mandos sobre Formación Política de acuerdo con un programa que él mismo había redactado, en el que figuraban temas tan importantes como «Concepción totalitaria del Estado», «El sindicalismo vertical, remedio de la lucha de clases», «Ineficacia del sistema de partidos políticos», «Decadencia moral del liberalismo», «La cruz y la espada, vehículos hacia el Imperio». A eso de las siete, regresaba a la oficina de Alcalá, porque tenía que dar un vistazo a las galeradas de la prensa del siguiente día. Aunque la materialidad de la función la desarrollaban otros camaradas de menor jerarquía, tanto Martín como él gustaban de supervisar su trabajo. Siempre era conveniente, para que no se deslizara ni una frase ni una palabra siquiera que pudiera resultar moralmente peligrosa. Cuando terminaban, cerca de las once, Manolo solía acompañar a Martín a un chalecito de la calle de las Naciones, donde éste tenía una amiguita, de profesión inconfesable, pero buena en el fondo, con la que cenaban frecuentemente.

El primer problema gordo se le planteó a Manolo cuando tuvo que decidir en última instancia sobre un libreto de comedia musical que le habían pasado a consulta. Se titulaba *Los frescos de Goya* y aludía el juego de palabras a unos muchachos de la calle de Goya, que coqueteaban con las señoritas bien del barrio de Salamanca. El tema, por tanto, tenía evidentes implicaciones socio-políticas, ya que partía del supuesto (evidentemente comunistoide) de que en una zona madrileña como aquélla, tradicionalmente habitada por gente de derechas, pudiesen existir chicas descocadas. La intención de difamar parecía indiscutible; por lo que Manolo comenzó prohibiendo el título, si bien sugirió que se sustituyese por el de *Los frescos de Cuatro Caminos*, zona proletaria donde era más admisible que la juventud fuese desvergonzada.

También en el texto de la obra fue preciso podar escenas, frases y palabras. Como aquella ordinariez: «¡Está usted más rica que el Banco de España!». O una soez

alusión a la Maja desnuda, siendo así que el efecto era el mismo refiriéndose a la vestida. Y la obscenidad de que el protagonista dijera a su señora: «No tardes, querida; te espero en la cama con la natural impaciencia», con lo que se reducía el matrimonio a su menos importante función y se confundía al público, haciéndole creer que lo único trascendental en la unión conyugal era la satisfacción de los apetitos carnales. Tachó asimismo Manolo y lo tachó con auténtica irritación, un diálogo de doble sentido entre cierto profesor de idiomas y una hermosa alumna, en el que se vertían frases intolerables, como «sepa que soy especialista en lenguas» y otras inmundicias; así, terminar el profesor invitando a la alumna a beber un whisky Vat-69, recalcando: «¿A que le gusta el numerito?…»

La comedia musical, pues, quedó destrozada por la integridad censora de Manolo. Pero sus autores eran personas influyentes, muy adictas al Movimiento Nacional, con una hoja de servicios brillante y los naturales conocimientos en las alturas. Por si algo faltaba, la música la había compuesto el maestro Jacinto Guerrero, tan querido por todos. Entonces, una mañana recibió Manolo la llamada telefónica de un subsecretario, que simplemente le comunicó:

—No es que pretenda, señor Vivar de Alda, interferirme en sus funciones, que tan dignamente ejerce. Pero me consta que no sólo mi ministro, sino algunos otros también, verían con agrado que se resolvieran los problemas que existen con esa obrita… no recuerdo exactamente cómo se llama… ¡ah, sí! *Los frescos de Goya*. Estoy seguro de que revisará usted la primera decisión y salvando, como es natural, la moral y el decoro, no exagerará sus criterios obstativos. En fin; irán mañana a verle los autores y espero que la reunión sea fructífera…

Efectivamente, los dos autores del libreto y el maestro Guerrero se presentaron a la mañana siguiente en el despacho de Manolo. El compositor, nada más saludarle, le ofreció un gigantesco puro y para comenzar la conversación, preguntó:

—Óigame, joven, ¿le ha parecido moral la música?

—¿Cómo dice, maestro? —se extrañó Manolo.

—Que si la música tiene alguna pega o puede oírse.

—Naturalmente, la música no tiene problema.

—Muy bien —dijo Guerrero—. Entonces ya estamos al cincuenta por ciento; en cuanto se rebaje algo del libro, hay que aprobar la obra por porcentaje de mayoría favorable.

La conversación fue tan cordial como extensa. Y fructífera, como quería el subsecretario. Se mantuvo el título, a cambio de que «los frescos» fuesen de distinto barrio y las chicas descocadas, criadas de las familias decentes de la calle de Goya. El protagonista, cuando decía aquello de que esperaba impaciente a su señora en la cama, añadía «porque tenemos que acabar de leer la novela del Coyote», con lo que se eludían las interpretaciones morbosas. Lo del 69 se suprimía definitivamente y el

profesor de idiomas, además de hacer constar expresamente que sólo enseñaba alemán, italiano y portugués, jamás usaría el vocablo «lengua»; de este modo se orillaba el doble sentido pecaminoso.

Ya de acuerdo, uno de los autores llamó desde allí mismo al subsecretario para darle cuenta de la feliz terminación del problema y el subsecretario pidió que se pusiera Manolo y tuvo para él frases muy amables y promesas de un brillante futuro. El maestro Guerrero invitó a todos a comer, anunciando que habría sorpresas en el restaurante. Se marcharon los autores, y cuando a las dos y media llegó Manolo a Chipen, se encontró con dos señoritas colosales sentadas junto a los autores.

—Mire usted, joven —dijo el maestro—, tengo el gusto de presentarle a nuestras primeras figuras, Mari Cruz Imperio y Lita Gloria, que han querido agradecerle en persona su buena disposición…

Naturalmente, Manolo se sentó entre las dos artistas, que eran rubias, gorditas y valencianas y que cuando hablaban de ellas mismas decían: «porque nosotras, las vedettes». A Lita le olía bastante el aliento, por lo que Manolo habló mayormente con Mari Cruz, que se llamaba en realidad Lucrecia García y era hija de un carabinero a quien mataron los rojos por haberse sublevado el 36 en Albacete. Esta comunidad de ideales políticos facilitó el acercamiento moral entre los dos y acabaron citándose para la noche siguiente, bajo la mirada complaciente de uno de los libretistas, que era el amante de la chica, aunque tragaba lo que hiciese falta con tal de conseguir que le tolerasen algún chiste verde en el texto.

Manolo los dejó a las cuatro menos diez, porque tenía que dar su clase en la Escuela de Mandos y eso para él era sagrado. Le llevó hasta allí el automóvil del maestro, con su chófer y mientras recorría la Castellana, fumando el Montecristo, con el sabor aún reciente del coñac francés, con la juvenil imagen de Mari Cruz en las retinas, Manolo iba pensando que bueno estaba aquello del espíritu monacal y castrense que dentro de unos momentos explicaría a sus alumnos, como ideal de su vida; pero que también había otra vida, que él comenzaba ahora a entrever, y que ofrecía indudables atractivos que eran, indudablemente, compatibles con la España Nueva, ya que ahí estaban, sin ir más lejos, aquellos señores, cuya afección al Movimiento quedaba fuera de duda, como bien le había advertido el subsecretario.

Entonces, dio una honda chupada al habano y sonrió de una manera extraña…

Alfonso Corcheiro era gallego, como puede suponerse. Aunque tenía cerca de treinta años, se trataba de una de esas personas cuyo nombre siempre se utiliza en diminutivo; hasta los noventa, si es que llegan a cumplirlos. Alfonso, pues, era Alfonsiño para todos en su Betanzos, y siguió siéndolo en Madrid, adonde llegó en el otoño del 39, para ser uno de los primeros huéspedes de la pensión de doña Salvadora; la misma que habitaba Manolo. Coincidían en la mesa del comedor y fue

naciendo entre ellos cierta amistad, fruto de su recíproca simpatía. Cuando esa amistad permitió ya algunas confidencias, Alfonsiño le preguntó a su compañero de yantar:

—Y tú, ¿no piensas dedicarte a ningún negocio?

—Pues mira, no, la verdad. Yo no sirvo para esas cosas…

—¿Y luego? No me seas coitadiño, ¡que para los negocios todos valemos!

—Pero yo trabajo en un organismo oficial… estoy en la política…

—Por eso mismo, rapaz…

Alfonsiño dejó estar el tema. Y dejó también a Manolo con la incertidumbre de aquella afirmación de su amigo, acerca de que *precisamente* por sus destinos políticos podía dedicarse a los negocios. La cuquería galaica de Corcheiro justificó que durante bastantes días no volviese a hablar sobre el asunto. Con lo que fue de nuevo Manolo quien sacó la conversación un domingo, mientras tomaban café en un velador de la plaza de Santa Ana, aprovechando un radiante día primaveral.

—Oye, Alfonsiño, ¿qué tiene que ver la política con los negocios?

—Pues mira, depende.

—¿Cómo que depende?

—Depende de la política, porque no es lo mismo la de abastos que la de relaciones exteriores, ¿comprendes?

—Ni una palabra.

Y era que Manolo no estaba habituado al trato con gallegos, por lo que se le hacía difícil entrar en el planteamiento perifrástico de las cuestiones.

—Con toda confianza, oye, pero con toda confianza de verdad —Alfonsiño se le acercó, mirándole fijamente mientras hablaba— puedo decirte lo que sucede en Industria y Comercio.

—¿Qué sucede?

—Que un amigo mío se saca muy buenos duros, sin defraudar absolutamente a nadie y tan sólo con el sano ejercicio de su racional inteligencia.

—¿Cómo?

—Este amigo… vamos a llamarle Pérez, es un decir, ya me entiendes, porque no se llama así; bueno, pues Pérez es funcionario en el Ministerio y por razón de su cargo, confecciona las listas de las personas que tienen solicitados neumáticos y piezas de recambio para los automóviles y los camiones y también es el primero en enterarse de a quiénes se les conceden los cupos de cada mes.

—¿Y qué?

—Pues que desde que Pérez sabe los beneficiarios hasta que los beneficiarios se enteran, pasan unos nueve o diez días de papeleos y tramitación burocrática, que ya sabes que eso de los Ministerios es el carallo. Entonces, un amigo de Pérez contacta con los que han pedido cupo y no saben todavía que se les ha concedido y les ofrece

su intervención para lograrlo, naturalmente cobrando una buena pasta si les consigue la adjudicación.

—Pero esa adjudicación ya está hecha…

—Claro, Manoliño. Por eso te decía que no se defrauda a nadie.

—¿Cómo que no? Oye, ese Pérez es un sinvergüenza. Y su socio, más todavía.

—No me hundas, Manoliño, que el socio soy yo…

Manolo quedó cortado. Aprovechando la sorpresa, Alfonsiño glosó con gran habilidad su teoría sobre el aprovechamiento de conocimientos oficiales y su explotación comercial, insistiendo en que no se trataba de fraude ni de soborno, ya que para nada se forzaba la normal adjudicación de los cupos; sencillamente, se utilizaba con gracia una posición de ventaja. Y eso, después de todo, no estaba tan mal.

—Además, oye, que todos los beneficiarios son estraperlistas, que ésos sí que hacen daño a la patria, tú, y quitarles unos miles de pesetas, pues en definitiva es como castigarles por sus malas artes y su egoísmo.

Cuando lo vio entregado, pasó a la segunda fase de su planteamiento.

—Tú, Manoliño, estás en eso de la censura de teatros y demás, ¿no?

—Sí, en el Departamento de Prensa y Publicaciones.

—Entonces, te enteras antes que nadie de cuándo autorizan una función, ¿es eso?

—¡¡Alfonso!! —estaba tan indignado Manolo que apeó el habitual diminutivo—. ¿Qué insinúas?

—No, nada… —y viró en redondo—. Oye, el domingo próximo juega aquí el Deportivo contra el Atlético Aviación. Podíamos ir, si te parece; que yo soy buen amigo de Acuña y me dará dos billetes…

—Bueno…

El otoño fue de muy intensa y difícil actividad para Manolo. De conformidad con el mando, se planteó nada menos que la importante empresa de desmitificar a los intelectuales rojos. Fue idea suya; idea que se le ocurrió al enterarse de la muerte en la cárcel de Miguel Hernández, sobre la cual la prensa nada informó. Pero pensaba Manolo (y quizá tuviera razón) que otras firmas menos ilustres andaban por el exilio lanzando venenosos venablos contra el régimen y que incluso muchos en el extranjero les concedían beligerancia. Llevados por su buena fe, claro es; porque de lo contrario, ¿cómo católicos franceses, damas británicas de la burguesía o americanos capitalistas podían celebrar los versos de Alberti y de José Bergantín o los escritos de Ramón J. Sender?

Entonces, organizó Manolo la que fue llamada «operación desenmascaramiento» y que consistió en editar un folleto en el que se recogían escritos de todos aquellos intelectuales rojos, que demostraban bien a las claras su ateísmo, su crueldad, su

marxismo militante. Cada texto llevaba un comentario en cursiva del propio Manolo, que encontró una estupenda fuente para su tarea en el semanario *El Mono Azul*, fundado en septiembre de 1936 en Madrid por Rafael Alberti y María Teresa León y que fue portavoz de la llamada Alianza de Escritores Antifascistas. La presentación del periódico la había hecho el propio Alberti, con unos versos que (según el comentario de Manolo) retrataban suficientemente su «repugnante personalidad». Decían:

El Mono Azul sale ahora
de papel, pues sus papeles
son provocarle las hieles
a Dios Padre y su señora.

Verdaderamente, aquel semanario no tenía desperdicio y la indudable capacidad crítica de Manolo pudo cebarse en muchas insensateces allí escritas. Como aquel romance en el que José Bergamín parecía pretender quitarse de encima el remoquete de «católico» con que le tachaban sus propios compañeros en los primeros días de la guerra civil:

El hijo de la gran Mula
por Mola vino a las malas
como no tuvo soldados
los hizo con las sotanas.

Comentaba Manolo, cáusticamente, el fracasado empeño épico de Ramón J. Sender, que fugazmente perteneció a la «Escuadrilla del Amanecer» y envió algunas crónicas desde el frente del Guadarrama, para ejercer después nada menos que el cargo de jefe de Estado Mayor de Líster, aunque éste le censuraba duramente en sus libros, acusándole de haber abandonado el frente. Sin embargo, la fobia mayor de Manolo se dirigía contra Alberti, a quien insultaba sin ambages con frases como ésta: «Dirán que es un gran poeta; pero nosotros debemos restablecer la verdad. Rafael Alberti no puede ser llamado poeta, si —como debe ser— consideramos la poesía la más bella de las expresiones literarias. Y este escritorzuelo fue capaz de publicar un vil romance contra ese gran caballero español que es el duque de Alba, de quien osó decir lo siguiente:

»Mixto de cabrón y mona,
»ni de España, ni extranjero,
»hijo de ninguna parte,
»rodado excremento muerto.

»Quien esto firma, ¿es un poeta? ¿Es siquiera un ser civilizado? No, rotundamente, no. Acabemos, pues, con el mito de Alberti como figura de las letras. Panfletista despreciable, si acaso, y nada más».

El folleto alcanzó una gran aceptación popular, pero sobre todo entusiasmó a las más altas jerarquías. Manolo fue llamado por el ministro y felicitado calurosamente; se le concedía el ingreso en la Orden de Cisneros al mérito político y, habida cuenta de su probada eficacia en las difíciles tareas de la propaganda, se le encomendaba una difícil misión. Hasta entonces, la prensa y la radio se habían volcado en sus entusiasmos fervorosos hacia el Eje Roma-Berlín, en la misma medida que habían atacado duramente a las potencias aliadas. Pues bien; los supremos intereses nacionales aconsejaban iniciar un viraje de ciento ochenta grados en aquella orientación. El desembarco en África y los recientes reveses de la Wehrmacht en Rusia cambiaban sensiblemente el panorama de la guerra mundial. O sea, que ya podía admitirse que los ingleses eran inteligentes, los americanos constituían un país moderno lleno de virtudes y, en cambio, los japoneses eran malísimos, torvos y traidores. A Hitler y Mussolini había que citarles cada vez menos, aunque todavía con decoro.

Manolo se entregó afanosamente a su nueva tarea, poniendo una vez más de relieve su sentido de la disciplina. Dio la coincidencia de que el mismo día en que había redactado un espléndido artículo glosando «la moderna audacia del ejército norteamericano, que está aportando a la feroz contienda de la que, por fortuna, España permanece totalmente al margen, un nuevo sentido de la disciplina alegre y del heroísmo jovial, tan distantes de la grandilocuencia prusiana», le llamó por teléfono el cónsul Arbeitzer, que estaba en Madrid y quería darle un abrazo. Con mucho gusto fue a cenar con su buen amigo, *O. Uve doble*, que se pasó dos horas explicándole muy en secreto las maravillosas y sorprendentes armas que Hitler estaba fabricando, para conseguir la victoria definitiva.

El 20 de noviembre, Manolo ordenó a todos los periódicos que dependían de su departamento la reproducción de un espléndido artículo sobre José Antonio que había escrito para *Arriba* el joven intelectual falangista José María de Areilza. Areilza era uno de los políticos a quien él más admiraba, desde que publicó (en colaboración con Fernando Mª de Castiella) aquel estupendo libro *Reivindicaciones de España*, donde se demostraba que la conjura extranjera nos había arrebatado, entre el siglo XIX y el XX, pedazos del solar patrio tan nuestros como Gibraltar, la más próspera zona del Imperio marroquí, gran parte de la Guinea y hasta el puerto de Tonkín, en Indochina. José M.ª de Areilza, ex alcalde de Bilbao, era sin duda una de las figuras más atractivas de la Falange y su integridad nacionalsindicalista le auguraba un brillante porvenir en la Nueva España.

Haciendo una pausa en su agotadora actividad, se permitió Manolo la licencia de ir una noche al teatro Martín, donde se celebraba una función monstruo conmemorando las mil representaciones de *Cinco minutos nada menos,* la revista de Muñoz Román con música del maestro Guerrero que, siempre gentil, le había enviado dos invitaciones. Le acompañó Alfonsiño Corcheiro y a la salida, tarareando aquel pasodoble tan pegadizo sobre Eugenia de Montijo, se le ocurrió comentarle:

—Vamos a abrir en Vigo una delegación de prensa…

—¿Tenéis local? —preguntó en seguida Alfonsiño.

—Pues todavía no.

—Entonces, Manoliño, te pido un favor. Déjame que yo te lo ofrezca; sin ningún compromiso, claro está.

—Bueno, de acuerdo.

A los pocos días, Alfonsiño le entregó una relación de pisos en Vigo, con sus precios de venta o de alquiler, según los casos. Manolo los trasladó al correspondiente departamento, que decidió comprar uno de ellos. Firmada la escritura (compareció como vendedor, con sus poderes, el propio Corcheiro), éste invitó a comer a Manolo.

—En la Casa Gallega, oye. Y con mariscos.

Ya en el café, Alfonsiño le dijo a Manolo:

—Tengo una sorpresa para ti.

—¿Una sorpresa?

—Sí. Toma.

Le dio un cheque de cinco mil pesetas.

—Pero ¿qué es esto?

—Tu natural porcentaje en la operación de la venta del local.

Manolo solamente contestó:

—Gracias.

Y se guardó el cheque.

Aunque ya dijimos que Manolo no era demasiado aficionado al cine, comprendía la trascendencia político-social de aquel poderoso medio y por eso se le ocurrió la conveniencia de convocar un concurso de guiones para películas que exaltaran los valores patrióticos. Fue un éxito, ya que concurrieron más de cien. Aunque algunos eran impresentables; como uno que comenzaba su acción en el cielo, al que llegaba el Jefe del Estado, recibido con todos los honores por san Pedro, que exaltaba su fiel dedicación a la causa de la Iglesia. Pero había otros muchos llenos de méritos y el jurado tuvo que cavilar mucho a la hora de discriminar los premios, tanto por los valores de los finalistas como por las muchísimas recomendaciones que había recibido.

A la entrega de los premios se le dio una cierta solemnidad; en el salón de actos de la Jefatura, adornado con las banderas nacionales y las fotos de rigor, se colocaron los jerarcas, de uniforme y fueron pasando los autores premiados: Sánchez Silva, Romero-Marchent, Serrano de Osma, José Ángel Ezcurra… Todos, como era lógico, iban vestidos de camisa azul y saludaban brazo en alto antes de recibir su diploma (y su cheque). Luego sucedió que ni uno solo de aquellos guiones llegó a convertirse en película, lo que demostraba la estrechez mental de los productores españoles. Que no querían comprender que el cine era un vehículo inmejorable para la propaganda, como tan acertadamente había dicho el ministro Goebbels.

Claro que la cita de Goebbels había tenido Manolo buen cuidado en callársela, porque la batalla de las Ardenas —el último esfuerzo del Tercer Reich por ganar la guerra mundial— había terminado con la victoria aliada y ya nadie podía dudar acerca del desenlace final de la trágica contienda. Pocos meses después, la tragedia se consumaría y Hitler acabaría suicidándose en el «bunker». Publicó entonces *Informaciones* un emocionado editorial, en el que se aseguraba que el Führer había sido un denodado defensor del catolicismo y, al llegar al cielo, un emocionado «¡Presente!» había retumbado en angélicas voces. A Manolo le pareció muy mal el artículo; muy inoportuno, sobre todo, y dictó otro, que se publicaría en la cadena de sus periódicos, aclarando que el panteísmo hitleriano y su indudable concepción atea de la existencia eran, sin duda, causantes de su derrota. También hizo desaparecer de su despacho oficial una foto de Hitler que tenía enmarcada en piel y que le había regalado, años atrás, su amigo el cónsul Arbeitzer.

No estaba Manolo de buen humor aquellos días y por eso le vino bien la invitación de Alfonsiño Corcheiro, que inauguraba un piso en la calle de Ayala y daba una copa de «vino español» a sus amigos. Era un piso pequeño, claro está, pero muy coquetón, con calefacción central (que no funcionaba por falta de carbón) y una renta alta: quinientas pesetas al mes. Pero al gallego le iban muy bien los negocios últimamente y podía permitirse estos lujos; por eso, también, los invitados se sorprendieron cuando les ofreció whisky a discreción. Se trataba de un auténtico alarde de riqueza, aunque la bebida no gustaba la primera vez que se tomaba. Así, Cristina Alcázar, una morena guapísima que coqueteaba con Manolo, comentó:

—Oye, esto sabe a chinches…

Y Manolo sintió la necesidad de preguntarle:

—¿Es que tú has comido alguna vez chinches?

En el guateque estaba mister Peadges, alto funcionario de la Embajada británica, que era un tipo muy simpático, bajito y rechoncho, con una pipa como clavada en los labios. Manolo hizo que se lo presentaran y charló largamente con él. Mister Peadges, que de tonto no tenía ni un solo pelo, le dijo para empezar:

—Usted, señor Vivar, no nos tiene mucha simpatía a los británicos, ¿verdad?

—Está usted confundido; siempre he admirado el humor inglés, el sentido de la convivencia de los ingleses, su patriotismo acendrado. Pero tampoco puedo olvidar, como español, la postura de sus gobiernos frente al nuestro.

—Los gobiernos pasan; los países quedan.

—Exactamente. Por eso, veo con satisfacción que nuestros países se están aproximando últimamente, disipadas muchas confusiones…

Bebían whisky de continuo. A mister Peadges no le influía nada, porque estaba acostumbrado; pero Manolo comenzó a sentirse raro. Quizá por eso dijo de pronto:

—Tengo entendido que en el Instituto Británico se dan unas clases de lengua inglesa muy eficaces…

—Efectivamente, señor. Por cierto que en las dos últimas semanas y coincidiendo con nuestra victoria, son centenares las personas que se matriculan, Pura coincidencia, claro está… —se cachondeó.

—Evidente. Lo que sucede es que los españoles comprendemos perfectamente la importancia del idioma inglés. Y la belleza de su literatura: Shakespeare…

Dudó unos segundos, porque no se acordaba de ningún otro autor británico. Felizmente le vino a la cabeza Agatha Christie y lo colocó también, con encendido fervor. Mister Peadges le preguntó:

—¿Es que le interesaría a usted asistir a los cursos de lengua inglesa?

—Naturalmente que sí.

—Llámeme mañana a la Embajada y procuraré arreglárselo.

—Muchas gracias. Créame que estoy deseando poder leer en su idioma original los magníficos discursos de Churchill…

Al llegar a la pensión (bastante borracho, con perdón), se encontró con una llamada urgente de la Nacional, ordenándole que se presentase en seguida en su despacho, sin excusa ni pretexto alguno. Tomó una ducha para aclararse las ideas y media hora más tarde estaba en la reunión de urgencia que se había convocado por el ministro.

—Os he reunido, camaradas, porque los momentos son difíciles y acaba de producirse un hecho importante, que sólo vosotros tenéis que conocer. Don Juan de Borbón acaba de hacer público un manifiesto que bajo ningún pretexto puede ser difundido en el país…

Entonces les leyó el manifiesto de don Juan, en el cual, con evidente sentido profético, anunciaba que el régimen de Franco tenía sus días contados y que el triunfo de las democracias en la guerra mundial suponía el fracaso absoluto del sistema, por lo que invitaba al Caudillo a que resignara sus poderes. La indignación de los presentes fue tremenda y Manolo, especialmente, no pudo reprimir su irritación, manifestándose a grandes voces contra la Monarquía borbónica.

—No es oportuno —decía el ministro— que los españoles se enteren de este manifiesto. Inmediatamente tenéis que cursar las órdenes pertinentes para que de ninguna forma se filtre. Aunque me temo que los ingleses harán todo lo posible por difundirlo.

—Los ingleses son unos cabrones —gritó Manolo.

—Pero han ganado la guerra —resumió otro camarada.

Se quedó en su despacho hasta muy tarde, enviando órdenes y escribiendo consignas. Y aunque se acostó cerca de las tres, estaba a la hora de siempre en la oficina y no olvidó llamar a mister Peadges, quien le confirmó que había sido admitida su matrícula para los cursos de lengua inglesa en el Instituto Británico. Salió de la Nacional juntamente con Martín y coincidieron al comienzo de la Gran Vía con el desfile de unas centurias del Frente de Juventudes, que volvían del campamento «Felipe II», de El Escorial. Los muchachos marchaban airosos, braceando con marcialidad, al frente de las banderas. Había un tipo en la acera de Chicote, con el sombrero gris calado hasta las orejas, que miraba el espectáculo con aire indiferente y que no se destocó al paso de las enseñas nacionales, Manolo, que estaba muy excitado desde la noche anterior, le agarró por las solapas y le gritó exasperado:

—¡Rojo! ¡Que es usted un rojo! ¡Quítese en seguida el sombrero y salude brazo en alto a las banderas!…

El tipo se puso pálido y, naturalmente, se quitó el sombrero y alzó el brazo. Manolo llegó poco después a la pensión y se sentó a comer, sin ningún apetito. Como todos los días, doña Salvadora había puesto Radio Nacional, para escuchar las noticias. Entre otras varias, se dio cuenta de la publicación de una orden ministerial por la que se derogaba la obligatoriedad del saludo brazo en alto, habida cuenta de las torcidas interpretaciones que se le podían dar y no obstante tratarse de un saludo de rancio abolengo, originario de los iberos y consagrado en la Roma cesárea.

IV

Ahora ya no se ponía el uniforme todos los días; incluso dejaba de vestirse con camisa azul. Y eso que, contradiciendo las normas del Partido, pero cultivando su indudable elegancia, su camisero le había hecho unas de seda natural preciosas y, en el colmo de lo «chic», hasta tenía alguna con cuello duro, también azul mahón, naturalmente. Pero —pensaba para sí Manolo— quizá a los intereses supremos de la nación le conviniera que sus fieles servidores comenzaran a mostrarse más en la línea americana, que era la que comenzaba a imponerse. En esto estaba totalmente de acuerdo Alfonsiño, con el que se veía frecuentemente y que fue quien le presentó a María Antonia.

María Antonia, casada con un neurocirujano, no tenía hijos, y estaba cerca de los treinta años; era una de esas mujeres, tan frecuentes en el país, a las que se les nota la insatisfacción sexual. Tampoco hacía nada por disimularlo y como era realmente hermosa y andaba pidiendo guerra (que dicen los castizos), Manolo, que no era de piedra, se la ofreció. O sea que la llevó una tarde a tomar una copa en «Casablanca», donde bailaron tiernamente enlazados y se pusieron en seguida de acuerdo acerca de lo difícil que era encontrar la felicidad en este mundo, y pocos días después volvieron a verse al mediodía, en «Roma», y así fue cómo, entre charla y charla, descubrieron sus afinidades sentimentales. Lo que equivale a decir que se gustaban físicamente una burrada.

Tenía María Antonia un cuerpo bellísimo, con la desconcertante contradicción de que, siendo delgada, sus pechos eran muy grandes. Y eso que no lucían cuanto debieran porque, como consecuencia de una promesa hecha durante la guerra, cuando estaba refugiada en la Embajada de Chile y a su padre le buscaban los de la FAI para asesinarle, iba vestida siempre con hábito. Un hábito morado con cordones amarillos que, como es lógico, no le favorecía nada. Pero cumplía humildemente su promesa, a la que sólo le faltaban ya cinco meses para finalizar. Y María Antonia, que era profundamente católica, no se desesperaba por ello, sino que casi podríamos decir que había hecho de su hábito una coquetería.

El neurocirujano andaba siempre por el Clínico y su mujer se aburría soberanamente. No es que Manolo tuviese demasiado tiempo libre, pero alguna tarde terminaba antes de las ocho y entonces la recogía en algún lugar discreto y daban un paseo en el «topolino». Porque Manolo se había comprado (gracias a su amigo Alfonsiño, que se lo proporcionó barato) un «topolino», con gasógeno, que le permitía ir hasta Casa Camorra, en la cuesta de las Perdices y allí enlazar sus manos con las de María Antonia, que se ponía muy colorada y muy cachonda y que estaba deseando que le propusiera pasar a mayores, porque ella, dada su decencia, nunca daría el primer paso.

Por fin, Manolo se decidió. Y su oferta fue tan bien recibida, que el problema consistió en encontrar el lugar idóneo para materializar aquel amor apasionado. Tuvo que efectuar consultas Manolo con sus amigos más cercanos y todos coincidieron en que nada como un chaletito en la calle de Hermanos Miralles, que solamente ofrecía la dificultad de que era gemelo de otro inmediato y, por tanto, no había que confundirse de número, ya que el error podía resultar lamentable. Llena de rubor dio su conformidad María Antonia al establecimiento y sugirió que sería preferible hacer el amor por las mañanas, porque su marido estaba entonces absolutamente absorbido por los enfermos.

Con objeto de que todo fuese disimulado al máximo, se citaron en la parroquia del Carmen, que tiene dos puertas a distintas calles y de la que era feligresa constante María Antonia. Entró por una de las puertas, rezó unas breves oraciones implorando anticipado perdón para su pecado y salió por la otra puerta, donde estaba aparcado el «topolino» de Manolo. Que en pocos minutos llegó a Hermanos Miralles; allí les recibieron con suma discreción y los enamorados se encontraron ya en la tentadora soledad de la habitación. Siempre, en estos casos, el debut resulta embarazoso y mayormente si, como ocurrió, a la dama se le plantea un grave problema de conciencia. Porque dijo María Antonia:

—Mira, querido: tengo promesa de llevar siempre el hábito puesto y de no quitármelo más que en la cama. Pero, claro, se entiende en la cama, para dormir…

Manolo, honestamente, reconoció:

—Ahora no vamos a dormir…

—Pues por eso. ¿Qué crees que debo hacer?

En vez de contestar, Manolo le subió el hábito (desde abajo) y luego se lo bajó (desde arriba) y así la vestimenta morada quedó como de bufanda del estómago de María Antonia, que una vez tranquilizada en tan cristiana convicción, se entregó apasionadamente a la voracidad de su amante, que cumplió con creces con su deber, a pesar de que en determinado momento se enredó con los cordones amarillos del hábito. La cosa no tuvo mayor importancia y en realidad aumentó los placeres de la cohabitación, que terminó cerca de la una del mediodía^ Lo cual permitió a Manolo llegar todavía a la oficina y enterarse allí de que los «maquis» habían ocupado el valle de Andorra.

Los «maquis» venían dirigidos por Santiago Carrillo, desde Toulousse y desplegaban un aparato bélico importante, con el que pretendían conquistar el país. Para complicar más las cosas, pocas semanas después se cerraba la frontera con Francia y la ONU decidía el aislamiento internacional de España. Se iban los embajadores y España reaccionaba celtibéricamente, apiñándose alrededor de Franco. Manolo tuvo mucho trabajo aquella temporada; un trabajo grato, porque consistía en dar forma al clamor nacional. Y acudió, naturalmente, a la gigantesca manifestación

de la plaza de Oriente, donde centenares de miles de madrileños aclamaron al Caudillo y levantaron pancartas tan graciosas como aquella que decía: «Si ellos tienen ONU, nosotros tenemos dos». Al regreso del acto, en la calle del Arenal, después de saludar a don Jacinto Benavente, se encontró con María Antonia y su marido y también los saludó, porque en aquellas circunstancias todo estaba permitido.

Por lo demás, seguía Manolo con sus clases de inglés en el Instituto Británico y se había dejado convencer por Alfonsiño para figurar como consejero en una sociedad anónima, Sincolesa, dedicada al tráfico mercantil indiscriminado. El sueldo (en forma de dietas) no estaba mal y le permitió renunciar a su puesto de profesor en la Escuela de Mandos, que ya no le llenaba. Con lo que no tuvo que seguir vistiendo el uniforme de botas altas, que ahora le parecía incómodo. Pensó asimismo que la pensión de doña Salvadora le resultaba ya menos acogedora, y su amigo Corcheiro le encontró un pisito en la calle del Espíritu Santo, donde sin el menor reparo ante tan cristiano nombre, se acostaba continuamente con María Antonia.

Políticamente, estaba atravesando una indudable crisis de conciencia. Hasta el punto de haber perdido aquella capacidad suya de improvisación para redactar combativos artículos henchidos de patriotismo. Por eso, cuando el Mando le encargó que escribiera algo sobre nacionalsindicalismo, incapaz de crear, acudió a la obra maestra de Laín Entralgo sobre el tema e incluso copió párrafos enteros de ella. Como aquel, tan hermoso, en el que el camarada Pedro había escrito: «He aquí una consecuencia que sonará a escándalo en los oídos de la vieja burguesía: la de que ser patriota vale tanto como ser sindicalista nacional. Cualquiera que sea la actitud de cierta burguesía católica, yo, católico y nacionalsindicalista, sostendría siempre la conveniencia de una estrecha amistad con la Alemania nacionalsocialista, eso en orden a la revolución social que España necesita, una vez conseguida por las armas firmeza nacional, como el poderío de nuestra patria en el siglo futuro». Lo releyó después y estimó oportuno suprimir la alusión nazi, porque esto lo había escrito el camarada Laín antes del final de la segunda guerra mundial y lo importante era (según decían las consignas del Mando) mantener lo sustancial, con los retoques que hiciesen falta a lo que era mera accidentalidad política.

El aislamiento internacional se agudizaba y, para colmo, las incursiones del «maquis» se hacían cada vez más graves. Pero el país necesitaba tranquilidad mental y Manolo dictó entonces aquella famosa consigna a la prensa:

—Nada de malas noticias. En España no sucede nada desagradable.

Y la prensa glosó los goles de Zarra, las apoteosis de Manolete por esas plazas de Dios, el éxito clamoroso de *Botón de ancla* y las constantes inauguraciones de pantanos. La verdad era que los españoles trabajaban como enanos (como los enanos que trabajan mucho, ya se entiende) y aunque se imaginaban todo lo que tenían debajo, como si estuvieran sobre un volcán, preferían hacerse los tontos, encandilarse

con Celia Gámez y sus vicetiples, que enseñaban la mitad del muslo y seguir la recomendación de una de las canciones de moda; aquella que decía:

—No hay novedad, señora baronesa…

Por culpa de esa canción tuvo Manolo complicaciones importantes. La cantaba, muy bien por cierto, una vocalista que utilizaba el seudónimo de Monique y aseguraba ser francesa, aunque había nacido en Colmenar de Oreja. Manolo la conoció en Villa Rosa durante el verano, cuando María Antonia estaba de vacaciones con su marido en Alicante (según su deber de esposa le imponía). Esta dolorosa ausencia de la mujer amada facilitó el *flirt* de Manolo con la artista, que se le dio muy bien desde el primer momento y con la que pronto vivió un apasionado y fugaz romance amoroso. Más fugaz de lo previsto, por la intervención inesperada de un alto jefe militar. El alto jefe se había enamorado locamente de Monique, que como puede suponerse, también le daba carrete, porque, además de sus galones y de sus medallas, era un otoñal canoso todavía de buen ver. Pero con un sentido excluyente de estas cuestiones, en la más pura línea calderoniana.

Algo sospechó el alto jefe de las infidelidades de la vocalista y decidió eliminar con todo rigor castrense cualquier competencia desleal. Así, finalizando agosto, había acudido Manolo como tantas otras noches a Villa Rosa, con la habitual intención de llevarse a la cama a Monique después de la actuación, cuando el *maître* le pasó un billete escrito con letra nerviosa, que decía simplemente: «Hoy, imposible. Ya te llamaré. Besos». Con aquel tic suyo tan característico, se alisó con las dos manos el bigotillo negro y animado por la tercera copa de coñac decidió pedir explicaciones. ¡Pues no faltaría más! Y al acabar Monique su brillante intervención, se dirigió, como tantas veces, hacia el camerino. Le extrañó que en la puerta del pasillo hubiese dos soldados, montando guardia con su máuser. Otros dos estaban un poco más adelante y una última pareja, con su cabo primero, en la puerta del camarín.

Manolo, que conocía los asedios del ilustre militar, porque la chica, honestamente, se los había confesado, comprendió en seguida. Se había detenido frente a la puerta; el cabo primero le miraba fijamente, mientras los soldados, apoyados en sus fusiles, permanecían en posición de descanso. Su primer instinto emocional fue rápidamente sofocado por el sentimiento del deber; provocar una situación embarazosa sólo serviría para que los enemigos del régimen tuvieran otra ocasión más de airear los enfrentamientos entre el Partido y las Fuerzas Armadas. Manolo, echándole un nudo al corazón (y vivamente impresionado por el aparato bélico presente), sonrió amistosamente al cabo primero y siguió, pasillo adelante, hacia el W.C., que le vino muy bien para aligerar sus nervios con una regular meada. Regresó por el mismo camino a su mesa y cuando estaba pagando la cuenta, vio salir por la puerta de camerinos a Monique, rodeada por la tropa. La subieron a un vehículo militar, que salió disparado, con dos motoristas precediéndole.

Al día siguiente, la vocalista le llamó, tal como había prometido. Pero él se hizo el digno y le comunicó que todo había terminado entre los dos; la ocasión no podía ser más propicia para la ruptura, porque el siguiente lunes, María Antonia regresaba de sus vacaciones. Aunque tan importante efemérides quedó absolutamente oscurecida por la trágica noticia que pocas horas antes conmovió a España entera: Manolete había muerto en Linares, cogido por un Miura. Durante varios días, el país vivió pendiente de los detalles del taurino drama y de las emocionantes escenas del entierro del torero de Córdoba. Manolo recobró su perdida inspiración literaria y pudo dictar una hermosa nota necrológica, «Español y torero», en la que glosaba las virtudes profesionales y políticas del «Monstruo». Fue muy felicitado por ella.

Aquellos meses fueron cansinos y cuando llegó Navidad, decidió Manolo pasarla con sus padres, en su ciudad. Hacía mucho que no iba por allí y el reencuentro estuvo lleno de sugestiones. Mari Paz tenía novio formal; un abogado, antiguo camarada del Frente de Juventudes, que se estaba abriendo camino y ya ganaba buenos duros en su especialidad administrativa de las infracciones en materia de abastos. En el Bar Club seguía Mañez preparando los gin-fizz como nadie y Valeriano, el limpia, le comunicó que acababa de batir el récord de los 400 metros vallas, a pesar de que seguían entrenándose con las sillas. Fiel a sus principios, Pepito Carmensanz continuaba poniéndose todos los días el uniforme de soldado de la Wehrmacht, con la Cruz de Hierro colectiva. Desde que regresó de Rusia (hacía ya cinco años largos) no se le conocía otra indumentaria. Al principio, aquello se consideró un gesto patriótico; ahora la gente opinaba que el frío de la estepa le había trastornado. Máxime cuando el valeroso ex divisionario explicaba muy fundadamente su teoría de que Hitler no había muerto en el «bunker», sino que había logrado escapar en un avión especial y se encontraba oculto en la Patagonia, preparando una invasión armada de Inglaterra a la cual él, naturalmente, prestaría su entusiasta colaboración.

La víspera de Reyes le llamaron por teléfono de la Nacional. Ya suponía Manolo que sus prolongadas vacaciones no sentarían bien a las jerarquías y que la indisimulable frialdad que últimamente venía acusando en su labor política (debidamente resaltada por sus enemigos de siempre) podía ser motivo para una seria reprimenda. Desde Madrid le hablaba el camarada Martín.

—¡Manolo! ¡Manolo!

—¿Qué pasa, hombre?

—Tienes que venirte en seguida…

—Pero mañana es fiesta…

—Pues por eso. Aprovecha para estar aquí el primer día hábil, bien temprano.

—¿Ocurre algo?

—¡Casi nada! Que te han hecho director general…

Director general de Explotaciones Forestales y Piscícolas. Nada menos. Lo primero que preguntó Manolo fue:

—Y eso ¿qué es?

—Pues hombre, la responsabilidad de cuidar de los bosques y de los ríos y de lo6 verdes valles y de las especies raras de peces y de todo eso…

—¡Ah!

Después supo la razón de su nombramiento: sus acumulados méritos en la propaganda le habían conferido una imagen muy favorable en las alturas. Su buen padre, siempre atento a su carrera y sin decirle una palabra, para no herirle en su conocida dignidad, había llamado a dos ministros amigos suyos y especialmente había movilizado a un franciscano, que era confesor de la esposa de un subsecretario, la cual había ejercido su natural influencia sobre su marido, quien comprendió que aquel muchacho podía ser muy útil en el servicio de la patria, en superiores esferas a las que venía ocupando. Se interesó por su curriculum y supo que en sus tiempos de delegado provincial de Educación Física del Frente de Juventudes había organizado una repoblación forestal en la zona de su mando, gracias a la cual varios montes, antes yermos, lucían ahora con millares de pequeños pinos. Por consiguiente, ¿qué cargo mejor que esa Dirección General desde la que podría planificar, ahora a escala nacional, una semejante campaña de intensificación de los valores ecológicos del país?

La toma de posesión y subsiguiente juramento, revistieron la severidad habitual en estos actos; Manolo iba vestido de gris con camisa azul y contestó a las palabras del ministro con una breve alocución, de la que gustó especialmente este párrafo:

—Tenemos que recuperar nuestros bosques, tenemos que devolver a España la riqueza forestal que la incuria de siglos liberales le ha hecho perder. Y debemos conseguir que nuestros ríos se pueblen otra vez con tantas especies piscícolas singulares que han ido lamentablemente extinguiéndose, pero que nuestra fe y nuestro espíritu de servicio sabrán revitalizar, en estos momentos en que, con especial empeño, necesitamos potenciar la economía de la patria, demostrando así a los enemigos seculares, a la conjura judeo-masónico-marxista-internacional que nos bastamos y nos sobramos para sembrar pinos y para inundar de peces nuestros centros fluviales.

No faltó al acto de la toma de posesión Alfonsiño Corcheiro, que invitó a cenar a su viejo amigo. Y le explicó cómo en Galicia aquellos problemas que ahora dependían de su competencia estaban especialmente agudizados, hasta el punto de que la semana anterior se le había ocurrido constituir una sociedad, Bosques del Noroeste, S. A., que tenía como finalidad primordial la revitalización de la riqueza forestal de la región y para cuya presidencia del Consejo había pensado (también una

semana antes del nombramiento, claro estaba) en Manolo.

—¿Pero no crees que ahora puede haber cierta incompatibilidad? —insinuó Manolo.

—Si lo creyera no te lo habría propuesto, hombre.

O sea, que Manolo aceptó. Y olvidándose de aquella actividad suplementaria, comenzó a desarrollar una intensa labor desde su Dirección General, organizando cursillos, fomentando la repoblación forestal, intensificando la reproducción de especies piscícolas, celebrando concursos de prensa (porque conocía bien la importancia del «cuarto poder») y trasladándose de continuo a las provincias más necesitadas de su asistencia personal. Su primer éxito lo consiguió con los lucios; los lucios son peces de río, voraces y poco abundantes, que estaban incluso en trance de desaparición. Gracias a la campaña promovida por Manolo, millares de lucitos poblaron los ríos asturianos. Ello le valió ser condecorado con la Gran Cruz del Mérito Agrícola, el 18 de julio.

En otoño, visitó oficialmente Cataluña. Comenzando, naturalmente, por Barcelona, donde no había estado desde los heroicos días de enero del 39, con la ciudad recién liberada. Hizo el viaje en avión; en un avión Junker de los que la Iberia utilizaba para sus escasas líneas comerciales y que estaban tan cargados de glorias militares (habían hecho la guerra en calidad de bombarderos) como escasos de seguridad. El vuelo, sin embargo, fue tranquilo y en poco más de dos horas, se encontró Manolo en el aeropuerto del Prat, donde le esperaba el personal de la Delegación barcelonesa. Antes que nada y desde el mismo aeropuerto se trasladó a la zona del Llobregat; allí le fueron expuestos los problemas forestales más acuciantes, que prometió atender sin demora. A media tarde llegó al hotel Ritz, donde se alojaría durante su estancia.

A la mañana siguiente recibió a los periodistas, «vigilantes soldados de nuestra paz», según les definió, a quienes dijo que «en esta mi primera visita como director general a la españolísima Cataluña, quiero dejar bien claro el especial interés de mi departamento por resolver los problemas de su competencia en esta feraz región, cuyo *seny* es tradicional y cuyos valores autóctonos no podemos desconocer ni mucho menos minimizar». Aunque nada tenía que ver con la necesidad de plantar más árboles en la provincia, un periodista le preguntó su opinión sobre la anunciada autorización del Estado para que se publicasen de nuevo libros en catalán, a lo que contestó sin una vacilación: «La hermosa lengua catalana es uno de los más ricos patrimonios culturales de nuestra patria y, naturalmente, considero tan lógico como elogiable que se promueva con especial cariño su cultivo y su difusión». Ni se acordó en la euforia del momento, de aquellos carteles que personalmente había fijado en las paredes —nueve años antes— preconizando el uso exclusivo de la «lengua del Imperio».

Después de una agotadora jornada de trabajo le llevaron por la noche a Rigat, en unión de un grupo de empresarios. Allí estaban viticultores del Priorato, agricultores del Maresme, hacendados del Panadés. Quien más hablaba (y quien más pedía) era Masdedeu, ex combatiente del Tercio de Montserrat (medalla militar colectiva) y vocal provincial del Sindicato de Frutos y Productos Hortícolas. Manolo atendía todas las sugerencias e incluso tomaba nota escrita de las que le parecían más interesantes, A eso de las tres creyó oportuno retirarse; y Masdedeu le dijo:

—El señor director general, a quien tanto hemos molestado, puede que no se haya dado cuenta de que en el local hay señoritas muy hermosas…

—Pues sí, me he dado cuenta… —reconoció Manolo.

—Oiga, señor director, si alguna le gusta y como estamos en confianza, díganoslo sin reparos, ¿eh?

—Bueno, Masdedeu, pero estas chicas…

—Sí, claro, son lo que se suele llamar putas y, oiga, cobran muy buen dinero. Pero si al señor director le gusta alguna especialmente, sepa que está invitado.

La inesperada propuesta sólo le hizo sonreír. Regresó a Madrid al cabo de dos días y se reintegró al trabajo exigente del departamento. Se veía poco con María Antonia, pero la escasez de los encuentros quedaba compensada por la intensidad de sus cohabitaciones. Estuvo en el estreno de *Locura de amor*, hermoso film que revelaba a una actriz, Aurora Bautista, que pronto se convertiría en el ídolo de la burguesía franquista. Al llegar la Cuaresma, el subsecretario le indicó que iban a celebrarse unos ejercicios espirituales para altos cargos y que el señor ministro esperaba que no faltase a ellos. Naturalmente, no faltó. Durante cinco días un jesuita les estuvo pasando repaso a la problemática del pecado mortal (del que no era nada partidario) y a la conveniencia de tener bien presentes las postrimerías del hombre.

Las conferencias se celebraban de siete a nueve de la noche y el padre López —el jesuita— sabía darles cierto interés. Resaltaba siempre el sentido jerárquico de la Compañía de Jesús y los votos de castidad, pobreza y obediencia, insistiendo especialmente en éste, que a las autoridades y jerarquías a quienes se dirigía tenía que resultarles conocido de manera especial. Coincidieron los ejercicios con un viaje profesional al extranjero del marido de María Antonia, lo que permitió a Manolo reunirse con su amante todas las noches a la salida, llevarla a cenar y después, en el apartamento, comentarle la importancia de aquellas meditaciones, antes (o después) de hacer el amor con ella.

Sin embargo el romance iba a terminar de manera súbita y Manolo tendría ocasión de dejar constancia, una vez más, de su acendrado espíritu de servicio y de su total entrega a sus obligaciones patrióticas. Acabando mayo, se anunciaba la constitución de la nueva legislatura de las Cortes Españolas y una mañana, después de su habitual despacho con el subsecretario, éste le sorprendió diciéndole:

—El señor ministro te espera esta tarde, a las cinco. Por lo visto, se trata de algo importante.

El señor ministro estrechó efusivamente la mano de Manolo, le hizo sentar en el butacón de un tresillo color calabaza, horroroso, que ocupaba un ángulo de su despacho y le felicitó por la labor que venía desarrollando desde la Dirección General.

—Ya sabrá usted, Vivar —continuó luego—, que tenemos pendiente de aprobación por las Cortes, una importante ley de defensa de nuestra riqueza forestal, para cuyo anteproyecto necesito de manera fundamental su colaboración.

—Estoy dictando unas líneas generales, señor ministro y espero que, en pocos días, la sinopsis del anteproyecto quede lista.

—Bien; pero como este proyecto de ley irá a las nuevas Cortes, quiero decir a la nueva legislatura, que modificará en un tercio de procuradores la constitución de la Cámara, he pensado que sería interesante y beneficioso para los intereses de nuestro departamento conseguir que usted fuese designado procurador.

—No me creo capacitado —mintió Manolo—; pero si el señor ministro considera que es mi deber…

Sí, el señor ministro así lo consideraba. Pero existía una pega importante, un problema (vamos, un problemilla, suavizó el señor ministro) que inevitablemente tenía que resolverse antes de cursar la propuesta para el nombramiento de Manolo Vivar de Alda como procurador en Cortes por designación directa del Jefe del Estado. Y era…

—Usted es soltero, claro, y es joven. Todos lo hemos sido; por eso lo que voy a decirle le ruego que lo considere simplemente como un consejo de padre… porque yo podría ser su padre, Vivar. En las Cortes, hay, usted lo sabe, una absoluta selectividad. Y en ocasiones como la de ahora, cuando se trata de proveer los puestos vacantes, se atiende (dada la mucha competencia) no sólo a los méritos políticos, sino a la preparación profesional, al historial y, no lo olvide, a la catadura moral de los aspirantes. Esto último es decisivo, fundamental. Nuestros procuradores no pueden tener mácula alguna de incompatibilidad por razones de moral. Me comprende usted, ¿verdad?

Manolo pensó en seguida en sus dos Consejos de Administración; especialmente, en la presidencia de Bosques del Noroeste, S. A., y mentalmente hizo cuentas para ver si la dimisión le compensaría. Pero el señor ministro no se refería a esa moral tan materializada. Y Manolo dio un respiro cuando le oyó decir:

—Parece ser… y le ruego que me disculpe la indiscreción, pero se trata de su porvenir político y, en definitiva, del bien de España. Parece ser, señor Vivar, que usted mantiene ciertas relaciones… vamos a decir irregulares, con una señora casada… No, no conozco su nombre ni me interesa; pero ¡qué le voy a decir de las

envidias en este país! Apenas se ha rumoreado su apellido como posible procurador en Cortes, me han llegado varios anónimos hablándome de eso… Entonces, yo he tenido que enterarme… y me he enterado. Oiga, Vivar, le repito que también he sido joven y que no me considero, ni muchísimo menos, eso que llaman un estrecho, pero si he de proponerle para un escaño, comprenda que debo hacerlo en la seguridad de que no me van a tumbar la propuesta por una cuestión de faldas… Que es una cuestión baladí, ya lo sé; pero a la que se da gran importancia en las alturas…

Hubo una pausa. Manolo ofreció un Lucky al señor ministro, que lo rechazó con un gesto agradecido. Encendió el cigarrillo, aspiró una bocanada y con gran impavidez, dijo:

—Es curioso, señor ministro. Tendré que pensar que Dios me protege de manera especial. Como consecuencia de una crisis de conciencia, después de practicar con el personal del Ministerio los ejercicios espirituales a los que usted, por cierto, también asistió, decidí terminar con esa situación de pecado mortal a la que el señor ministro se refería y que, por desgracia, me ha envilecido durante algún tiempo. Y anoche, justamente anoche, rompí todas mis relaciones con la mujer adúltera. Le confieso, señor ministro, que hoy me he sentido durante todo el día como liberado, como singularmente dichoso. Y he dado muchas gracias al Señor por ello.

—Me da usted una gran alegría —celebró el ministro—. Después de tan grata noticia, creo que puedo ofrecerle la seguridad de que dentro de quince días jurará usted su cargo de procurador en Cortes…

¿Cómo se le puede decir a una mujer enamorada, después de bastantes meses de apasionadas relaciones, que la cuestión ha terminado? Pues de varias formas, evidentemente; pero la más inatacable, la más eficaz es, sin duda, la que escogió Manolo para quitarse de encima a María Antonia, como obstáculo para su carrera: la excusa de conciencia. Una súbita inspiración divina, después de aquellos famosos ejercicios espirituales. El convencimiento de que estaban poniendo en peligro, por un mero placer fugaz y pasajero, nada menos que la salvación de sus almas. La vuelta a la fe sencilla de los años colegiales, desdichadamente perdida por la tentación satánica, pero que ahora nuevamente tenía que ilustrarles acerca del bien impagable de la pureza y de la castidad. En fin; que si Manolo había conseguido convencer a auditorios masivos de que entendía sobre cuestiones piscícolas, ¿cómo no iba a lograr que la bella María Antonia reconociese que tenía toda la razón y que ya era aquello mucho pecado y que sus almas estaban que daba asco verlas? Total; que hicieron por última vez el amor a lo bestia (porque, después de todo, un pecadillo más qué importaba) y que se despidieron tierna, emocionadamente y que Manolo, en el fondo, se quitó un peso de encima, porque ya hacía tiempo que estaba hartándose de la señora del doctor, empeñada en colocarle aires románticos a lo que, para él, nunca había sido más que una cuestión de sexo.

Para la jura como procurador en Cortes, tuvo que hacerse el uniforme. Aquel de la guerrera blanca-beige cruzada, con cinturón dorado y botonadura y hombreras también doradas, que encajaba a las mil maravillas con la camisa azul de seda natural. Y sobre el que lucían de manera especial sus condecoraciones. Durante el acto, Manolo estuvo sinceramente emocionado; quizá influyeran en ello los muchos telegramas de felicitación que había recibido (incluso uno de María Antonia) y el cordial abrazo que le dio su ministro en el propio hemiciclo y, naturalmente, la solemnidad del protoloco. Además, sus padres habían llegado a Madrid para compartir el histórico día y asistieron al acto desde la tribuna del público. Almorzaron con él en Baviera, lloró un poco su santa madre (como estaba mandado) y a los postres, su buen padre le recordó el problema de la casita del Arrabal, que daba una renta ridícula y que sería muy conveniente conseguir que se declarara en ruina forzosa, cosa que encomendaba muy especialmente a su ilustre hijo, que ahora podría mover las naturales influencias en Gobernación.

Volvió a ponerse el uniforme (al que, sin darse cuenta, le estaba tomando cariño) para asistir en Alfafar (Valencia) a la inauguración de la I Feria Provincial de Frutos, Aves y Ganadería. Estas Ferias se llevaban mucho, quizá para compensar con gráficos, estadísticas y muestras seleccionadas la escasez de los productos exhibidos que se dejaba sentir en el mercado. El pueblo entero estaba en la calle y dos bandas de música interpretaron al unísono el himno nacional, cuando llegó en compañía del gobernador civil y jefe provincial del Movimiento. Rechonchas muchachas vestidas con el traje regional aplaudieron a las jerarquías y el alcalde les acompañó hasta la puerta del recinto ferial, donde Manolo cortó la cinta simbólica con unas tijeritas de plata que después le regalaron y que (pensó en seguida) le vendrían de primera para perfilarse el bigote.

Recorrieron con todo detenimiento la Feria en la que se exhibían hermosos ejemplares de naranjas navel, manzanas reineta, dátiles de Elche y toda la inmensa y maravillosa gama de frutas de las huertas valenciana y murciana; como asimismo, gallináceas de distintas especies (incluso un pavo real, cedido gentilmente por el marqués de Malfortat, que lo cuidaba en su finca) y especies ganaderas robustas y relucientes. Era, como no pudo menos de decir Manolo en sus palabras durante el posterior acto, celebrado en el Ayuntamiento, «una clara demostración de la vitalidad económica de estas queridas provincias, cuyos problemas no desconocemos y a las que pronto haremos llegar la ayuda que para resolverlos necesitan». Ovaciones calurosas acogieron la perorata del director general, a quien después se sirvió una espléndida paella en la Casa del Guarda, del Perelló, seguida por un *all i pebre* espeluznante y una sandía deliciosa. Algo entripado, Manolo tomó el expreso para regresar a Madrid.

A finales de julio, con un calor tremendo, se celebró la Junta General de

Accionistas de Bosques del Noroeste, S.A., presidida, naturalmente, por él. En realidad, lo que hicieron Alfonsiño y Manolo fue ir a comer juntos a Chipen porque los cinco socios restantes (todos familiares de Corcheiro) habían otorgado poderes a éste para representarles. El acta venía escrita previamente y sólo hubo que firmarla. El ejercicio había sido cerrado satisfactoriamente y Manolo recibió un sobre que, púdicamente, no quiso abrir hasta llegar a casa. Dentro había un cheque de cien mil pesetas. Celebró no haberse enterado antes, porque de esta forma Alfonsiño no atribuiría a interés agradecido su decisión (manifestada en los postres de la comida) de autorizar una importación de semillas holandesas para la sociedad.

Pasó el verano en Bayona, provincia de Pontevedra, invitado por Alfonsiño. No conocía Galicia y el descubrimiento de las bellezas de sus rías y del encanto de sus bosques le impresionó profundamente. Hasta el punto de que escribió un apasionado artículo, lleno de lirismo, que le publicaron en *Arriba* y que causó gran impacto en la provincia; durante muchos días, estuvo recibiendo cariñosos obsequios de todos los municipios cercanos. Y eran obsequios singularmente gratos: docenas de ostras, cestas de centollos, kilos de percebes. A pesar de hallarse en vacaciones, recibió también una tarde a una comisión del Ayuntamiento de Vigo, que le expuso diversos problemas relacionados con la pesca del salmón y del reo y las crecientes dificultades de la industria mejillonera y también se entrevistó con Cesáreo González, que le prometió financiar un documental sobre la riqueza forestal de Galicia.

Y leyó mucho. Leyó el último libro de Rafael Calvo Serer (Premio Francisco Franco), del que el crítico literario de *Triunfo* había escrito que demostraba que su autor descendía ideológicamente, por línea directísima, del pensamiento ortodoxo y tradicional de Donoso Cortés, Menéndez Pelayo y Ramiro de Maeztu. Tenía toda la razón Ombuena y demostraba la fina agudeza de aquel semanario, tan adicto al Movimiento Nacional, tan fiel a las consignas oficiales, como no podía menos de ocurrir, porque el director de *Triunfo* era un joven que procedía de la mejor escuela de la O.J. de San Sebastián, a la que perteneció en plena guerra y cuyas lecciones no había olvidado ni, naturalmente, olvidaría nunca.

También leyó Manolo el otro Premio Nacional Francisco Franco de literatura, una obra poética original de Dionisio Ridruejo *(En once años, poesía en armas)* donde incluía su autor un bello soneto dedicado a Franco, que comenzaba diciendo:

Del Acho al Pirineo has avanzado,
vega de espadas, despertando el brío
y ya rige tu fuerte señorío
del océano al mar, tierra y Estado.

Fue, pues, un verano fructífero aquel de 1950, que aprovechó Manolo para tomar notas y sacar fichas, fiel a su antigua idea de escribir un *Manual del franquismo* con

el que podría concurrir a los Premios Nacionales con muy fundadas posibilidades. Y es que a Manolo le seguía venciendo su vocación literaria y sentía una decorosa envidia por los escritores de la nueva generación, la generación definida por Laín Entralgo como «nada liberal, amante de la norma y de la jerarquía, nacida bajo el signo del magisterio orteguiano». Por escribir estas cosas (y por su evidente talento), a Laín le habían concedido el Víctor de Oro del SEU. ¿Por qué no podía aspirar él a semejantes distinciones?

Y además, conoció a Carmiña. Era morena, con grandes ojos negros, aparentemente muy dulce (como todas las gallegas), aparentemente ruborosa, indudablemente atractiva. Se la presentaron en El Moscón, una tasca donde daban un lacón con grelos insuperable y le impresionó profundamente. De la impresión pasó a la desazón, porque la muchacha era muy *enxebre*, y sus respuestas desorientaban a Manolo. Por ejemplo, le pidió:

—¿Nos veremos mañana?

Y contestó ella:

—Puede.

Como era natural, insistió Manolo:

—Entonces, aquí, a esta hora.

—Y tú ¿qué crees? —le despistó Carmina.

—Pues creo que sí. Vamos, digo yo —estaba armado un lío—. ¿Podrás venir?

—Podría.

—¿Cómo que podrías? Querrás decir que podrás.

—Si tú lo dices…

Pero pudo, naturalmente. Y fue al otro día. Y siguieron viéndose durante una semana. Y aquello fue tremendo para Manolo, porque por vez primera en su vida se enamoró en serio. ¿Cómo no iba a enamorarse si Carmiña le llamaba *filiño* y no le dejaba que la tomara del brazo siquiera y cuando él, ya desesperado, le pidió que fuese su novia, se limitó a contestarle?:

—¿Y luego, Manoliño?…

V

Por vez primera dejó de asistir, el 29 de octubre, al acto de la conmemoración del acto fundacional de la Falange, en el teatro de la Comedia. Siempre resultaba emocionante: con la posible fidelidad, se reconstruía el escenario de 1933 y el local se llenaba de camisas azules, que escuchaban firmes, con emoción sincera, aquellas palabras admirables del Fundador: «Nada de un párrafo de gracias. Sencillamente gracias, como corresponde al laconismo militar de nuestro estilo… No está ahí nuestro puesto. Nuestro puesto está al aire libre, arma al brazo, bajo la noche clara y en lo alto las estrellas… Yo creo que ya está alzada la bandera. Ahora vamos a defenderla alegremente, poéticamente… A los pueblos no los han movido nunca más que los poetas. ¡Y ay de quien no sepa levantar, frente a la poesía que destruye, la poesía que promete!…»

Pero el Mando había programado en ese día una serie de conferencias políticas en distintas ciudades españolas y, por su conocida brillantez oratoria, a Manolo se le designó para hablar en Bilbao. El encargo tenía una especial dificultad; por vez primera después de la Cruzada, se habían producido huelgas en algunas industrias de Vizcaya, Álava y Barcelona. Se trataba, pues, de aprovechar la ocasión para ilustrar al auditorio acerca de la ilicitud de aquellas huelgas. A Manolo le encantó la misión, porque tenía muy estudiado el problema. Así que refrescó sus notas, trazó el guión de la conferencia y hacia Bilbao salió en su Vauxhall. (No habíamos dicho, perdón, que desde pocas semanas antes tenía un Vauxhall que le habían concedido oficialmente, por el entonces prestigioso sistema del «Gracias, Manolo». La gratitud se elevaba al tocayo de Vivar de Alda, el ministro Arburúa).

La conferencia fue un éxito absoluto; realmente en ella se desmenuzaba de manera total, desde el origen de las huelgas, como lógica expresión de unas reivindicaciones laborales, hasta su posterior degradación, cuando las influencias del marxismo las convirtieron en torpes manifestaciones de la intolerable lucha de clases. Ni para la conciencia cristiana (León XIII y la *Rerum novarum*) ni mucho menos para la concepción vertical del sindicalismo, las huelgas eran admisibles. Lo demostró Manolo de forma impecable, con argumentos de muy diversos autores, aludiendo a la falsedad de las llamadas «huelgas de solidaridad», que perjudican en definitiva al trabajador honrado que se ve forzado a participar en ellas por la violencia, con la inevitable pérdida de sus salarios. La frase final fue antológica: «En definitiva, amigos, camaradas, en esta fecha histórica debemos dejar en claro, gritándolo a los cuatro vientos para que nadie, después, se llame a engaño si la represión es dura, que la huelga no es otra cosa que un monstruoso delito de lesa patria».

Le aplaudieron mucho, porque ya valía aplaudir en estos actos. Después, se reunió con el Consejo Provincial del Movimiento y escuchó atentamente un informe

acerca de ciertos brotes de separatismo que pretendían aparecer en la provincia. «No los toleréis —dijo Manolo, con tremenda severidad—. Bajo ningún concepto los toleréis, camaradas. La unidad de las tierras de España es premisa incuestionable para nuestra política y ninguna forma de separatismo por encubierta que se presente resulta admisible. Ya sé que aquí es costumbre, al despedirse, decir *Agur* y que la gente da las gracias con un *Eskarrikasko*. Bien, aceptémoslo. Pero ni un exceso más en materia eúskera. Insistid siempre en que Vizcaya ha sido, en la historia, baluarte de la Hispanidad. Recordad a Elcano, a Baroja, al españolísimo Lequerica, al camarada Areilza».

Asistió, en San Mamés, a un partido de fútbol en el que el Atlético de Bilbao ganó por gran diferencia al Madrid, con goles impresionantes de Zarra, y ello le permitió, en la cena que la Diputación le ofreció en Guría, hacer un gracioso brindis aludiendo a la destrucción del mito del centralismo, que había sido arrollado aquella tarde por la inspiración goleadora de los «leones rojiblancos». Recibió la Medalla de Oro de la Provincia y regresó a Madrid, donde le esperaba una tarea ardua: la redacción del anteproyecto de ley de defensa de la riqueza forestal. Que dejó listo en pocos días y que tuvo que defender ante el pleno de las Cortes.

Lo hizo con brillantez inusitada. Ofrecían las Cortes un aspecto esplendoroso, llenos los escaños por los procuradores de gran uniforme, que habían aclamado al presidente en sus breves y patrióticas palabras iniciales, cuando se refirió a la vuelta de los embajadores y la victoria moral de España frente al cerco del marxismo internacional. Cuando se le cedió el uso de la palabra, Manolo accedió al podio y con voz tranquila fue leyendo su discurso. Dos veces le interrumpieron los aplausos y al terminar, la proposición de ley fue aprobada por 268 votos a favor, uno en contra y dos abstenciones. Como dijo el presidente, «una auténtica aclamación».

Para descansar del esfuerzo de aquellos días, decidió marcharse a Vigo, donde estaba Carmiña, con la que se carteaba semanalmente. Hizo el viaje con Alfonsiño, que le llevó en su Mercedes. Tardaron más de diez horas (porque la carretera era un desastre) y durante tanto tiempo pudieron llegar a un completo acuerdo para la constitución de una nueva sociedad dedicada a las importaciones, Imporgasa, a la que aportarían el necesario capital unos señores valencianos que conocía Corcheiro y de la que sería Manolo consejero-delegado, en la confianza de que no le resultarían difíciles de conseguir las indispensables licencias oficiales y los necesarios cupos. Como así fue.

Aquellos días en Vigo resultaron inolvidables para Manolo. Las horas le parecían cortas para pasear con Carmiña por la calle del Príncipe, para bailar con Carmiña en Suevia, para tomar el aperitivo con Carmiña en el Náutico. Carmiña ya le dejaba agarrarla del brazo, después de que le hubo presentado a su madre, doña Elisa Bouzo, viuda del teniente de navío don Asdrúbal Oteiro, caído en el hundimiento del

Baleares. La señora le invitó a almorzar un día y le dio tal banquete, que aquella tarde se la pasó Manolo en el hotel, tomando bicarbonato y eructando (con perdón) de continuo. Realmente, el noviazgo quedó formalizado y el enamorado pudo escribir a sus padres dándoles la buena nueva, que ellos recibieron encantados, ya que estaban seriamente preocupados por el porvenir sentimental de su criatura. Bien es verdad que Carmiña no ofrecía una dote halagadora (a doña Elisa le había quedado una pensión, como viuda de héroe, de 1200 pesetas al mes), pero los señores de Vivar valoraron en su justa medida las virtudes cristianas de la muchacha. Que ésas no tenían precio.

Al camarada Martín le habían dado otra medalla más y los amigos le habían organizado un banquete-homenaje, al que naturalmente asistió Manolo. Iba por la calle de Peligros, hacia el restaurante, cuando se tropezó con Blázquez-Villa, a quien no veía desde hacía meses. Se dieron un cordial abrazo y recordaron antiguos tiempos, cuando gracias a él accedió Manolo a la Delegación Provincial de Educación Física y Deportes.

—Tuve buena vista ¿eh? —comentó Blázquez-Villa—. Porque ahí comenzó tu carrera política, que ya me dirás lo cojonudamente que se te está dando…

—Efectivamente; y no lo he olvidado. ¿A ti, cómo te va?

—Muy bien, oye. Estoy bastante al margen de la política; me casé con la hija de un hombre de negocios de allí, de nuestra tierra y ando metido en sus cosas. Precisamente he venido a Madrid para resolver una cuestión de permisos… Ya sabes lo que es eso…

—Si puedo ayudarte en algo…

—Gracias, Manolo, gracias. Lo tengo en cuenta…

Se dieron otro abrazo y siguió su camino. El encuentro siguiente fue más inesperado. Se trataba de Enrique Carrasco, un falangista de la Vieja Guardia, que trabajó con él unos meses durante la guerra en Propaganda y se marchó luego al frente. Había estado también en Rusia, con la División. No tenía buen aspecto. Vestía un traje raído; eso sí, con el yugo y las flechas en el ojal de la solapa. Fue Manolo quien le llamó y él se le acercó con escaso entusiasmo.

—Hola, señor director general… ¿qué tal andas?

—Pues ya ves. ¿Y tú?

—Como siempre. Haciendo el primo.

—¿Pero qué dices?

—Eso. Que unos chupáis del bote y otros seguimos dando el callo.

—¡No cambiarás nunca, condenado Enrique! —bromeó Manolo, por decir algo.

—Ni tú tampoco, cacho cabrón. Anda, que menudos falangistas sois; si José Antonio levantara la cabeza, se pasaba una semana dándoos patadas en los cojones.

Y Manolo se quedó cortado y otra vez por decir algo preguntó:

—¿Qué haces?

—Trabajar. Y de cuando en cuando, leer tus discursos y tus artículos. Cosa rica, oye…

—Estamos en un momento decisivo para el país, Enrique —quiso solemnizar Manolo—. Hemos levantado el cerco internacional y empezamos a recoger los frutos de tanto esfuerzo…

—Será del tuyo, majo —se cachondeó el otro—. Porque mira que lo has pasado mal…

—Llevo muchos años al servicio de nuestros ideales políticos…

—¡Coño! ¿Y a mí me dices eso? Venga, Manolo, que te conozco desde los tiempos de Burgos. Y me sé bien la historia de tu famosa herida de guerra…

—Me desagrada esta actitud tuya. En cada momento hemos de servir al interés de la patria según las conveniencias aconsejan.

Enrique le miró muy fijamente. Y sólo dijo antes de volverle la espalda y seguir su camino:

—Vete a la mierda.

La absurda actitud de Carrasco molestó a Manolo y quizá por eso, en sus palabras de adhesión al homenaje del camarada Martín, hizo especial hincapié en «ciertas personas que, con indudable falta de tacto político, no comprenden que muchas veces hemos tenido que forzar nuestra voluntad y torcer nuestras ilusiones, en una labor desagradecida y oscura, de evidente sacrificio, que probablemente esas gentes no entenderán, pero que nosotros hemos desarrollado conscientes de nuestro deber inexcusable». Como era la máxima jerarquía presente, impuso a Martín la condecoración (décima que se le otorgaba) entre los aplausos de los asistentes. Pero en el fondo seguía fastidiado por las injustas acusaciones de su antiguo camarada. Quizá por eso no se sintió con ánimo para acudir al despacho. Prefirió acercarse a El Abra, donde tomó unas copas y acabó marchándose con una puta del establecimiento; el desahogo sexual iba a servirle también como válvula de escape de cierta incomodidad interna que le atosigaba.

Para serenarse definitivamente, se marchó en el fin de semana a Navacerrada, a La Barranca, y se entregó a la lectura. Uno de sus autores predilectos, Calvo Serer, le ofreció en su último libro, *Teoría de la restauración*, una apología decidida del franquismo, que le satisfizo grandemente. El autor, sin embargo, se mostraba preocupado por las corrientes neofalangistas que estaba poniendo en circulación el ministro de Educación, Joaquín Ruiz-Giménez, con instintos aperturistas peligrosos. Pero Manolo se tranquilizó leyendo el discurso de Ruiz-Giménez en la toma de posesión de los nuevos miembros del Consejo Nacional de Educación, a quienes dijo «que deseábamos que nuestra política fuese fundamentalmente de diálogo, de

comprensión; pero este diálogo no puede ser multitudinario, sino orgánico y a través de las instituciones que, a su vez, deben ser representativas». O sea que el ministro, naturalmente, estaba dentro de la más pura ortodoxia del régimen de Franco.

Pero su verdadera tranquilidad espiritual se la dio el padre José Llaneza, un jesuita a quien conocía desde los tiempos en que había sido asesor eclesiástico del Frente de Juventudes y que también se había recogido en la sierra, para preparar unos sermones. Con la fina intuición sicológica de los hijos de san Ignacio, el padre Llaneza comprendió que su viejo camarada atravesaba una crisis de conciencia. Le confesó Manolo su breve, pero terrible encuentro con Carrasco y el jesuita supo consolarle cumplidamente.

—¿Acaso crees —le dijo— que yo no dudo también a veces de mi misma dignidad sacerdotal? ¿Es que piensas que, en ocasiones, no me rebelo contra las decisiones de mis superiores? Pero termina imponiéndose la luz de Cristo y recuerdo mis votos y sé que me debo a la Compañía de Jesús y a las consignas ignacianas de obediencia…

Regresó Manolo a Madrid el lunes y era un hombre nuevo; había recobrado su voluntad de trabajo, su decisión, su entusiasmo. Alfonsiño Corcheiro no tuvo por menos que felicitarle cuando en la reunión del Consejo de Imporgasa aportó excelentes ideas a propósito del comercio con los Estados Unidos. Algunos consejeros mantenían ciertas dudas sobre la posibilidad efectiva de llegar a concluir acuerdos rentables con aquel país, tan demócrata y, por eso, tan reacio a aceptar los postulados de la política española; pero Manolo (que por la mañana había estado reunido con el subsecretario de Asuntos Exteriores) les tranquilizó:

—La gran nación americana ha comprendido nuestra verdad y sabe que somos el bastión anticomunista de Europa, la reserva espiritual de Occidente. La cuestión coreana ha abierto los ojos de los americanos y yo les aseguro que, en un futuro inmediato, nuestra colaboración será decisiva, en todos los órdenes.

Aquel entusiasmo suyo por el pueblo yanqui era consecuencia de sus profundos estudios al respecto. Fruto de ellos fue un artículo en *Madrid* donde analizaba la trascendental aportación de los Estados Unidos a la prosperidad de una Europa en trance de liberarse de las penosas limitaciones que le había impuesto la demencial política concéntrica de Hitler.

El artículo tuvo evidente resonancia y el agregado comercial de la Embajada USA le invitó a una cena en la propia Embajada, para la cual le vino muy bien el inglés aprendido en los cursos del Instituto Británico. Aunque mister Woodchinson le sugirió que debería perfeccionarlo con algunos días de estancia en Norteamérica. Así surgió una invitación para que el señor director (a título exclusivamente personal) visitase Washington, Nueva York y California, donde la huella española continuaba manifestándose en cada rincón del paisaje. Antes de salir, Manolo habló por teléfono

con Carmiña, que se puso muy contenta al saber que su novio iba a visitar los Estados Unidos y le pidió que, de ser posible, le trajera un autógrafo de Frank Sinatra. La estancia del director general en el país amigo fue sólo de cinco días, pero los aprovechó intensamente para amontonar material de importancia acerca de los problemas de su departamento; visitó bosques, estaciones piscícolas y los grandes invernaderos donde se cultivaban las más raras especies frutales. Hizo también una eficaz labor política y su discurso en el Consulado de San Francisco fue recogido en tercera página por la prensa local; dijo en él que España, sempiterna amiga de los Estados Unidos, había demostrado durante la guerra mundial su aversión por la política hegemónica de Berlín, que repugnaba al tradicional catolicismo ibérico y, oponiéndose al pretendido paso de las divisiones alemanas hacia Gibraltar, había facilitado así de manera esencial el triunfo de las Naciones Unidas.

En la conferencia de prensa tuvo ciertas dificultades, porque los periodistas americanos tenían muy mala uva y quedaba claro que estaban vendidos al judaísmo y procuraban, por todos los medios, dejar mal al director general. Uno le preguntó:

—¿Es usted falangista, o sea, fascista?

Y contestó Manolo, con su inglés académico:

—No soy fascista; nadie es fascista en mi país.

El periodista, canalla él, insistió:

—Hemos visto una fotografía suya con uniforme fascista…

—Es un error —aclaró Manolo—. Será con el uniforme del Movimiento, que es una organización abierta en sus estructuras a todas las orientaciones. Yo les ruego que no confundan los meros signos externos con la esencialidad de nuestro sistema político.

—¿Qué opina usted de Hitler?

—Fue un ser perverso, un loco peligroso.

—¿No le parece que Franco es un dictador?

—En absoluto. Gobierna con el consenso de la mayoría del país, que le ha mostrado su afección y su lealtad siempre que ha sido requerido para ello. Nuestro sistema político es original; admito que para ustedes no resulte fácil comprenderlo. Pero se trata de una democracia *sui géneris*, de un modelo original de participación popular en el poder, a través de instituciones raciales.

—¿Es verdad que en España existe una férrea censura en materia de espectáculos? —preguntó otro periodista, indudablemente masón.

—Nada de eso —respondió tan campante Manolo—. Por ejemplo, se ha proyectado la película americana *Gilda*, que ya saben ustedes que es muy sexual. Y por todo el país se representa una revista musical, *La blanca doble*, que es la mar de atrevida. Pero deben ustedes tener en cuenta —continuó— que es España una reserva espiritual; que nos consideramos depositarios de las esencias del catolicismo de

Trento. Entonces, permitir ciertos excesos sexuales sería ir contra el criterio y contra la idea que sobre estos temas tiene formado el pueblo español.

Otro periodista, decididamente comunistoide, preguntó:

—¿Y por qué mantienen ustedes una dictadura?

Enojadísimo, le replicó Manolo:

—Nuestro régimen no es una dictadura, señor. Es una fórmula nueva y sugestiva de la democracia orgánica, que está sirviendo de enseñanza a Europa y muchos países están copiando. Tenemos unas Cortes y hemos celebrado un referéndum; el gobierno cuenta con el asenso popular. Nadie discute la autoridad del Jefe del Estado, a quien se respeta y se admira.

Regresó a Madrid, muy satisfecho de sí mismo, y durante el vuelo fue haciendo cábalas acerca de las consecuencias de su colosal actuación en los Estados Unidos. Realmente, su labor había sido excelente y como se rumoreaba que habría cambios en el Ministerio, era más que probable que se le concediera una Subsecretaría. O quizá —¿por qué no?— la titularidad del departamento. Después de todo, le constaba los buenos informes suyos que se habían elevado al Pardo y luego de esta jira americana, donde con tan buena maña supo prestigiar al régimen, era indudable que había acumulado méritos más que sobrados para ser ministro.

Le extrañó que sólo estuviera esperándole en Barajas su secretario de despacho. Su secretario de despacho, siempre fiel, le saludó con afecto y cuando Manolo preguntó por las demás autoridades de la Dirección, le dijo, bajando los ojos:

—Están en la toma de posesión.

—¿En qué toma de posesión?

—En la de su sucesor, don Manuel. En la del nuevo director general.

Ni que decir tiene que tardó mucho en dormirse. Apenas llegado a casa, telefoneó a Carmiña que, naturalmente, ya conocía lo sucedido por los periódicos del día. No supo explicarle nada, porque en realidad nada sabía. Tan sólo, que había sido víctima de una tremenda injusticia. ¡Así se le pagaban sus servicios al régimen, despidiéndole como se despide a una criada! Tenía que ser una maniobra de los envidiosos, una felonía de aquellas gentes que siempre le miraron con rencor. En definitiva —pensó— le estaba bien empleado y era una lección que se aprendería debidamente. Ya sabía él, ya, que soplaban nuevos vientos en la política y en lo sucesivo los tendría muy presentes.

A la mañana siguiente estuvo en el Ministerio y pudo comprobar la versatilidad de los funcionarios, que mayormente no le hicieron demasiado caso. Tenía, naturalmente, un aviso del subsecretario para que subiera a verle. Hizo la entrada en su despacho con enorme dignidad, el gesto fiero, el ademán adusto. El subsecretario, como contraste, le recibió entre sonrisas y le prodigó los abrazos. Pero Manolo se

mantuvo muy serio.

—Bien, Manolo, bien —dijo el subsecretario—. La política tiene estas cosas. ¡Qué te voy a contar, con tu experiencia!

—Pero lo que habéis hecho conmigo es una indecencia —explotó el «ex».

—¡Por Dios, hijo, no uses palabras tan desagradables! Se trata de un relevo; algo normal en la Administración.

—Del que me he enterado el último.

—Porque estabas en los Estados Unidos, querido. Bien que te fuiste sin preocuparte demasiado de lo que aquí pensábamos sobre ese viajecito, que fue cuestión muy tuya, cocinada al margen de tus superiores…

—O sea que ha sido por eso… —comenzaba a comprender.

—Tú te dejaste querer por los americanos… Oye, si no es que te lo critique; pero cuando se tiene un cargo, hay que pensar en las repercusiones políticas que pueden tener las decisiones personales más nimias.

—Bueno, bueno; me pasé. Pero mi labor allí creo que ha sido importante.

—Cada cosa lo que sea, has estado acertado. Por eso, una vez cumplida la inexorable obligación del relevo, el Estado comprende que no puede dejarte en la calle.

—¿Qué quieres decir?

—Mañana saldrá en el Boletín tu nombramiento como consejero del Banco Occidental de Crédito, No es ninguna tontería, Manolo…

No, no era ninguna tontería. Se lo aclaró definitivamente Alfonsiño Corcheiro, al tiempo que le liquidaba sus dietas por los últimos consejos de las sociedades, a los que no había podido acudir por razones de trabajo. Pero Manolo no quedó enteramente satisfecho, a pesar de que económicamente salía ganando. Su vocación política, sin embargo, quedaba hondamente afectada. Continuaba siendo, claro es, procurador en Cortes, pero sin jurisdicción administrativa ninguna, ¿cómo podría seguir desplegando su actividad predilecta? Para colmo, pronto tuvo la confirmación de que ya no era el de antes: había escrito un artículo hondamente crítico sobre la Universidad y la censura se lo prohibió. Supo también que se le acusaba de «americanista» y que ciertos sectores del Partido le atacaban despiadadamente.

En vista de lo cual, decidió entregarse por entero a los negocios. Durante varios meses, se ocupó afanosamente de las sociedades y visitó de continuo la Embajada de los Estados Unidos, donde se le recibía con muy especial afecto, ya que había tenido buen cuidado en contar con detalle los graves problemas que le había causado su acendrado cariño por la nación americana. Este trato de favor le permitió suscribir sustanciosos contratos con USA, que dieron óptimos beneficios a Imporgasa, hasta el punto de que se aumentó su capital social a veinte millones de pesetas. No hará falta decir que lo del Banco le daba escaso trabajo; una reunión de cuando en cuando y,

eso sí, la paga puntual todos los meses.

Como el dinero produce una natural euforia y como la euforia nubla el entendimiento, Manolo decidió casarse. Todo fue rápido; sus padres viajaron a Vigo para la petición de mano, que la viuda de Oteiro concedió encantada. Se aceleraron los trámites y el 26 de septiembre de 1953, el ilustrísimo señor don Manuel Vivar de Alda y la encantadora señorita María del Carmen Oteiro Bouzo (así les definía la prensa local, en sus «Ecos de Sociedad») contrajeron matrimonial enlace en la parroquia de la desposada. Entre los testigos del novio estaban, claro, Alfonsiño y también Blázquez-Villa e incluso el subsecretario. Los testigos de la novia eran casi todos marinos, con lo que el brillo de los uniformes y de las condecoraciones enjoyó especialmente la ceremonia.

El ágape tuvo lugar en los jardines de la misma parroquia y doña Elisa lo sirvió espléndidamente. Dando, además, una lección de economía, había preparado todas las viandas en su propia casa, donde dos antiguas criadas trabajaron de mano maestra los productos comprados en el economato de la Marina de Guerra. El plato fuerte lo constituyeron unos suculentos *vol-au-vent* de mariscos, que hicieron las delicias de la concurrencia. La novia estaba bellísima y tampoco quedaba mal el novio, que luego de muchas dudas había decidido casarse de chaqué, en lugar de hacerlo con el uniforme de procurador en Cortes. En el ojal prendió las miniaturas de sus diversas condecoraciones, cuyo nombre y razón tuvo que explicar a su buena suegra.

Pasaron la noche de bodas en el tren. La noche de bodas en un coche-cama es una penosísima experiencia, que pone a prueba el amor de los recién casados. Tres veces se cayó Manolo de la litera en pleno ejercicio de sus deberes conyugales y solamente una larga parada en Astorga le permitió hacer feliz debidamente a su inocente esposa, que hasta entonces tenía una idea muy errónea de los placeres sexuales. Cansados, ojerosos, agotadísimos, llegaron a Madrid —donde tenían que tomar el avión para París— y camino del aeropuerto, leyó Manolo la prensa, que en grandes titulares, anunciaba: «Los gobiernos de España y los Estados Unidos firmaron ayer los convenios que refuerzan la cooperación de Occidente en el mantenimiento de la paz. Se prevé la construcción y uso conjunto por las dos naciones de instalaciones militares en nuestro país. El gobierno español recibirá ayuda económica, técnica y militar de Norteamérica». En el mismo taxi, Manolo le dio un beso muy largo a su mujer y le dijo:

—Querida, estoy otra vez en órbita.

Luego hizo que el taxi parase en Correos, desde donde puso un telegrama a su amigo mister Woodchinson, felicitándose recíprocamente por «la consolidación oficial de nuestra vieja y entrañable amistad».

Y ya, en el avión de Iberia, en vuelo hacia París, pidió una botella de champán y se la bebió con Carmiña.

VI

Ya se sabe lo que es París; una ciudad bellísima, poblada por gentes antipáticas. Una gran industria preparada para el turismo bobo, al que le ofrece una cocina magistral (a precios imposibles) y espectáculos cachondos, sin freno ni tasa. Carmiña y Manolo pasaron allí una semana, en un hotel espantoso, que costaba como el Felipe II del Escorial (según hizo notar a su mujer el joven esposo) y visitando por las noches, en los inevitables *tours*, los locales más típicos: el Lido, Moulin Rouge y los demás centros de obscenidades. Donde Manolo se mostraba circunspecto y Carmiña, en cambio, lo pasaba la mar de bien.

Después fueron a Lyon. En Lyon vivía un tío carnal de Manolo, que era, además de su padrino, la vergüenza de la familia. A los dieciocho años se había escapado de casa, para ingresar en el Tercio, de donde tuvo que rescatarle, por menor, su madre. Se casó en el 32, se divorció aprovechándose de la infamante ley de la República, volvió a casarse poco antes de la guerra con una líder socialista e influido por ella fue activo combatiente en el ejército republicano, llegando a comandante, Volvió a divorciarse y en abril del 39 se exilió; estuvo en la Legión francesa, pasó a la metrópoli como «maquis», ganó medallas, entró en París con los americanos, compró un camión de frutas con la prima de la desmilitarización y se instaló en Lyon, donde se casó otra vez y explotaba un puesto en el mercado de abastos. O sea, que era un tipo colosal, al que Manolo recordaba con cariño desde su infancia y tenía especial interés en abrazar de nuevo.

Les estaba esperando en la estación. Y en el hotel había dispuesto un monumental ramo de flores para Carmiña. Y luego les ofreció una cena espléndida, regada generosamente con champán Cliquot; aunque el tío Pepe —que así se llamaba— sintió la necesidad de dar explicaciones:

—Perdonadme. No he encontrado Codorniu.

Fenomenal persona Pepe. Fenomenal persona Vivianne, su mujer. Tenían una niña de seis años. Vivían bien; el negocio de las frutas era próspero. Pero él añoraba España de continuo.

—Te podría contar al detalle —decía— los pormenores de nuestra ciudad. Aquí hay varios paisanos; nos reunimos a jugar al dominó todas las tardes. A veces, nos entretenemos recordando las calles de nuestro pueblo, y vamos evocándolas casa por casa; la de Pi y Margall, por ejemplo. En el número uno estaba la farmacia Escolano; al lado, el bar de Paco; después, la tienda de paraguas; enfrente, el cine Olimpia; junto a él, la panadería… Así nos parece que estamos otra vez allí y somos felices…

—¿Y por qué no vuelves, tío? —preguntó Manolo.

—No. Me lo han dicho en el Consulado; si quisiera, podría volver. Pero volvería derrotado y eso yo no lo consiento. Yo sólo puedo volver por la puerta grande.

—Perdóname, es una tontería.

—Probablemente. Pero los exiliados pensamos así; vosotros no podéis comprendernos. No es que tengamos nada que ver con esos fantasmas que andan por aquí diciendo que representan a la República española: Carrillo y toda esa gentuza.

No nos hacen ni caso; si por ellos fuera, estaríamos muertos de hambre. Sólo se dedican a gastarse el oro que robaron y a seguir haciendo política. Pero es que nosotros tenemos nuestra dignidad…

Bebieron la tercera botella de Cliquot.

—¿Y cómo estáis por España?

—Pues mira, ahora, con el pacto con los Estados Unidos, parece que la economía podrá recuperarse.

Pepe bebió de golpe una copa.

—¿Y vosotros, aquí, en Francia?

—Éste es un gran país —dijo Pepe—. Un país rico, no como el nuestro. Un país lleno de posibilidades. Pero le pierde la política. A este país le haría falta tener en el poder a un Franco.

Nuevamente en Madrid, estrenaron su piso de recién casados; poco más de cien metros cuadrados, al final de Claudio Coello en una casa acabada de construir. A la que no le faltaba detalle, porque Alfonsiño se había preocupado personalmente de dejarlo todo a punto. Alfonsiño había intimado aún más con Manolo en los últimos meses, al aumentar ambos su relación física en los negocios. Además, la boda de su amigo con una paisana le había satisfecho mucho; después resultó que Carmiña y él eran parientes lejanos, como siempre sucede con los gallegos. Así lo descubrieron durante el propio banquete nupcial, cuando dijo Alfonsiño:

—Oteiro, Oteiro… ¿No serás de los Oteiro de Cambados?

—No, de los de Redondela.

—Y los Bouzo, los Bouzo… De Orense, claro.

—Eso sí.

—¡Y luego! Primos de los Valeiras, de Porriño.

—Justo; que eran sobrinos de Arturo Fonteiro, el que emigró a Venezuela.

—¡Claro! Tío carnal por parte de madre de Camilo Pousada, el médico de Betanzos.

—Pues Camilo es sobrino de mi primo Carlos, que se casó en segundas nupcias con el hijo mayor de Luisiño Buz, el de las conservas de Samil.

—Entonces, somos parientes…

Bien; es normal en aquella hermosa región gallega. Donde, para aumentar las afinidades familiares, dice la leyenda que el clero colaboraba intensamente en el pasado siglo para echar al mundo sobrinos teóricos de padres presbíteros. Alfonsiño

se afanó, pues, por aumentar sus relaciones de toda índole con Manolo, que ahora se convertía en lejano pariente político (en el sentido familiar de lo político) y por eso estaba en Barajas aguardando a la pareja con su correspondiente ramo de flores. Carmiña venía algo mareada (el vuelo había sido malo) pero se le pasó en cuanto puso pie en su flamante hogar madrileño. Venían con el natural exceso de equipaje y bastante deslumbrados por la vida en Francia.

—Chico, algo increíble —contaba Manolo—. Una circulación de automóviles tremenda, que produce de cuando en cuando algún embotellamiento. Y es curioso, muchas mujeres conduciendo. Están también, claro, las tiendas. ¡Qué tiendas, Alfonsiño! ¡Qué cosas venden! Aquí no podemos ni soñarlo. Pero tampoco te pierdas los precios; una caña de cerveza, oye, cuesta el equivalente de siete pesetas. ¿Te imaginas, siete pesetas por una caña?

—Francia es un país rico y le han volcado los dólares del plan Marshall. Pero esto de aquí también cambia; va a cambiar pronto, Manoliño. Te lo digo yo.

—Dios te oiga. ¡Pero hasta que en Madrid tengamos los coches que hay en París!

—Ahora descansa y mañana hablaremos. Tengo entre manos un negocio colosal. Vete pensando de dónde sacas tres millones de pesetas.

—¿Pero qué dices? No estarás hablando en serio.

—Muy en serio. Tengo oferta de compra sobre diez mil metros cuadrados al final de Raimundo Fernández Villaverde… en los desmontes que hay bajando, a la izquierda.

—¿Esos que están a distinto nivel de la calle?

—Sí, justamente ésos. Por seis millones son nuestros.

—¡Pero eso está lejísimos del centro! Y son como campos de labranza abandonados; además, para construir habría que mover muchos metros cúbicos de tierra.

—Manoliño, tú no opines, que en estas cosas, perdona, eres un aprendiz todavía. ¿Te ha ido mal algún negocio de los que te he propuesto?

—No, no; al contrarío. Sabes que tengo toda mi confianza en ti…

—Pues hala, vete pensando en pedir un crédito a tu Banco. Hombre, si no te lo dan, siendo consejero, ya me explicarás. Y mañana hablaremos con calma…

Besó la mano de Carmiña.

—Bien venida, señora de la casa… Ya te informaré dónde puedes comprar aquí, en Madrid, unos mariscos tan ricos como los del Mosquito.

Los primeros días del matrimonio Vivar de Alda pasaron entre cenas y visitas a las amistades. Todos homenajearon cumplidamente a la pareja y con especial énfasis cuando se supo que Manolo había sido encargado de la dirección de un cursillo sobre la moderna literatura norteamericana, que iba a desarrollarse en los locales de la Embajada de los Estados Unidos, bajo el alto patrocinio del embajador y del Instituto

de Cultura Hispánica. Aunque a la mayoría de los amigos de Manolo (que le conocían solamente por su anterior actividad en el Partido y en la Administración) les sorprendiera aquella faceta cultural suya.

—Pero ¿no sabes? —explicaban los enterados—. Vivar es licenciado en Filosofía y Letras.

—¡Ah, caramba!

—Lo que pasa es que dejó la carrera para dedicarse a la política. Pero tiene una espléndida formación humanística.

Esto, naturalmente, no lo sabían los enterados ni podía saberlo nadie, porque era mentira. Pero se trataba de quedar bien con un hombre joven (treinta y ocho años acababa de cumplir) que tan espléndidamente se relacionaba con nuestros nuevos y potentes amigos americanos. No faltaron, sin embargo, los enanos de mala uva; a la salida de la primera conferencia del ciclo dirigido por Manolo («Problemática social del teatro norteamericano de hoy»), Pedro Delgado, que era paisano suyo y tenía una cadena de ultramarinos en su ciudad, aunque se pasaba la vida en Madrid, comentó:

—Pues yo le recuerdo en el Consulado alemán, dando vivas a Hitler como un enloquecido…

La cordura de Rodríguez-Suárez (consejero de Bosques del Noroeste, S.A). tapó la maledicencia en seguida.

—¿Es que usted no ha evolucionado en sus ideas? De sabios es mudar de opinión, recuérdelo.

—Bueno, bueno; pero de una manera tan radical… —dijo el tendero, que se calló como un muerto, aunque evidentemente no había quedado demasiado convencido.

Manolo y Carmiña vivieron unas semanas hermosas, en luna de miel inacabable. Iban a bailar muchas tardes al Club Castelló, donde se arrullaban mientras el moreno Lorenzo González cantaba *Cabaretera* y aquello del «reloj, que marcas las horas —haz esta noche perpetua». Eran felices y Manolo había olvidado la angustia que, en un principio, le dominaba cada vez que se le venía a la memoria que debía al Banco tres millones de pesetas. Porque, ni que decir tiene, el Banco le había proporcionado el crédito y Alfonsiño había constituido otra sociedad (Inmobiliaria Celta, S. A)., de la que se nombró presidente del Consejo a Carmiña, como sabia medida de discreción y que compró los diez mil metros de desmonte al final de Raimundo Fernández Villaverde. Ahora andaba Corcheiro con las gestiones en el Ayuntamiento, para que se beneficiara aquella zona de algún trato fiscal privilegiado y las cosas iban por buen camino. Por eso aconsejó a Manolo que acudiera a los funerales por José Antonio, en El Escorial, donde coincidiría con el concejal que llevaba el expediente y, de forma disimulada, podría presionar sobre él.

De acuerdo. Pero la víspera del aniversario, Manolo cayó en la cuenta de algo imprevisto: no tenía camisa azul. Con el traslado, con el desbarajuste del viaje de

novios, con el trajín del cambio de piso, sus camisas reglamentarias habían desaparecido. Carmiña terminó de aclarárselo.

—Estaban ya muy ajadas, querido, e incluso algunas tenían remiendos. Entonces, se las regalé al portero que me había pedido ropa vieja para convertirla en trapos de limpieza.

—¿Y las de seda?

—Ésas estaban destrozadas. ¡Ay, los solteros, que vais hechos una birria y ni siquiera os enteráis! Estaban tan imposibles, que las eché a la basura.

Pensó llamar al camarada Martín, que era de su misma talla; pero comprendió que no resultaba político. Tras hondas dudas, se resignó a ponerse una camisa crema y, eso sí, en la solapa de la chaqueta gris marengo colgó el emblema del yugo y las flechas. Y así se presentó en el funeral, donde pronto pudo tranquilizarse; no era, ni de mucho, el único que aquel año no vestía la camisa azul. Incluso algunos ministros la llevaban blanca debajo del historiado uniforme. Y cuando llegó el Jefe del Estado, hubo cierta sorpresa entre los de la Vieja Guardia, porque iba con uniforme de capitán general. El acto, a pesar de todo, tuvo la solemnidad acostumbrada y Manolo llegó a emocionarse a la hora de cantar el *Cara al sol*, probablemente porque casi había perdido la costumbre de hacerlo. También, ya metido en ambiente, recuperó fugazmente otra costumbre perdida en los últimos meses: la de leer *Arriba*. En *Arriba* coincidían, a toda plana, dos artículos de Ridruejo y de Areilza sobre el Fundador. El de Areilza constituía toda una declaración de principios: «La Falange es la esencia de la continuidad del régimen —decía el ex alcalde de Bilbao—. Su razón de ser es tan auténtica, tan arraigada está en la entraña nacional, que aún, olvidada o suprimida, habría que inventarla de nuevo».

(Bueno, pensó Manolo; un poco exaltado en su falangismo me parece este José María de Areilza. Pero tiene tanta fama de hombre inteligente, que habrá que guardar cierta cautela al hablar del Movimiento. Aunque está claro que los americanos no quieren saber nada de FET y de las JONS y bien rotundamente me lo han dicho. Ellos parece que apuntan a que vayamos a una especie de Monarquía al estilo sueco… aunque, claro, este artículo es tan tajante en cuanto al porvenir político de España… En fin; lo que ahora importa es hacerme el encontradizo con el concejal… Allí viene, precisamente…)

El mismo día de fin de año tuvo Carmiña la confirmación médica de algo que su natural intuición femenina ya le había anticipado: estaba embarazada. Ello justificó una natural euforia en la celebración por el matrimonio de la cena de las uvas, para la que habían reservado mesa, con otras parejas amigas, en el Castellana Hilton. El comedor estaba presidido por una gran bandera española, amorosamente enlazada con otra gran bandera de barras y estrellas; es decir, la enseña nacional

norteamericana. La orquesta de Bernard Hilda amenizó la fiesta, que resultó muy divertida. Manolo y Carmiña bailaron sin parar, hasta que, cuando estaban marcando los enloquecidos pasos del bayón de *A na*, reparó Manolo en el incipiente estado de su mujer.

—Mi vida, no debe ser bueno que te agites tanto…

—¿Tú crees?…

Y por si las moscas, se sentaron y siguieron bebiendo champán y haciendo comentarios sobre el baile ajeno, que es de verdad lo divertido en estos festejos. Porque el espectáculo de la pista era delirante. Señores gordos, con la pajarita reventándoles debajo de la sotabarba, hacían ridículas posturitas pretendiendo llevar el compás de los electrizantes ritmos del merengue y el cha-cha-chá. Dignas esposas de ilustres financieros (la más encopetada representación de la Banca había elegido aquel fin de año el Hilton como escenario de su cena) intentaban moverse con cierta ligereza, aunque se lo impedía la tiranía casi ortopédica de los corsés. La elegancia (bastante desperdiciada) de sus modelos de alta costura contrastaba con el increíble vestuario de las damas americanas, que constituían mayoría en los salones. Las americanas llevaban unos trajes largos delirantes, de colores muy chillones y flores artificiales como aderezo en el pelo, peinado con muchos rizos. Algunos dignatarios del noble país amigo vestían de uniforme; otros iban con *smokings* azul celeste o marrón caldera y hasta uno se había puesto, tan campante, una chaqueta a rayas blanquirrojas, como si fuese hincha del Athletic.

Pero carecían totalmente de sentido del ridículo y daban saltos y se ponían los gorritos espantosos del cotillón, especialmente uno que pretendía parecerse a una montera taurina y así lo pasaban en grande, entre risotadas y colectivo alborozo.

Habían quedado solos en la mesa los Vivar y el presidente del Consejo de Administración del Banco, con su señora. Era un matrimonio cercano a los setenta años, muy distinguido. Vestía ella un precioso modelo de Dior, de lamé de plata y don Florencio (el director) el impecable traje de etiqueta negro, con la miniatura de la Cruz del Mérito Civil en la solapa. Miraban los cuatro, entre sorprendidos y abrumados, aquel espectáculo grotesco del enloquecido bailoteo. Y comentó Manolo, como si se lo creyera:

—Fíjese, querido presidente, la inocencia y la bondad que respiran estos americanos. Se ve que son gente muy sana.

Don Florencio no respondió; se limitó a chupar hondamente el habano que sostenía entre los dedos, con amorosa delectación. Insistió Manolo:

—Tendríamos que aprender de ellos esta ausencia de prejuicios… Esta sinceridad en su conducta.

La señora del presidente se dio polvos en la nariz, que con el sudor se le había puesto demasiado brillante.

—Y mañana estarán a las ocho en punto en la oficina, oiga usted. —Reparó de pronto en que se había pasado y rectificó—: Bueno, mañana no, porque es fiesta; pero esto lo hacen a menudo y sin merma de su rendimiento laboral.

Don Florencio continuaba en su mutismo y Manolo en sus entusiasmos proyanquis.

—Además, observe, entre los militares hay incluso algún sargento; y su esposa baila con el coronel sin el menor reparo.

Abrió la boca la señora del presidente para sentenciar:

—Visten de pena.

El comentario animó a Carmiña, que sonrió a la señora cucamente, para indicarle:

—¿Se ha fijado en aquella del traje carmesí con bordados amarillos? Pues es la mujer del agregado cultural.

Pero Manolo tomó de nuevo la defensa de las virtudes americanas.

—De acuerdo en que el traje no te guste; pero piensa que esa señora es psicóloga y dirige el seminario de estudios lingüísticos y sabe todo lo que hay que saber sobre la educación de los subnormales.

—Y además, es una cursi —sentenció Carmiña.

No le gustó a su marido tan irrespetuosa y frívola acusación.

—Yo te digo, cariño, que tenemos mucho que aprender de los americanos.

Entonces, intervino don Florencio, que era famoso por su sobriedad coloquial, pero también por sus lapidarias y oportunas frases. En más de un Consejo de Administración, después de largos discursos de sus colaboradores proponiendo alguna medida crediticia, él había desmantelado la propuesta con sólo un comentario. Hecho, eso sí, desde el sillón presidencial. Dijo, pues, don Florencio:

—No se empeñe, Vivar. A mí también me parecen unos horteras; pero procure intensificar sus relaciones financieras con nuestro Banco.

—Ya sabe, presidente, que el jueves estoy citado con mister Allwis…

—Eso, eso. Y que bailen vestidos como les dé la gana…

Cerca de las cuatro se retiraron, aunque la fiesta seguía en pleno apogeo. Por las calles, grupos de borrachos disfrazados cantaban y aporreaban panderetas y vomitaban por las esquinas.

—El país está contento —comentó Manolo—. Es un buen síntoma.

—Anda, anda, querido. Vete un poco más de prisa, que tengo los pies destrozados —le dijo Carmiña, bastante escéptica en cuanto a la consideración sociológica de las calles madrileñas en la noche de fin de año de 1953.

No nos damos cuenta. Pero ¡cuántas cosas tremendas y contradictorias pueden suceder en un solo año! En este sentido, 1954 fue para Manolo Vivar de Alda singularmente intenso. En febrero, una llamada telefónica le anunció que su buen

padre estaba agonizando. Fue un infarto; estaba leyendo, como todos los días, la prensa local, después de haberse tomado su café con leche y el *croissant* con mantequilla, cuando el corazón se le paró. Su santa esposa le encontró caído en el suelo, como muerto; le llevaron en seguida al hospital Provincial, aunque los médicos descartaban que pudiera salir adelante de aquello que antes se llamaba angina de pecho.

Manolo llegó a tiempo de encontrarle todavía con vida; pero a media tarde, el cristiano caballero entregaba su alma a Dios, reconfortado con los auxilios espirituales y la bendición apostólica de Su Santidad.

El entierro constituyó la natural y sentida manifestación de duelo. Por especial deseo del difunto, manifestado en sus últimas voluntades (que previsoramente tenía dictadas desde quince años antes) se colocó el cadáver en una sencilla caja de madera de pino y la carroza fúnebre era conducida solamente por dos caballos.

Acompañaban a Manolo en la presidencia del duelo, el gobernador civil y jefe provincial, el alcalde y el diputado 1.° de la Corporación Provincial, porque el presidente de la Diputación estaba de viaje. Recibió Manolo docenas de telegramas de toda España y las cuatro sociedades mercantiles de las que formaba parte enviaron gigantescas coronas de flores. La esquela ocupó media página en los diarios de la mañana; solamente un cuarto en el de la tarde, que como era del Movimiento, tenía escasa tirada. Hubo misa de *corpore in sepulto*, funerales, novenario de misas gregorianas. En fin: al señor Vivar (padre) se le dio cuanto merecía, después de una vida ejemplar.

Ejemplar, sí; porque, huérfano a los diez años, se había hecho a sí mismo. Manolo sabía ahora muy bien que aquello se llamaba en los Estados Unidos un *self made man*; pero antes de conocer la definición en inglés, ya admiraba a su padre, que fue botones en un Banco, encargado de una tienda de tejidos, pequeño empresario y líder local de la Unión Patriótica, cuando la Dictadura de don Miguel. Reunió así unos discretos ahorros y lo que era mucho más importante, se granjeó el respeto y el cariño de sus conciudadanos. Perseguido durante la República, por sus firmes convicciones religiosas, cuando en febrero del 36 triunfó el Frente Popular, abandonó sus ya importantes negocios (la cuestión social se ponía difícil) e invirtió sabiamente sus dineros en Bolsa. Fue enlace del general Mola en la provincia, cuya inmediata incorporación al Alzamiento del 18 de julio acreditó la eficacia de su labor. Y desde el primer día de la nueva era que alumbraba en España, no tuvo más preocupación que la de colocar a su único hijo. De su éxito en tal loable empeño, podía Manolo dar fe.

Por eso sintió muy hondamente la muerte de su padre y pasó una temporada abatido, que fue remontando gracias a los cariñosos desvelos de Carmiña. También le ayudó bastante a sobreponerse el colosal negocio concluido por Inmobiliaria Celta, S.

A., que a los seis meses escasos de su creación le permitió cuadruplicar el capital invertido; ya que los solares de Fernández Villaverde se vendieron en 25 millones de pesetas a un señor vasco, que pagó al contado. Liberó, pues, su crédito bancario y se encontró con un sustancioso remanente de beneficios.

Pasaron el verano en Bayona, tan llena de recuerdos para los dos. Como ya no tenía que hacer méritos con Carmiña, Manolo rehusó bañarse en la playa, porque difícilmente podría olvidar jamás en su vida el tormento de aquella agua gélida, en la que, cuando era novio de su mujer, tenía que sumergirse con una sonrisa para que la chica no se le enfadase. Ahora, manifestaba sin disimulo que los baños en las playas gallegas no tenían sentido (salvo caso de promesa) para los no nativos. Hacían excursiones por los alrededores, con sus amigos los Alcón y los Gil Suárez y comían mariscos a destajo.

No por ello olvidaba Manolo, pese a su indudable entrega a cierto bucolismo, la necesidad de estar al corriente de la actualidad política de la nación. Como se hablaba de algunos problemas en la Universidad, leyó con satisfacción el discurso del rector de la de Salamanca, Antonio Tovar, pronunciado en el acto de la investidura como doctor honoris causa de la Facultad de Derecho al Jefe del Estado. El profesor falangista había dicho: «Si el medallón de los Reyes Católicos proclamaba “Los Reyes, a la Universidad; la Universidad, a los Reyes”, permitidme, señor, que este año de 1954, al veros investido con el tradicional ropaje de los hombres de letras y ciencias, proclame: “El Caudillo, a la Universidad; la Universidad para el Caudillo”, que es decir, para España».

Hermosas palabras que tranquilizaron a Manolo, porque se decía que en la Universidad española existía cierto malestar. Y él recordaba bien una conferencia de Laín Entralgo en Alcalá de Henares, años antes, durante el V Consejo Nacional del SEU, donde el ilustre médico e intelectual de la Falange se había referido a la necesidad de conquistar para la patria el medio docente. «Tenemos que aspirar a que el profesor del porvenir sea falangista», había dicho en aquella ocasión Laín… Y para ello propuso tres cosas: «Primero, una vigilancia estrecha en la concesión de becas y pensiones para los futuros docentes; segundo, una vigilancia y una participación en las oposiciones a cátedras y tercero, una atención vigilante a las residencias y colegios mayores que van a empezar a funcionar».

Bien era cierto (y Manolo estaba convencido de ello) que el país, quince años después de terminada la guerra civil (a la que ya se llamaba así alguna vez, en lugar de siempre Cruzada, como antes) buscaba fórmulas políticas nuevas. Eso sí; manteniendo las líneas ideológicas maestras, que tenían que permanecer inalterables. Su alejamiento de la política activa Le estaba viniendo muy bien, para captar esas nuevas tendencias e identificarse con ellas aunque sin perder (por supuesto) las fidelidades básicas. Se vivía en España el comienzo de un interesante despegue

económico y quizá fuese por ello especialmente importante que los hombres con capacidad (como el mismo, modestia aparte) se entregasen al negocio privado, desde el que podían servir a la comunidad nacional con singular eficacia. Y que, además, proporcionaba hermosos rendimientos, según podía constatar de continuo en su cuenta corriente. Claro que esa consecuencia resultaba secundaria.

A finales de agosto estaban otra vez en Madrid; Carmiña salía de cuentas el 29. Pero estas cuentas son las únicas que las mujeres llevan mal y el 3 de septiembre seguía sin novedad. A pesar de ello se obsesionó con unos dolores (a las cuatro de la madrugada, para fastidiar más) y Manolo la trasladó al sanatorio, donde el ginecólogo confirmó que la cosa iba para largo. Volvieron a casa y efectivamente, hasta el día 9 no dio a luz una hermosa niña (3,300 kilos de peso) que unos decían que era el vivo retrato de la madre, otros opinaban que recordaba insistentemente al padre y éste comprendía para sus adentros que tenía esa carita *standard*, de bola rosácea con menudos ojos y comienzo de nariz, que tienen todos los recién nacidos, que en realidad sólo se parecen a los demás recién nacidos.

Fue bautizada a los quince días; se le puso de nombre Carmen, como a la madre, y *ABC* publicó una cariñosa nota en la sección de sociedad dando cuenta del acontecimiento. A Manolo le ilusionó mucho su paternidad y se sugestionó con las nuevas responsabilidades que había contraído y eso le desató una febril actividad, rápidamente frenada por Alfonsiño, que en una reunión en las oficinas de Sincolesa tuvo que decirle:

—Mira, Manoliño; eso de ser padre le sucede a mucha gente todos los días. Yo mismo debo tener por ahí distribuidos dos o tres hijos; creo que dos, seguro, y a pesar de eso, no me han dado nunca estas excitaciones tuyas. Conque modera tu fogasia y vámonos mañana al estadio de Chamartín, que ver jugar al fútbol a ese Di Stéfano es una delicia.

Se lo llevó, efectivamente, y Manolo se sintió súbitamente prendido por el arte de aquel delantero argentino que había convertido al equipo madridista en una especie de ballet y decidió hacerse hincha del club. Alfonsiño (que, como buen gallego, era mucho más listo de lo que parecía) le explicó después su teoría política sobre el Real Madrid Club de Fútbol.

—Atiende, rapaz, y dime si no podrías escribir, tú que eso lo haces tan bien, un estudio paralelo entre el Real Madrid y el Estado español. A los dos los manda una autoridad indiscutible; en el club se llama Bernabeu. Bernabeu hace lo que le parece, sin contar con los socios. Pero los socios están encantados, porque el equipo marcha cada vez más boyante. Entonces, aún comprendiendo que no pintan nada en las decisiones finales, aclaman a su presidente como jefe indiscutible. El presidente tiene un fiel segundo, un chico joven llamado Saporta, que es como si dijéramos el Carrero

Blanco de su presidente. ¿Tú me entiendes, verdad? Hay una oposición, que si el equipo pierde algún partido, se mueve un poco y pretende incordiar; pero en seguida, se gana el campeonato o se le da una paliza al Atlético y la oposición tiene que callarse, porque ha hecho el ridículo. Y ahí tienes el estadio lleno y que además lo van a ampliar y a Bernabeu, mandando en solitario con la general satisfacción de sus socios…

Manolo felicitó a su amigo por semejante metáfora (que comprendía muy bien) y se hizo socio de número. Incluso, llevado de su entusiasmo, pretendió dar de alta a la niña, pero su mujer, más sensata, se lo prohibió.

¡No me inventes trapalladas, corazón! Preocúpate de encontrar biberón de Nestlé y déjate de fantasías…

Ebrio de entusiasmo futbolístico, se compró un escudo del Madrid y lo colocó en la solapa de su traje de diario. Para ello tuvo que quitarse el yugo y las flechas doradas que hasta entonces había llevado. El cambio pasó inadvertido para todo el mundo.

VII

Nunca es agradable cumplir años, sobre todo al pasar de cierta edad. Pero a los hombres, además, nos molesta de manera especial cuando el aniversario supone cambio de decena. Las mujeres tienen menos problema; se lo callan y en paz. Manolo, honestamente, no disimuló que acababa de llegar a los cuarenta; hasta celebró en casa una comida, a la que, naturalmente, no faltaron ni don Florencio (y esposa) ni Alfonsiño. Con su buen estilo habitual, Carmiña preparó un menú excelente, a pesar de que, en el séptimo mes de su nuevo embarazo, sentía ciertas molestias. El director del Banco regaló a su consejero un encendedor Dupont de oro; Alfonsiño, cuarenta monedas (también de oro, ni que decir tiene), dentro de un precioso estuche de piel.

Se sacó a colación la grosera aleluya que en estos casos siempre se le dedica al homenajeado, con retintín malévolo:

—De los cuarenta p’arriba, no te mojes la barriga.

Pero Alfonsiño levantó la moral de su amigo:

—No hagas caso, tú. Eso es una estupidez; yo pasé hace ya tiempo de los cuarenta años y aquí me ves, destrozando corazones juveniles. Y cuando cumplí esa edad que ahora tienes, inventé otra aleluya para echar abajo la memez antihigiénica de la que se dice siempre. Era ésta: «Cuando los cuarenta cumplas, a la natación te apuntas».

Se celebró debidamente el ingenio de Corcheiro y ya en la sobremesa, con el humo de los cigarros puros llenando el salón, se habló de finanzas y de economía.

—Evidentemente, el país marcha disparado hacia un desarrollo importante —decía Manolo—. Las cifras de empleo aumentan de continuo y la balanza internacional de pagos está mejorando sensiblemente.

—Yo te aseguro —corroboraba Alfonsiño— que este año de 1956 será una frontera. A partir del próximo, el crecimiento económico de España se notará de manera sensible.

—El proceso de industrialización está dando sus frutos. La matriculación de automóviles, por ejemplo, avanza en progresión importante. En Madrid ya estamos cerca del 200 000 —insistía Manolo.

Don Florencio, según su costumbre, oía y fumaba.

—Es el momento de invertir, sobre todo en solares y en zonas rústicas cercanas a Madrid —opinó Alfonsiño.

—Ya sabe usted, don Florencio, que con Inmobiliaria Celta, S.A., hemos comprado toda una manzana de viejos edificios al final de Pardiñas y estamos en gestiones avanzadas para adquirir una finca de cinco mil hectáreas cerca del Plantío.

—Yo pienso que debíamos buscar también terrenos fuera de Madrid; quizá por

Andalucía —sugirió Alfonsiño.

Sí, eso dice éste —confirmó Manolo— pero yo no acabo de verlo claro. Usted, señor presidente, ¿qué opina?

Don Florencio les tuvo unos segundos en expectante espera. Bebió un largo sorbo de Armagnac, golpeó con su dedo índice el puro para que la blanca ceniza cayera mansamente sobre el cenicero y, por fin, preguntó:

—¿Tienen ustedes alguna relación con el Opus?

Manolo y su amigo se miraron sorprendidos.

—Pues… no, en realidad, no —reconoció Manolo—. Claro, he oído hablar de esa congregación religiosa… pero ya sabe usted, don Florencio; soy católico, aunque no beato…

Carmiña metió baza con su habitual oportunidad:

—Tenemos varios amigos del Opus. Lo que pasa es que este marido mío es un despistado; ni siquiera se acuerda de que en una ocasión estuvimos en una conferencia, en una iglesia pequeña que hay por Monte Esquinza… Una especie de cripta. Nos llevaron los Montero y nos gustó mucho el ambiente… ¿Te has olvidado, cariño?

—Ah, sí, sí… —tartamudeó Manolo, sin demasiado convencimiento.

Don Florencio le dijo a su mujer:

—Vámonos; los nietos estarán ya en casa…

Y mientras se levantaba, como sin darle importancia, aconsejó a Manolo:

—Cultive la amistad con los Montero. Interésese por el Opus. Debería usted leer un librito muy interesante que se está poniendo de moda: *Camino*, de monseñor Escrivá.

—Lo haré en seguida.

—Y no olvide que estamos en tratos con el Popular, para una posible absorción. Una operación que sería muy conveniente para nuestro Banco.

El gesto de Manolo demostraba un absoluto despiste, una falta total de ideas sobre la conexión entre la congregación religiosa y la posible operación financiera. Por lo que don Florencio, ya en el recibimiento, creyó inevitable comunicarle:

—Estos señores del Opus, que tienen unas ideas muy hermosas y muy modernas sobre el destino religioso de los laicos, controlan distintas empresas bancarias; entre ellas, el Popular.

Cuando el matrimonio Vivar de Alda se quedó a solas, tomó la inmediata decisión de invitar a cenar al siguiente día a los Montero, en ocasión del cumpleaños de Manolo, que no costaba nada retrasar para ellos en un día. Después, según tenían proyectado, se fueron al cine, a ver *Sissi*, que a Carmiña le gustó muchísimo y hasta le hizo llorar lo suyo. De vuelta a casa, en la blanca soledad del cuarto de baño, frente al espejo, Manolo pasó recuento a las demasiadas canas que le habían salido

últimamente y a las bolsas que se le formaban debajo de los ojos y a las arrugas que se anunciaban dolorosamente y a pesar del optimismo de Alfonsiño, pensó que la juventud se le iba. El bigotillo, aquel bigotillo suyo, que fue tan celebrado en tiempos —una menuda línea morena serpenteante sobre el labio, en la más pura moda de los años de la posguerra— se le estaba poniendo blanco.

Y en una decisión repentina, tomó la máquina de afeitar y se rasuró el bigote. Volvió a mirarse en el espejo; evidentemente, se había quitado unos años de encima. Entró eufórico en la habitación. Carmiña estaba ya en la cama.

—¿Qué te parece? —preguntó, exultante de júbilo.

—¿El qué?

—¿Es que no me notas nada?

—Pues la verdad… —dijo ella.

—El bigote, mujer. Me lo he quitado.

—¡Ah!, tienes razón —contestó sin demasiado entusiasmo—. Como era tan chiquito, ni me había dado cuenta. A ver, a ver…

Manolo acercó su rostro.

Sí, estás mejor así. Últimamente se te estaba llenando de canas.

Como no tenía secretos (todavía) para su mujer, le confesó:

—Lo he hecho, además, por otra razón.

—¿Cuál?

—Estos bigotillos están politizados, ¿sabes? Dicen ahora que son un símbolo fascista.

—Entonces has hecho muy bien. ¡Fascista tú, cariño!…

Apagaron la luz y con las debidas precauciones, dado el avanzado estado de ingravidez de su tierna esposa, Manolo le demostró palpablemente que, a pesar de ello, le seguía gustando una barbaridad.

Antes de darse las buenas noches definitivas, Manolo le recordó:

—Compra mañana sin falta el libro ese que me ha recomendado don Florencio…

—Descuida, cariño; lo tengo apuntado.

Y se durmieron (nunca mejor dicho) en la santa paz del Señor.

Fue niño; o sea que compuso lo que suele llamarse la parejita, que colma de felicidad a los matrimonios. Le bautizó un íntimo amigo de los Montero, don Salvador Castellar, ingeniero de Caminos y sacerdote del Opus Dei. Porque los esposos Vivar de Alda habían trabado ya una fructífera relación con la Obra, aunque todavía no pudiera decirse que pertenecieran a ella ni siquiera como supernumerarios. Simpatizantes, claro que lo eran y colaboradores, también, y ni que decir tiene que, entusiasmados por el ambicioso empeño de la Universidad de Navarra (tan necesario para encauzar los rumbos cristianos de la juventud española) habían sido incluidos

entre sus más preclaros amigos y sus espléndidos donativos merecieron que monseñor Escrivá de Balaguer les enviara una fotografía cariñosamente dedicada, que tenían colocada en lugar destacado del salón.

A comienzos del 57, Manolo asistió a unas reuniones de carácter espiritual en una residencia de la Obra, que fueron de gran utilidad para su alma y, además, le permitieron conocer a varios miembros destacados. Eran todos muy amables, muy educados, muy correctos; vestían de gris oscuro, con impecable corrección y todos hablaban suavemente, insinuantemente, doctoralmente. Con quien más intimó fue con José Alberto Montes, doctor en Ciencias Económicas, que desde el primer día (como dirían los del fútbol) le había dedicado un férreo mareaje.

—Vales tú mucho, Manolo —le decía cada dos por tres—, y sería hermoso que llegaras a comprender la importancia de nuestro empeño. Podías hacer grandes cosas con nosotros; respetando siempre tu ideología particular, quede esto bien claro…

—A mí también me gustaría…

—Esas sociedades tuyas… la de importaciones, la inmobiliaria… ¿No crees que cobrarían mayor empuje si coordinasen su actividad con alguna de las nuestras?

—Indudablemente.

—Ya hablaremos, ya hablaremos… Vamos ahora a la capilla, que es la hora de la meditación.

Lo que a Manolo le encantó de la Obra fue el respeto a la iniciativa personal y la ausencia de toda presión influyente. Es decir, aquello de que si algunos miembros controlaban un negocio de cementos, fuera simple casualidad que su mejor cliente resultara una constructora asimismo controlada por otros miembros, que también por mera coincidencia trabajaba para una inmobiliaria que presidía un miembro, la cual curiosamente conseguía créditos en uno de los Bancos dirigidos por el Opus, el cual, a su vez, gozaba de una especial tutela en el Ministerio que regía una de las máximas autoridades de la Obra. Pero nada, en esta cadena de intereses comunes, se hacía de manera preconcebida, sino que todo era lógica consecuencia de un correcto planteamiento comercial.

Y en materia de ideologías políticas, la independencia resultaba también completa. Cada miembro podía pensar lo que creyera oportuno y no por eso sería censurado. El Padre lo había aclarado suficientemente. O sea, que los ministros del Gobierno lo eran a título personal, sin que su incardinación en el Estado supusiera, ¡Dios nos libre!, que la Obra tomaba partido por el régimen. Si después nombraban subsecretarios y directores generales también de la Obra y gentes de la Obra accedían preferentemente a las cátedras y a los concursos y a los puestos directivos, era sencillamente por sus evidentes méritos. Nunca porque se llevara a cabo una labor de premeditado copo.

Esta independencia, este respeto a la individualidad sagrada de los miembros,

quedaba bien claramente probada en las empresas que la Obra tenía destinadas al cine. Nadie podía decir que en ellas se impusieran criterios raquíticos en materia de censura; algunas de las películas que distribuían o que producían quizá no fueran (en realidad, no lo eran) absolutamente concordes con la moral que se preconizaba como ideal cristiano. Pero existían unos accionistas, se trataba de un negocio con fines lucrativos y dolorosamente había que transigir en ocasiones, respetando las decisiones de quienes dirigían aquellas empresas, miembros entusiastas, pero, a la vez, gestores conscientes del capital ajeno. Que, claro es, incrementaban también el propio.

Manolo consultó con su mujer acerca de su proyecto de ingresar en el Opus como supernumerario; pero la gallega se lo quitó de la cabeza. Todavía —le dijo— no había hecho méritos suficientes para ello. Y Manolo, para compensar, efectuó un nuevo donativo en favor de las obras de la Universidad de Navarra y dio la coincidencia de que por aquellas fechas fue absorbido el Banco Occidental de Crédito y, aunque don Florencio quedó fuera del nuevo Consejo (previo cobro de varios millones de pesetas), siguió en él Manolo, que a los pocos días mantuvo una cordial entrevista con el consejero-delegado, su amigo José Alberto. Quien le preguntó:

—Oye, no es que tenga ninguna importancia, pero por mera curiosidad: ¿tú eres lo que se llama «camisa vieja» de la Falange?

Manolo se puso muy colorado y enérgicamente aclaró:

—¡No, no, en absoluto! Yo ingresé en la Falange esa después del 18 de julio, como todo el mundo. Ya sabes que era obligatorio hacerlo para los que habíamos quedado en la zona nacional.

José Alberto, en realidad, no lo sabía, porque tenía ahora veintiocho años y sobre la guerra civil unas ideas muy confusas.

—¿Pero estuviste en Rusia, luchando con los alemanes?

—¡No, no, tampoco! —protestó indignadamente Manolo—. Nunca se me hubiese ocurrido.

—Bien. Esto es positivo. No nos importa, oye, la calificación política de nuestros amigos, porque en la Obra cada cual piensa como quiere, pero me alegra lo que me dices.

En vista de lo cual continuó el interrogatorio:

—Tuviste un cargo en el Frente de Juventudes…

—Un cargo nada político. Imagínate: la cosa de los deportes. Tú no sabes lo que era todo esto al acabar la guerra; de algo teníamos que vivir. Y casi te obligaban a aceptar.

—¿Eres falangista?

Hubo un silencio. José Alberto creyó oportuno aclararle a Manolo:

—Te recuerdo que en la Obra tenemos también falangistas… Aquí cada cual

piensa políticamente lo que le parece y a todos se les respeta.

—Pues no; en realidad, yo no he sido nunca falangista —soltó Manolo—. He pertenecido, quizá pertenezco todavía, al Movimiento. Pero ¡qué te voy a decir! Ahí estamos todos, aun sin querer…

José Alberto pareció quedar satisfecho.

—De tu labor en la Administración y en las Cortes ya tenemos constancia. Lo hiciste muy bien. Por eso consideramos que eres muy aprovechable. Y ya ves, aunque no estás todavía con nosotros de una manera absoluta, puedo anticiparte que se te va a proponer para un cargo delicado en la Presidencia.

—¿En la del Banco? —preguntó Manolo.

—No; en la del Gobierno.

A las pocas semanas, efectivamente, le llamaron desde Castellana, 3. No se trataba de ningún puesto brillante; era la que le ofrecían una labor oscura, ingrata, muy en la línea de la que, años atrás, había desarrollado en la Jefatura Nacional de FET y de las JONS. Se trataba de cierta censura de libros y de espectáculos y, también, de una especie de propaganda (o *public relations*, como ahora se solía decir) de las orientaciones que emanaban de aquella casa. Fundamentalmente, había que convencer al país de que la política era subsidiaria de la economía; de que el porvenir de España dependía del factor económico y de que las ideologías ya no importaban nada, en un mundo pendiente tan sólo de los índices de productividad, de las curvas de crecimiento y, sobre todo, de la renta per cápita.

Dudó mucho Manolo, aunque no quiso consultar con Carmiña, por si le decía que no. Dudaba, fundamentalmente, de su capacidad para entender todo aquello. Pero una vez más, su sentido de la disciplina y del deber acabó barriendo toda clase de vacilaciones, especialmente cuando le aclararon que el cargo, de mero colaborador con la Administración era compatible con sus Consejos de Administración, no sólo en las sociedades privadas, sino también en el Banco. Entonces, resignadamente, lo aceptó.

Le pasaron a consulta la nota biográfica que iba a enviarse a la prensa, juntamente con la noticia del nombramiento. Hizo en ella algunas correcciones, suprimiendo (por pura modestia) la citación de sus actividades militantes durante la guerra y la inmediata posguerra. El curriculum ofrecido en los periódicos quedó así: «Don Manuel Vivar de Alda, licenciado en Filosofía y Letras, procurador en Cortes en la Segunda Legislatura, ex director general de Explotaciones Forestales y Piscícolas, desde cuyo cargo desarrolló una eficaz labor, especialmente en la integración de nuestro país dentro de las corrientes universales de la especialidad. Muy versado en economía, ha dictado conferencias en los Estados Unidos. Últimamente desarrollaba, desde la esfera industrial privada, una labor trascendental en beneficio del creciente

desarrollo económico de nuestro país. Está en posesión de diversas condecoraciones». Omitió expresamente la referencia a su estado civil y número de hijos, porque quedaba sensiblemente en inferioridad frente a los demás cargos; todos ellos eran titulares de familia numerosa, clase especial.

E inmediatamente se entregó, con su fervorosa y acostumbrada dedicación, al menester que se le encomendaba. Pero la mecánica del trabajo había cambiado y al principio le costó bastante amoldarse a ella. Ahora todo tenía que presentarse debidamente aclarado, minuciosamente calculado, proyectado en los más insignificantes detalles y procurando utilizar un vocabulario hasta entonces insólito: «curvas de productividad», «reactivación», «temas coyunturales», «renta per cápita», «planificación», «estabilización monetaria», «despegue», «relanzamiento industrial», «congelación de salarios», «impacto comercial», «garra en la oferta», «agresividad en la demanda», «atonía empresarial», «operatividad», «índices de crecimiento». En definitiva, se trataba de una nomenclatura cabalística, que tipificaba aquello que pronto se conocería como la «era de la tecnocracia».

Y que, por lo demás, funcionó estupendamente. Porque la economía del país comenzó a mejorar y las estadísticas (que constituían la tiranía del sistema) lo inundaron todo, para demostrar que ahora se comía más carne y que los españoles habíamos crecido nueve centímetros por talla media en los últimos diez años y consumíamos 247 gramos más de jamón serrano por habitante/año que en el decenio 36-46 y en cambio ingeríamos un kilo 237 gramos menos de pan y 784 gramos menos de patatas, también por habitante/año/decenio, según programaba el cerebro electrónico.

El país, indiscutiblemente, iba hacia arriba, a pesar de las estadísticas. Para colmo, cada vez llegaban más visitantes de fuera, unas gentes estrafalarias cargadas con Leikas que dieron en decir que las costas españolas eran una maravilla y que aquí las mujeres (hasta aquellas mujeres rubias, colosales, que venían) podían pasear de noche sin riesgo físico y que todos los días funcionaba el metro y abrían las tiendas y recogían las basuras, porque no había huelgas. También elogiaban los precios baratos, cosa que jamás debieron hacer, porque los comerciantes tomaron buena nota y se dedicaron a subirlos desde entonces, sin parar. Era la invasión turística, que iría creciendo de continuo, aunque no en igual proporción que crecían los apartamentos, los campings y los hoteles en esas costas, que empezaron a bautizarse de formas más bien monótonas: del Sol, Verde, Blanca, del Azahar… Pero que se llenaban cada vez más de gentes exóticas, que pagaban en divisas.

Bien es cierto que el turismo creó problemas y los más importantes fueron los de carácter moral. El descoco de los extranjeros pugnaba con las rancias costumbres ibéricas y los venerables párrocos pueblerinos no sabían qué hacer cuando una irlandesa coloradota se acercaba al sagrado convite sin medias y con media pechuga

fuera. Salvo algunos singularmente trentinos, optaron todos por tragar. Más grave fue el escándalo de las playas, donde ya se había abierto mucho la manga (se podía tomar el sol sin el albornoz puesto, como se exigía hacerlo años atrás), pero que las chicas extranjeras tomaron al asalto en inmundos trajes de baño de los llamados «dos piezas». O sea, con el ombligo al aire.

Los mozos del litoral se pusieron las botas (y no sólo visualmente) con aquellas jovencitas tan tentadoras y hasta con algunas damas foráneas ya regularmente maduras. El señor ministro de Información y Turismo se enfrentó con una crítica colisión entre sus acendrados principios cristianos y la exigencia de una conducta tolerante, que no espantara semejante fuente de riqueza. Aconsejado prudentemente (de modo especial por los tecnócratas), optó por esto último. Para compensar, cargó la mano en la censura moral de espectáculos y en la prensa; a Mingote, en un chiste de *ABC*, le hicieron pintarle camiseta *sport* al «mono» que representaba a un ciudadano que se paseaba por la playa.

Pero esto constituía la menuda anécdota. Lo importante era que en España desaparecía el paro y la industrialización crecía y el tema laboral pasaba, como consecuencia, al primer plano. En sus funciones asesoras, recibió Manolo el encargo de preparar un estudio sobre sindicalismo y se pasó varias semanas documentándose acerca de la cuestión y redactó doscientos veinte folios llenos de sabiduría, en los que demostraba la eficacia de los sindicatos verticales como eficaz antídoto contra la lucha de clases, para llegar a la conclusión de que el sistema sindical español resultaba ejemplar y estaba siendo objeto de cuidadoso análisis por los más poderosos estados industriales del mundo e incluso las *Trade-Unions* acabarían adoptando nuestra vertical organización.

Aquel informe suyo (que influyó básicamente en los planteamientos del Plan de Desarrollo) supuso otro éxito personal de Manolo, que incorporó a su vitrina de condecoraciones la Medalla al Mérito Sindical. Y asistió como invitado de honor a la Demostración Sindical, celebrada en el estadio Bernabeu, hermosa fiesta de hermandad, donde trabajadoras venidas de todas las provincias rivalizaban en bailar jotas, sardanas, aurreskus y sevillanas, mientras los productores hacían tablas de gimnasia y todos demostraban que en España no existía ni existiría jamás problema social. Saltaba a la vista la compenetración entre proletarios y capitalistas, el cariño con que los representantes de la empresa ayudaban a las muchachas de la fábrica a colocarse la mantilla de blonda para la danza lagarterana y el respeto con que los enlaces sindicales aceptaban el purito que, gentilmente, les ofrecía el consejero-delegado de la sociedad, que estaba cenando con ellos después del éxito de la Demostración.

Manolo fue muy feliz en el estadio Bernabeu; y no sólo porque se sentía en cierta medida responsable de aquella bellísima prueba de hermandad laboral, sino porque,

al propio tiempo, se encontraba en el escenario de los grandes triunfos de su equipo. Y es que su devoción hacia el Real Madrid había llegado a cimas inaccesibles. Era ya lo que se llama un «hincha», un «forofo» del club «merengue», sin tasa ni freno. En la medida en que se lo permitía su trabajo en la Presidencia, seguía al equipo en sus triunfales periplos por Europa, donde, año tras año, iría ganando la codiciada Copa de Clubs Campeones de Liga. Bien decía Carmiña:

—Mi marido sólo me es infiel con Puskas…

Y con Gento y con Juanito Alonso y con Zárraga, y ni que decir tiene, con aquel genio de la Hispanidad que se llamaba Alfredo Di Stéfano, que para bien de España había adoptado nuestra nacionalidad, lo que suponía a escala universal un auténtico refrendo político de la alta categoría que la nación estaba consiguiendo. A propósito de esto, recordaba Manolo con frecuencia la curiosa (y tan acertada) teoría de Alfonsiño sobre el paralelismo entre el Real Madrid y el Estado español y veía que se confirmaba ahora, ya que al unísono el equipo blanco y la patria rompían todos los frenos en el exterior e imponían su categoría, su verdad y su clase en Europa entera.

Los niños, mientras, iban creciendo. Carmencita había merecido la banda de honor en la entrega de premios del *kindergarten*, donde la llevaba cada mañana Carmiña en el seiscientos que Manolo le había regalado el día de su aniversario de boda. Manolito era travieso, pero se le adivinaba listo. Muchas gracias tenían que dar a Dios sus padres por aquella parejita que les había enviado y se las daban de continuo, porque últimamente su fervor cristiano había aumentado muy considerablemente y frecuentaban los sacramentos y las reuniones espirituales y los actos píos. Naturalmente, en la Basílica de la Obra, en la calle del Sacramento.

Hicieron también un viaje a Roma, en peregrinación laica (como se llamó) para visitar a monseñor Escrivá en la residencia de Viale Bruno Buozzi. Fue muy profunda, muy sincera la emoción que sintieron cuando les tomó por las manos y muy afectuosamente les agradeció su colaboración e incluso, dirigiéndose a Manolo, le dijo:

—¡Persevera! ¡No vaciles! ¡Sé capitán general y no te resignes con el mero generalato…!

Aquella estimulante frase congració a Carmiña con el Padre ya que, aunque nunca se había atrevido a reconocerlo, se sentía bastante molesta por el cierto desprecio con que en *Camino* trataba a las mujeres, «clases de tropa». La nueva metáfora castrense, en homenaje a su marido, la convirtió decididamente en entusiasta admiradora de monseñor. Cuya fascinación personal —«carisma», decía José Alberto— era indiscutible.

Aquel viaje resultó, además, muy aleccionador desde el punto de vista político. Porque en los cinco días que pasaron en la Ciudad Eterna, tuvieron que padecer simultáneamente huelgas de transportes urbanos, de pastelerías, de los servicios

públicos de limpieza y de carteros.

Como bien decía Manolo:

—Ahí lo tenéis: son las consecuencias de las democracias liberales. Gracias a Dios y a nuestro sindicalismo vertical este desbarajuste jamás lo padeceremos en España. Porque, ¿se puede imaginar una huelga de Correos? ¿Os dais cuenta? Las cartas de los enamorados, atascadas; la correspondencia comercial, detenida; los giros, todo el tráfico mercantil, paralizado…

Y uno de los solteros que viajaban en la peregrinación, muy en voz baja susurró:

—Pues lo que no sabe éste es que también hay huelga de putas. Que eso sí que es una faena…

Pocos días después de su regreso a Madrid, el Jefe del Estado tenía concedida una audiencia a los delegados sindicales que intervenían en el estudio y preparación de la nueva ley y Manolo tuvo especial interés en ser incluido en el grupo. Naturalmente, formó parte de él y vestido con el mismo chaqué que había usado para casarse llegó al Palacio del Pardo. Fue una mañana emocionante; incluso, en ciertos momentos, las lágrimas le inundaron los ojos; por ejemplo, cuando el Caudillo le dio la mano. Manolo se había puesto en férrea posición de firmes y se había inclinado casi en ángulo de cuarenta y cinco grados. La fotografía demostró luego que, mientras le saludaba, el Jefe del Estado estaba mirando hacia otra parte; pero a pesar de ello, Manolo hizo varias ampliaciones de la foto y las colocó por diversas habitaciones de su casa y también, claro está, en su despacho oficial y en los de las sociedades.

Alfonsiño le había preguntado la misma tarde de la audiencia:

—¿Qué tal mi paisano?

—No puedo expresarlo. Emocionante, sobrecogedor, alucinante. Ha sido la impresión más importante de mi vida.

Y dijo Alfonsiño:

—Es un tío cojonudo, oye. Ya le echaremos de menos, ya, cuando se nos muera…

Entonces, en un rapto de providencialismo patriótico, preguntó Manolo:

—¿Y por qué se ha de morir, caramba?…

VIII

Empezaba una nueva década: la de los sesenta. Iba a ser la de la prosperidad. Bien se la habían ganado los españoles. Que ahora se encontraban como chicos con zapatos nuevos; porque comenzaban a tener todo lo que habían ambicionado cuando se sentaban, los sábados por la noche, en la butaca del cine y veían una película americana. O sea, lavadora y refrigerador y aparato de televisión y un coche de los llamados «utilitarios» (que, a pesar del nombre, la Hacienda cargaba de impuestos) aparcado delante de su pisito. El pisito y todo lo demás lo habían comprado gracias a aquel maquiavélico invento de las letras de cambio, que decían los entendidos que existía desde muchos años antes, pero que sólo ahora descubría el honrado trabajador de la Seat y la secretaria y el empleado de Banca y hasta la asistenta.

Manolo llevaba años aceptando letras, bien es cierto que nunca a título personal; siempre como legal representante de sus diversas sociedades. Que tenían todas unos techos de descuento bancario ilimitados, porque también eran ilimitadas su solvencia y su seriedad comercial. Sin embargo y por vez primera, iba a aceptar letras en su propio nombre. Acababa de comprar dos mil metros cuadrados en Somosaguas, un barrio residencial que comenzaba a construirse más allá de la Casa de Campo, en una espléndida zona verde de Madrid y aunque el terreno lo pagó al contado (cuatro millones de pesetas), la construcción de la vivienda la acordó en lo que suele llamarse «cómodos plazos». ¡Como si pagar fuese nunca cómodo!

A comienzos del 61, la casa estuvo acabada. Carmiña se empeñó en ponerle toda clase de pegas: que si el problema del colegio para los niños; que si, tal como estaba el servicio, a ver qué chachas iban a querer irse a vivir allí; que si no había supermercado en los alrededores. Se trataba, en definitiva, de conseguir (como así ocurrió) que Manolo comprase otro coche, un Dauphine de los que ya fabricaban en Valladolid y contratara un mecánico (que es como ahora se denominaba al clásico chófer) para que se encargara de resolver los problemas del transporte.

Tampoco le había gustado a Carmiña la decisión de su marido de establecer dos distintas habitaciones; la de él era un gabinete de trabajo, todo recubierto en *boiserie* de limoncillo, con estanterías repletas de libros (parte de los cuales compró por metros lineales en la librería Centro-Press) y con una vitrina en la que colocó sus numerosas condecoraciones, sobre un fondo de terciopelo granate. Presidía la estancia el colosal retrato de Carmiña, obra de Enrique Segura y varias fotos enmarcadas aparecían debidamente escalonadas: la de la audiencia con Franco, la de monseñor Escrivá, otra despachando con López Rodó…

La habitación de Carmiña era una delicia. El decorador había volcado en ella toda su imaginación. Como era un artista, se había olvidado —eso sí— de instalar timbre; pero el problema se subsanó mediante una campana solemne, cuyo retumbar se

escuchaba en toda la casa. Tenía una terraza espléndida, abierta al verde horizonte de los pinos de la Casa de Campo y el cuarto de baño, en mármol rosa, era auténticamente bello. Hasta el punto de que fue reproducido en varias fotografías por las más afamadas revistas de decoración. La chimenea, de mármol blanco, daba un encanto especial a la rinconada de la estancia. En cuya pared central se había colgado el retrato que Juan Antonio Morales pintó a Manolo, unos años antes, vestido con el flamante uniforme de FET y de las JONS, versión de gala. O sea, con la guerrera blanca-beige, el cinturón y las hombreras doradas, todas las condecoraciones, etcétera. En la mano derecha sostenía la boina colorada.

Para celebrar la inauguración de su nueva vivienda, los Vivar de Alda dieron una fiesta de sociedad a la que acudieron selectas personalidades de la política, las finanzas y el arte. Previamente, don Salvador Castellar, como ya sabemos ingeniero de Caminos y sacerdote del Opus Dei, procedió a la bendición de la casa. Después, los invitados fueron obsequiados con una espléndida cena servida por Jockey. Con su habitual maestría, Félix atendía a la clientela, que devoró con singular fruición el gratinado de langosta y el costillar de buey. Y que estuvo a punto de agotar el Viña Pomal y que agotó el Veuve Cliquot servido a los postres. En los jardines, una orquesta interpretaba bailables y el Dúo Dinámico cantaba sus últimas creaciones.

Alfonsiño Corcheiro agarró media trompa y se dedicó a coquetear de una manera descarada con la mujer de un subsecretario (de la Obra), mientras el marido charlaba con Manolo y Nini Montiam acerca de los problemas de la República Argentina, luego del peronismo. La señora estaba muy requetebién y Alfonsiño le decía:

—Pues a mí me parece que este monumento no se encuentra debidamente atendido por su propietario.

Y ella se reía y Alfonsiño insistía:

—Que estos maridos como el tuyo, entre la tecnocracia y la meditación, apenas tienen tiempo para el cultivo de la cosa erótica.

Y ella seguía riéndose y el gallego se envalentonaba:

—Pues yo conozco a un chaval de Betanzos que regaría esta flor casi marchita (perdona, nena) de una manera inolvidable.

Y ella, además de reírse, decía:

—¡Loco, loco, que eres un loco!

—Loco por tus huesos y más aún por tus chichas, sirena del atardecer.

Se acostó con ella dos días después.

Aparte de esta cuestión personal de Alfonsiño, la fiesta resultó gratísima y se prolongó hasta la madrugada y en *Hola* salió, a la semana siguiente, un reportaje precioso, a toda plana y en color y la broma le costó a Manolo cerca de cincuenta mil duros, que bien empleados estaban, porque los principales gestores de la Banca allí estuvieron y las autoridades de la Presidencia, también, y todos pudieron comprobar

el señorío de los Vivar de Alda y lo bien que recibían y varios marqueses y condes que también habían ido les colocaron desde entonces en sus listas de imitados.

Don Florencio, el ex presidente del Banco Occidental de Crédito, que había agradecido mucho el gesto de Manolo al invitarle, no obstante carecer ya de relación financiera con él, hizo su frase de rigor al despedirse, especialmente grata para el anfitrión:

—Le veo muy bien encarrilado, Vivar…

Esa noche, Manolo pasó en pijama desde su habitación a la de su mujer y le demostró que la separación física no era óbice para el cumplimiento de los deberes conyugales, pero la suerte se les siguió resistiendo, con lo que volvió a sumirse en el más grande de los desencantos, ya que las estadísticas demostraban que para llegar a ministro, o había que ser abogado del Estado o tener como mínimo seis hijos. Y ya que lo primero no podía conseguirlo, Manolo buscaba lo segundo, pero el Señor, en sus inescrutables designios, iba a dejarle para siempre con la parejita, a pesar de sus denodados esfuerzos por ampliar la base familiar.

Al otro día llegó más tarde de lo acostumbrado a la oficina, pero con suficientes arrestos para dictar un artículo que después reproducirían veintidós diarios del país, cuyo título era sobradamente expresivo: «Un concepto social de la economía».

Quizá influido por el tema, le aumentó en veinte duros el sueldo al mecánico (antes llamado chófer).

Vivir en Somosaguas era una maravilla; pero tenía también sus inconvenientes. Entre ellos, que como Manolo acababa cerca de las tres su trabajo en Presidencia y tenía que estar allí otra vez a las cuatro (tal era la disciplina del servicio), prácticamente no le quedaba tiempo para ir a comer a casa. Comenzó, pues, a hacerlo en las cafeterías y en los restaurantes de las cercanías. Y como eso de comer solo resulta una lata, comenzó asimismo a invitar a alguna de las señoritas que trabajaban con él en la oficina. Al principio, variaba; poco a poco, acabó almorzando siempre con Begoña. Que era vasca, tenía veinte años y unas tetas (con perdón) verdaderamente impresionantes. De esas que salen en las revistas verdes del extranjero. De esas que parece imposible que sean de verdad, ya que en ellas coexisten el gran tamaño y la vertical posición.

Begoña era (según le confesó un día a los postres) contestataria. O sea, que no estaba conforme con el régimen, aunque su puesto como secretaria lo había conseguido por recomendación de su madre (viuda de caído) y a pesar de que apenas conseguía escribir a máquina varias frases seguidas, con un solo dedo. Por encima de estas toleradas deficiencias profesionales, ella sentía la necesidad de protestar contra un sistema coactivo que no le gustaba nada y así se lo manifestaba a su jefe, porque comprendía que él era un hombre abierto al diálogo y entendería su problema.

Además, su madre mantenía criterios arcaicos en cuanto a la relación materno-filial, que a ella le producían graves trastornos síquicos.

Manolo picó. Seamos sinceros: le hicieron picar las hermosas tetas de Begoña. Y primero le dijo que las madres, ya se sabe, tienen sus ideas, pero que madre no hay más que una. Y después aceptó el diálogo político y reconoció que el régimen había cometido errores, claro está, pero que mayormente había que tener en cuenta sus logros y al cabo de varias comidas y de distintos enfrentamientos ideológicos, llegaron a la conclusión de que lo único que les importaba era identificarse sexualmente. Y se identificaron. Y Manolo sintió una gran crisis de conciencia ante su primera infidelidad matrimonial y Begoña ascendió a oficial de segunda, con la natural indignación de sus compañeras de mayor antigüedad.

Afortunadamente para Manolo, apareció Leonardo, que aunque se llamaba así, era un muchacho joven sin prejuicios, sin oficio y sin porvenir, que enloqueció a Begoña porque, al parecer, era lo que se llama una fiera del amor y además, maoísta. Renunció sensatamente Manolo a la competencia y a cambio del fracaso sentimental se consagró con especial entusiasmo a dictar (nunca a Begoña, que escribía tan despacio) apasionantes artículos sobre la consolidación del régimen, la prosperidad del pueblo español y los brillantes horizontes que se ofrecían a una España que, superadas sus dificultades materiales, merced a una admirable política económica, estaba alcanzando insólitas cotas de bienestar material, todo ello gracias a un sistema flexible en el que se subsumían (sic) las virtudes de una democracia orgánica y las benéficas consecuencias de un régimen benévolamente autoritario.

Curiosamente, Manolo tenía razón por una vez y no se pasaba al destacar el crecimiento económico y la prosperidad en aumento de los españoles y hasta el superior prestigio internacional del país, que desde la clamorosa visita de Eisenhower a Madrid había mejorado de manera indudable. En 1962, un nuevo gobierno iba a traer ideas también nuevas y hasta puso en circulación un concepto hasta aquel momento insólito: el de «apertura». Pero Manolo ya no formaba para entonces en las abnegadas filas de la Administración, porque había renunciado a su puesto asesor días antes de la crisis ministerial. Y lo había hecho aceptando un oportuno consejo de su buen amigo José Alberto, que sin duda sabía algo de lo que se cocinaba en las alturas. Siempre era mejor irse que ser echado, opinaba muy sensatamente el consejero-delegado del Banco y destacada figura de la Obra.

Por lo demás, las relaciones de Manolo con la Obra se hallaban en una situación digamos congelada. No había roto, desde luego, con ella (en el nuevo gobierno seguía habiendo varios ministros del Opus, aunque es bien sabido que se trataba de mera coincidencia y si estaban allí era a título personal y nunca como representantes de su congregación). Pero tampoco se había integrado de una forma definitiva. En esta ambigua situación influía poderosamente el recelo galaico de Carmiña, a la que no le

gustaba que su marido se significase en ningún sentido.

Volvió, por tanto, a consagrarse a la actividad privada, si bien sus conexiones con los altos cargos de la Administración eran constantes, ya que en la España industrial que se estaba formando, la gran empresa necesitaba inexcusablemente el apoyo del Estado y por eso los dirigentes de las sociedades procuraban hallarse vinculados de alguna forma con los Ministerios. Ni que decir tiene que el largo y glorioso historial político de Manolo le resultaba singularmente propicio para este diálogo constructivo, para esta feraz colaboración. Sus sociedades recibieron créditos, apoyos, estímulos y prebendas. Con lo que pudieron aumentar sus actividades e incluso Sincolesa entró en relación con una empresa americana (para lo que también vino muy bien el prestigio de Manolo en la Embajada USA) y acabaron colaborando financieramente, convirtiendo de hecho la sociedad en una especie de multinacional a pequeña escala, ya que se incorporaron al Consejo tres magnates norteamericanos de la Finch Corporation y se cambió la razón social por Sincolesa Hispanoamericana y en la División Latinoamericana se dedicó atención preferente a los mercados americanos de habla castellana.

Viajó en ocasión de ello Manolo a Méjico y vivió una nueva y sustanciosa experiencia personal, con evidentes implicaciones políticas. El secretario de Industria del gobierno mejicano le ofreció una calurosa recepción en uno de los salones del hotel María Isabel y se cruzaron discursos muy emocionantes. Dijo el licenciado Gálvez:

—Porque para nosotros, señores y amigos, la Madre Patria constituye el ejemplo y la guía de nuestra conducta y aunque las siempre felonas cuestiones temporales de la política nos obliguen a mantener una situación anormal, carente de relaciones oficiales, acá sabemos que Méjico y España se quieren y los cuates españoles están, como quien mismo dice, en su casa y estos contratos que hemos firmado, pues aseguran una próspera comunicación afectiva y financiera, y eso es lo que vale, no más…

Visiblemente emocionado, Manolo se levantó para dar las gracias y de su parlamento destacó esta frase:

—Como muy bien decía el señor licenciado Gálvez, Méjico y España están por encima de las contingencias temporales, ya que son ramas de un mismo tronco, soportes de una misma civilización, células, diría yo, de un mismo cuerpo vivo, que hablan un solo idioma, lo mismo para rezar, que para amar, que para combatir…

Le abrumaron con homenajes, visitas, regalos e invitaciones y terminó bastante harto de mariachis, que acababan siempre interpretando el chotis *Madrid*, de Agustín Lara. En el Palacio de la Presidencia admiró los murales de Diego Rivera, donde pone a parir a los españoles y se ve a un Hernán Cortés giboso y horrible y a los frailes y a

los arcabuceros extremeños violando delicadas inditas; pero eso no tiene que ver con el acendrado cariño de Méjico hacia la Madre Patria. Allá, en lo alto de su columna, está en su monumento el indio Cuauhtémoc, al que Cortés resulta que le quemó las plantas de los pies, y cada año, desde el balcón de la Presidencia (que fue, precisamente, vivienda de Cortés), sobre la maravillosa plaza del Zócalo, se da «el grito» y millares de personas insultan a coro a los gachupines (o sea, a los españoles), pero en el fondo nos quieren y la Madre Patria no se les cae de los labios.

También se interesó Manolo muy vivamente por el singular sistema político mejicano.

—Pos mire, señor —le explicaron—, como ustedes viven en una dictadura, y disculpe la manera de señalar, esta democracia nuestra quizá no la comprendan del todo…

La democracia mejicana consiste en que hay, de hecho, un partido único, llamado Partido Revolucionario Institucional (que ya es buena paradoja), o sea, en anagrama, PRI, que es el que funciona y el que mantiene a los de la oposición, que ya saben que no pintan nada. Pero hay elecciones (que siempre gana el PRI) y sindicatos (donde manda el PRI) y la industria avanza (los del PRI están en todos los consejos). Conoció Manolo al secretario de Gobernación, licenciado Luis Echeverría Álvarez, de quien ya se sabía que seis años después sería el nuevo presidente, aunque las elecciones son secretas y se llevan con todo rigor y el nombre del electo permanece tapado. La farsa es admirable; y pensaba Manolo para sus adentros que aquélla sí que era una «democracia original». Que ahí estaba, sin embargo, tenida por todos como buena y dictándonos lecciones.

Aparte semejantes consideraciones, el viaje fue muy positivo desde el punto de vista comercial y Manolo se trajo firmados todos los contratos y dejó establecidas conexiones con los dirigentes de las principales industrias mejicanas, que siempre eran españoles exiliados o hijos de españoles exiliados, aunque ya venían habitualmente a pasar sus vacaciones en España y lloraban cada vez que hablaban de ella.

Durante los años inmediatos, viviría Manolo tan sólo pendiente de los negocios, mientras el país continuaba prosperando a marchas forzadas. Sucedieron muchas cosas importantes. Por ejemplo, que un ministro impetuoso y vital, llamado Fraga Iribarne, que parecía ubicuo, porque estaba en todas partes casi al mismo tiempo, sacó adelante en las Cortes la nueva Ley de Prensa y desde entonces los periódicos comenzaron a criticar incluso al gobierno y a descubrir negocios sucios y a denunciar irregularidades administrativas y a pedir que viniesen películas verdes. Aunque en esta materia de espectáculos también había cierta «apertura», nadie se ponía de acuerdo en cuanto a su alcance. Porque unos opinaban que era corta, tímida, timorata y escasa, mientras otros la acusaban de excesiva, descocada y pecaminosa.

Dos acontecimientos impresionaron de modo especial a Manolo en estos años. Uno fue la independencia de Guinea, de donde tuvimos que marcharnos por imperativo de las modernas corrientes descolonizadoras y a pesar de cuanto habían escrito Areilza y Castiella en su libro de 1941. Por cierto que, con ocasión de la independencia guineana, se reveló, como eficaz asesor jurídico de la nueva nación africana y consejero áulico de su flamante presidente Macías, un notario llamado García-Trevijano Forte (don Antonio), que muy consciente de la independencia ética de los hombres de Derecho, no tuvo el menor inconveniente en ser parte contraria de la España en la que había nacido.

Compensando este hecho triste, vivió Manolo la gloria patriótica de la final de la Copa de Europa de Selecciones Nacionales de Fútbol, en la que España derrotó a la Unión Soviética por 2 a 1 en el abarrotado estadio Bernabeu y bajo la presidencia del Jefe del Estado que, naturalmente, estaba seguro de que íbamos a ganar y por eso asistió al apoteosis. Llovía a mares cuando Marcelino metió la cabeza con milagrosa oportunidad y dejó clavado al gigante Yaschin, logrando el memorable triunfo. El recuerdo de la División Azul flotaba sobre el estadio y aquella revancha, aunque tardía, llenó de júbilo a los buenos españoles. Que vivían bien, trabajaban a destajo (en la acreditada fórmula del pluriempleo), aumentaban aceleradamente su renta per cápita y, para colmo, veían cómo su equipo derrotaba a la fiera moscovita.

Sí; todo marchaba de primera en el país y Manolo sentía el orgullo de haber cooperado con su abnegación y su sacrificio al nacimiento del régimen, ahora consolidado en olor de muchedumbres. Porque el franquismo del país nadie podía discutirlo y Barcelona, por ejemplo, había recibido al Caudillo con un calor y un entusiasmo indescriptibles en su última visita a la Ciudad Condal, donde había permanecido varios días y donde había celebrado un Consejo de Ministros. Los catalanes eran conscientes —pensaba Manolo— de que gracias al despegue industrial de la nación, su economía se había potenciado y la región lograba unos índices de empleo totales, con la subsiguiente prosperidad material. Nadie se acordaba ya de las locuras federalistas y los historiadores habían demostrado que la Generalitat fue un fracaso en todos los órdenes. Para que la felicidad en la españolísima Cataluña fuese total, sólo faltaba que el Barga recobrara su pujanza; pero desde que Ladislao Kubala había dejado de vestir la camiseta azulgrana, el equipo no acababa de cuajar…

Fiel a su época y a la convocatoria de los máximos intereses nacionales, tampoco faltó Manolo (pese a su escasa afición taurina) a la presentación en la Monumental de Madrid del *Cordobés*, aquel muchacho que podía presentarse sin desdoro como una síntesis en traje de luces de la España en desarrollo. Pasó Manolo Benítez una infancia pobre, arrastrando todas las lacras de la guerra civil; pero con su talento, con su valor y con su esfuerzo, era ahora el ídolo nacional y su heterodoxa manera de torear, precisamente por el contraste de pareceres que despertaba entre los

aficionados, le había hecho millonario. Por consiguiente, su trayectoria personal estaba en claro parangón con la del país entero. La corrida comenzó con retraso, por culpa de una inoportuna lluvia y *El Cordobés* tuvo la suerte de que le cogiera espectacularmente el toro, con lo que su triunfo resultó total y su leyenda aumentó hasta el delirio.

Estaba una tarde Manolo en su casa de Somosaguas, cuando se presentó Alfonsiño. Las relaciones entre los dos continuaban siendo inmejorables, quizá porque los negocios comunes marchaban viento en popa. De un nuevo negocio quería hablarle su socio.

—Se trata de una cosa editorial. Me he enterado por casualidad y creo que tenemos que aprovecharnos. La idea es fenomenal.

—¿En qué consiste? —preguntó Manolo.

—En fundar una editorial de libros para chicos; obras infantiles y todo eso.

—¿Y crees que será un buen negocio?

—Espera, hombre. En el mercado nacional se venderá más o menos; pero eso no tiene importancia. El quid del asunto consiste en exportar a Hispanoamérica. ¡Millares de libros para los países hermanos que hablan nuestra lengua!

—¿Los querrán?

—¡Qué más da! Se trata de que, con la exportación, nos beneficiaremos de las primas estatales. Sólo tenemos que justificar que hemos mandado libros a manta. Cuando estén en América, probablemente no los querrá nadie; pero da lo mismo. Los vendemos a peso y en paz. Para los de aquí, estaremos abriendo mercados culturales y con las primas a la exportación haremos el negocio padre…

Manolo se quedó pensativo.

—Oye —dijo— eso me recuerda mucho el negocio de Matesa, que ya ves el follón que ha armado.

—Déjate de gaitas, Manoliño —le animó Corcheiro—. Todo consiste en conectar con alguien en Educación Nacional. Bueno, en Educación y Ciencia. ¿Tú conoces allí?

—Sí, tengo algún amigo.

—Pues nada, tú, adelante.

Crearon Editorial Juvenil Iberoamericana, S. A., en anagrama, Ejibesa. Nuevamente Carmiña fue elevada a la dignidad de presidente del Consejo; Manolo era administrador único y, modestamente, Alfonsiño quedaba como simple consejero. Lanzaron una colección muy bien presentada *(La Historia contada para chicos)* para la que escribieron varios autores de cierto prestigio, a quienes se compraba sus derechos por un tanto alzado.

En España tuvo bastante éxito, hasta el punto de que ya sólo con el mercado nacional se obtenían ganancias. Pero el negocio acojonante fueron las exportaciones a

Hispanoamérica, que consistieron en muchos millares de ejemplares, cuyas primas de exportación pagó puntualmente el Ministerio. Y la verdad era que tampoco allí dejaron de tener cierta aceptación los libros, hasta el punto de que no hubo que vender a peso más que un sesenta por ciento de los exportados.

Pero el negocio ofrecía perspectivas infinitas, que Alfonsiño supo aprovechar. Se trataba de interesar en el asunto a los volubles gobiernos de aquellos países hermanos, donde el soborno es tan normal. Entonces, Ejibesa invitó a visitar la Madre Patria a dignatarios de los Ministerios de Educación (o similares) de varias Repúblicas hermanas. Aquí se les trataba a cuerpo de rey y se les mantenía durante varios días en los más lujosos hoteles y se les paseaba por las zonas folklóricas y, en definitiva, se les deslumbraba. Un eficaz equipo de *public relations* se encargaba de este menester. Al propio tiempo se convencía a los dignatarios de los países hermanos (muy proclives a la convicción) del interés cultural de aquellas colecciones bibliográficas, que naturalmente se habían ampliado. A *La Historia contada para chicos* se unían ahora *Fauna y flora universales, Personajes ilustres de la historia* y *Paisajes y tradiciones ibéricas*.

Los dignatarios firmaban los contratos de compra de ediciones enteras, convencidos de que estaban cumpliendo una función culturizadora de sus países. Percibían, como puede suponerse, las pertinentes comisiones y regresaban a sus lugares de origen llevando en las retinas el recuerdo de Madrid *la nuit*, con sus tablaos flamencos maravillosos, con las deliciosas excursiones a El Escorial y al Valle de los Caídos, a Toledo y a Segovia e incluso (cuando el contrato era muy ventajoso para Ejibesa) a la Costa del Sol y a Sevilla en ferias. El negocio era redondo, ya que, además, Ejibesa seguía percibiendo sus primas del Ministerio, premiando la exportación de cultura. Lo que nadie supo nunca fue si los libros llegaron a leerse alguna vez en los países hermanos.

Pero Manolo consiguió ser elegido vocal de la Junta Rectora del sindicato correspondiente. Este reencuentro con la actividad política le llenó de júbilo, porque ya sabemos que, en el fondo, él seguía siendo siempre, por encima de todo, un hombre público. Entonces, multiplicó su actividad y se impuso el deber de agilizar el mecanismo sindical, dentro de las coordenadas que inspiraban las nuevas orientaciones oficiales. La verticalidad sindical ofrecía, gracias a las nuevas perspectivas de la ley, insólitas posibilidades para una integración total de las fuerzas obreras en la gestión del Estado. Estos criterios suyos merecieron especial atención de las jerarquías y Manolo pasó a formar parte del Consejo Nacional de Empresarios y mantuvo una fructífera reunión de trabajo con Pepe Solís.

La experiencia política de Manolo propició su éxito como mando sindical. A nadie le extrañó que formara parte de la delegación española que acudió a las sesiones de la OIT y que aquí desarrollase, en un bien trabajado discurso, las líneas

maestras de la idea oficial sobre los Sindicatos como aglutinadores de las fuerzas que convergen en el mundo laboral y que deben coincidir en sus empeños, porque se trata de fuerzas unidas en el interés, ya que de lo contrario se desencadena la fatídica lucha de clases, preconizada por el marxismo, pero que la Europa consciente no puede admitir.

Mientras desarrollaba esta labor política, del todo desinteresada (sus dietas como miembro de los organismos sindicales eran ridiculas), Ejibesa inundaba el continente americano con sus ediciones y los dignatarios de los países hermanos venían de continuo a la Madre Patria, invitados por la editorial, porque como allí los gobiernos cambian cada dos por tres, había que congraciarse con los nuevos dignatarios. No obstante las variaciones ideológicas de éstos, su reacción era siempre la misma y después de quince días en un lujoso hotel de Madrid y de las noches flamencas y de las excursiones por los alrededores de la capital y de los regalos para las esposas, los dignatarios firmaban los contratos y volaban hacia Hispanoamérica los paquetes de libros para las juventudes de aquellas entrañables naciones hermanas.

Manolo, ahora, iba siempre vestido de gris, y llevaba corbatas de Yves Saint-Laurent y zapatos italianos y unas gafas con montura de plata, porque ya no podía leer sin ellas. Nunca abandonaba su maletín Samsonite repleto de papeles, de folletos y de documentos y, en definitiva, había adquirido la imagen externa de lo que en el país se estaba llamando «un ejecutivo». Pero un ejecutivo con profundo sentido social, que se ponía de manifiesto en todas sus actuaciones en el Sindicato y muy especialmente cuando logró, en las deliberaciones del primer convenio colectivo de Artes Gráficas, sustanciales mejoras salariales para los trabajadores. Nada menos que un aumento del ocho por ciento en los salarios base, tres días más de vacaciones anuales y una prima de productividad del seis por ciento.

Se había comprado un Dodge-Barreiros, de los primeros que salieron de la fábrica, porque mantenía el principio de que era preciso ayudar a la industria nacional. Por eso mismo, cambió el seiscientos de su mujer por un Renault R-10 y el Dauphine del servicio por un Seat-1400. (Todos estaban a nombre de las sociedades, por lógicas razones fiscales). Y se compró un chalé en Navacerrada, para los fines de semana (a los que llegaba agotado) y otro en Fuengirola, pensando en el veraneo de los niños. Los niños crecían inexorablemente y con precocidad inaudita comenzaban a plantear problemas. Por ejemplo, Manolito se le presentó una mañana con una vieja fotografía suya, de cuando era delegado de Educación Física del Frente de Juventudes, en la que estaba con camisa azul y brazo en alto y le dijo:

—Papá, ¿por qué ibas vestido así?

Y él tuvo que decirle:

—Ya te lo contaré otro día.

Y rompió la foto, de la que ni se acordaba.

El día que cumplía los cincuenta años le sorprendió Alfonsiño, presentándose en Somosaguas a primeras horas de la mañana. Manolo había pretendido que la fecha pasara inadvertida, porque, en el fondo, le sabía a cuerno quemado aquello de pasar ya del medio siglo. Pero su socio irrumpió en el gabinete forrado de *boiserie* y le dio un abrazo muy fuerte y le dijo:

—Muchacho, hoy que cumples cincuenta años, te comunico que hemos firmado el contrato número cincuenta para la venta de libros en Hispanoamérica; que Inmobiliaria Celta, Sociedad Anónima, ha vendido en cincuenta millones de pesetas los terrenos de Alcobendas que compramos por quince y que nuestra multinacional, Sincolesa Hispanoamericana, liquida el ejercicio con cincuenta millones de beneficios. O sea, que la cifra resulta verdaderamente satisfactoria.

Comieron juntos en Horcher y Carmiña se empeñó en aguarle la fiesta a Alfonsiño.

—¿Por qué no te casas, hombre? —le decía.

Y él se defendía bravamente:

—Filiña, te recuerdo la frase clásica: ¿Por qué he de hacer infeliz a una mujer, pudiendo hacer felices a muchas?

—Pero ya tienes una edad…

—Cincuenta y siete. Estoy a punto de llegar a la plenitud del hombre.

—¿Y no te angustia vivir solo, en tu apartamento, sin el calor de una mujer al lado, sin una compañía?

—Mira, vivo como Dios. Tengo una asistenta que me lava la ropa, me plancha las camisas y tiene mi apartamento que da gozo verlo. Y no me faltan las caricias femeninas, ¿sabes?

Luego de cenar fueron a una sala de fiestas. La orquesta sonaba estrepitosamente a través de los altavoces. Era un ruido verdaderamente ensordecedor. Muchachos melenudos se agitaban en la pista junto a jovencitas con minifalda, en un auténtico estertor danzante. Para colmo, se encendían y se apagaban unas luces de colores que dañaban a la vista. Y estaban sentados en unas banquetas pequeñas, bajas e incomodísimas; o sea, que Manolo dijo de pronto:

—Vamonos; esto no hay quien lo aguante.

Y su mujer le sonrió:

—Estamos viejos, cariño.

Y dijo Alfonsiño:

—Déjate, estos sitios son insoportables.

Total; que se marcharon, mientras se escuchaban los maravillosos ritmos de los Beatles y de los Bravos, que eran la versión española de aquel frenesí musical.

El 22 de noviembre de 1966, aprobaban las Cortes Españolas la nueva Ley Orgánica del Estado que —según dijo Franco en su discurso— aseguraba el futuro del país y la continuidad del régimen. Tres semanas después, la nación ratificaba aquella ley en un referéndum masivo, que demostró palpablemente que España era franquista por encima de todo. Emilio Romero escribía en *Tiempo Nuevo*: «España está saliendo todavía, en régimen de convalecencia, de sus pasados males democrático-liberales. Precisamente la Ley Orgánica es un mecanismo, casi prodigioso, para ofrecer la conveniente dosis de democracia que no asfixie. El dispositivo de seguridad es el Ejército sin que, como ocurre en otros países, el Ejército sea el protagonista de la política».

El futuro del país, por tanto, resultaba ahora que iba a ser monárquico en cuanto a su forma constitucional. Manolo buscó en los viejos archivos familiares, hasta encontrar una fotografía de don Alfonso XIII, dedicada a su abuelo, que colocó en marco de plata junto a las demás que decoraban su habitación. Más al día, Carmiña pidió a su madre que le enviase una que tenía del conde de Barcelona y que le había firmado en ocasión de cierto viaje que desde Vigo hicieron a Estoril y que aprovecharon para visitar a don Juan, que entonces recibía encantado en «Villa Giralda» a todos los españoles que por allí se acercaban (y que no eran muchos) y les regalaba con sumo gusto un retrato con su autógrafo.

La Ley Orgánica afectaba de manera importante a los Sindicatos, cuyo carácter popular se realzaba, al quedar constituidos por «todos los españoles, en cuanto participan en el trabajo y en la producción». Se ratificaba el principio de unidad sindical destacándose la «base representativa» y aunque la constitución de asociaciones de empresarios, técnicos y trabajadores anticipaba una constructiva pluralidad de criterios, el fructífero porvenir del sindicalismo español quedaba a resultas de posteriores normas legislativas.

Con base en estas líneas maestras, escribió Manolo un documentado artículo («La estructura dinámica de la Organización Sindical») que mereció grandes alabanzas de las jerarquías correspondientes y, sin duda, influyó en su inmediato nombramiento como miembro de la Unión Nacional de Empresarios. Incluso sonó su nombre como posible vicesecretario de Ordenación Económica, pero por muy buena voluntad que se le echase, el cargo no era compatible con los Consejos de Administración y Manolo lo rehusó modestamente. Aunque continuara aportando su esfuerzo y su conocimiento del tema laboral en inferiores estratos.

El 18 de julio de 1967 fue invitado a la recepción de la Granja. Vistió para semejante acontecimiento el antiguo uniforme del Partido, pero con camisa blanca. Había engordado un poco y la guerrera le entraba con cierta dificultad; colgó sobre la pechera sus muchas condecoraciones y acompañado por Carmiña (que estrenó un

traje largo, color salmón, precioso) se deleitó con la actuación del bailarín Antonio y con las canciones de Juanita Reina, pero sobre todo, alcanzó de nuevo el honor de estrechar la mano del Jefe del Estado. Y como era amigo de Olegario, el fotógrafo de Cifra, consiguió que le retratara en ese momento. La foto pasó (enmarcada también en plata) a la colección de su estudio privado.

Gracias a su inmensa capacidad de trabajo, lograba Manolo hacer compatible su labor en la Organización Sindical con la gestión de los negocios privados; bien es cierto que en éstos, la ayuda de Alfonsiño le resultaba fundamental. Y de esta doble actividad se derivaban beneficios también dobles; porque si el Sindicato cumplía una función de integración de los dispares intereses empresariales y productores de una manera perfecta, las empresas de Manolo aumentaban sus beneficios de forma impresionante. Sobre todo, Ejibesa, que editaba colecciones y colecciones y las exportaba a Hispanoamérica en grandes cantidades y fue propuesta como «empresa ejemplar» porque pagaba a sus trabajadores el doble de los salarios estipulados oficialmente.

En septiembre de 1970, el ministro delegado nacional de Sindicatos sufrió un infarto de miocardio y Manolo, después de interesarse cumplidamente por su estado (le habían internado en La Paz) optó por dimitir de sus cargos en la organización. Fue una decisión prematura, porque el ministro (afortunadamente) se recuperó de su dolencia y volvió al gobierno e incluso, en el siguiente gabinete, aumentó su categoría a la de titular de Relaciones Sindicales. Pero en realidad, Manolo estaba ya fatigado por su actuación pública y se creía con derecho a gozar de un reposo merecido.

De esta forma tan discreta, con una humildad verdaderamente ejemplar, Manolo Vivar de Alda cerraba el ciclo de sus servicios al régimen. Porque (aunque él no lo sabía entonces) ya nunca más cobraría de la nómina del Estado (bien es cierto que esta grosera consecuencia de la labor política jamás había sido el determinante de su actuación). Un biógrafo consecuente hubiese detallado entonces todos estos cargos suyos a lo largo de treinta y cuatro años de eficaz gestión pública: jefe provincial de Propaganda de FE de las JONS (1936-1937), inspector general de Publicaciones y Medios Difusores de FET y de las JONS (1937), delegado de curso del SEU en la Facultad de Filosofía y Letras (1939-1940), delegado provincial de Educación Física y Deportes del Frente de Juventudes (1941-1943), asesor de Prensa y Publicaciones de la Delegación Nacional del Movimiento (1943-1948), profesor de la Escuela de Mandos José Antonio (1943-1945), director general de Explotaciones Forestales y Piscícolas (1948-1952), procurador en Cortes (Segunda Legislatura), asesor para cuestiones de prensa y relaciones públicas de la Presidencia del gobierno (1957-1962), presidente del Consejo Provincial de Empresarios (1963-1970), miembro de la Unión Nacional Sindical de Empresarios (1967-1970).

En cuanto a condecoraciones, podía presentar todas éstas (y quizá algunas otras de menor cuantía de las que ya ni se acordaba): Orden Imperial del Yugo y las Flechas, Cruz de Cisneros al Mérito Político, Gran Cruz del Mérito Agrícola, Víctor de Plata del SEU, Medalla de Oro de la Juventud, Medalla de Oro de la provincia de Vizcaya, Medalla de Oro del Ampurdán, Medalla de Oro al Mérito Sindical, Cruz de Alfonso X el Sabio de primera clase, Medalla de Oro al Mérito Deportivo.

Y además, el Garbanzo de Plata y el Pimiento de Oro y la M de Macanudo del Club de Prensa Latina y los títulos de Hijo honorífico de Almunia de doña Godina, logroñés del año, baturro de adopción, empresario ejemplar, industrial predilecto, bilbilitano prohijado, socio de honor del Real Madrid (con escudo de oro y brillantes), miembro honorífico de la Peña Chicote, gaitero mayor del Centro Asturiano de Madrid, cronista oficial de la villa de Beniparrell, alcalde honorario de Picasent, huésped predilecto de Alfafar, clavario mayor de la Real Archicofradía del Cristo de la Buena Muerte y el Rostro Hermoso, de Archidona, y hermano de la Congregación del Bendito Sepulcro y Nuestra Señora del Más Puro Amor de Liancres. Además de un largo etcétera que sería cansino relatar.

Pues bien; Manolo cerró este capítulo de su vida (que más que un capítulo, era toda su vida hasta entonces) y echó sobre él borrón y cuenta nueva. Su proverbial modestia le llevó a olvidarse de cuanto había hecho en favor del régimen y al servicio de España y comenzó a molestarle incluso que algunos se lo recordasen. Le fastidió por ello, muy singularmente, que una mañana que había ido a visitar los locales de Sincolesa Hispanoamericana, S.A., se le presentara, de pronto, Enrique Carrasco.

—¿Qué haces tú aquí? —le preguntó.

—Pero ¿no te has enterado? Trabajo para tu empresa.

—Hombre, me alegro.

—Y, además, soy enlace sindical.

—Estupendo. Porque estoy seguro de que comprenderás la necesidad de que exista una estrecha colaboración entre la empresa y sus productores.

—Ni se duda. Y de que pongáis ya en nómina a los treinta y tantos que siguen como eventuales después de ocho meses de servicio. Y de que deis de alta en la seguridad social a los aprendices y a las mujeres de la limpieza.

—¿Es que no lo están?

Palabra de honor que lo ignoraba. Y que inmediatamente dio las oportunas órdenes para que fuese subsanada la grave deficiencia laboral. Y habló con Alfonsiño para que supiese quién era aquel productor que tenía en la empresa.

—Un tío raro, oye —le dijo—. Un falangista de los que siguen creyendo en la doctrina de José Antonio. Súbele el sueldo, a ver si así deja de incordiar.

Aprovechó el verano para realizar, con Carmiña y los niños, un crucero por el Mediterráneo. Fueron en el *Monte Umbe,* de Aznar, y conocieron países

maravillosos: Grecia, Líbano, Egipto, Túnez. Sudaron todo lo que tenían que sudar y regresaron molidos, porque estos cruceros sirven fundamentalmente para agotar de forma total a quienes participan en ellos. Pero después presumieron mucho, proyectando las diapositivas que habían tomado durante el viaje; Manolo, con fez y encima de un camello, frente a las pirámides. Manolo, ante las ruinas de Babeek; Manolo, en el Partenón; Manolo, con un gorrito marinero, en la proa del buque. Alfonsiño, que seguía con su tremenda sinceridad, le dijo:

—Pues se te nota que estabas harto del viaje…

Carmiña se fue a Vigo, con los niños, a pasar unos días con su madre y Manolo quedó con Alfonsiño, programando la actividad de las sociedades en el inmediato otoño. Cenaron varias noches en Riscal, donde había unas putas gordas que alejaban toda idea de pecado y también fueron a La Riviera y a Florida Park y escucharon las dulces canciones de Manzanero y los cuplés de Sara Montiel, que estaba gruesa pero que cantaba con mucho gusto y los aires mejicanos de Pedro Vargas.

Una de esas noches, Alfonsiño le sugirió a Manolo:

—Deberías pedir una audiencia con el príncipe.

—Me cae muy bien, oye —reconoció Manolo.

—Motivo de más. Puedes buscar cualquier excusa; por ejemplo, regalarle unos libros de nuestras colecciones para sus hijos.

—Es una excelente idea —amartilló Manolo—. Porque, además, tú ya sabes que yo soy monárquico de toda la vida.

—Pues por eso… —sonrió Alfonsiño, mientras se bebía un largo trago de whisky, para que no se le notara en el gesto el pitorreo.

IX

Trabajaba en su despacho de Imporgasa, cuando sonó el teléfono directo y reservado. Le llamaba Carmiña, con la voz alterada, con una excitación nada frecuente en ella.

—¡Manolo, Manolo! Tienes que venir en seguida; he de hablarte urgentemente…

—¿Pero qué pasa?

—La niña… la niña, que dice que se va de casa…

—¿Qué estupidez es ésa? ¡Si aún no tiene dieciocho años! Dale un sopapo y ya le arreglaré yo las cuentas a la hora de cenar…

—¡No, por Dios, Manolo, créeme que hay que hablar con ella! Se ha encerrado en el cuarto, ha puesto a todo volumen el tocadiscos y a mí me parece, incluso, que está fumando hachís o alguna porquería de ésas, por el olor que sale de su habitación.

—Voy ahora mismo…

Nunca como aquel día lamentó tanto vivir en Somosaguas; a media tarde, la circulación por el centro de Madrid era endiablada y tardó casi media hora en cruzar la Gran Vía. Ya en la Casa de Campo, el mecánico aceleró cuanto pudo y, por fin, llegaron al chalé. En la puerta estaba Víctor, el mozo de comedor, con una especie de ataque de nervios. Era muy fiel a la familia, quería mucho a la niña y estos maricas, ya se sabe, dramatizan en seguida las situaciones.

—¡Ay, señor, qué desgracia más grande! —gimoteó.

Casi le arrolló Manolo, al saltar de dos en dos los escalones de la entrada; Carmiña se paseaba por el salón, fumando nerviosamente.

—¿Pero qué diantres ocurre?

Carmiña se le abrazó llorando.

—No sé qué le pasa a la niña… Está como enloquecida… Intenta tú hablar con ella…

Manolo fue hacia la escalera.

—Oye… —se detuvo para escuchar a Carmiña—. Por favor, ten calma…; no te dejes llevar por los nervios… Y sobre todo, no se te ocurra pegarle…

Sin hacer comentario alguno, Manolo reinició la subida. Se paró unos segundos frente a la puerta de la habitación de su hija; pasó una mano por el poco cabello que le iba quedando; se aflojó, sin saber realmente por qué, la corbata. Y llamó con los nudillos, al tiempo que decía:

—Nena… soy papá.

Silencio. Insistió:

—Por favor, hija. ¿No crees que debemos hablar?

Silencio. Volvió a golpear con los nudillos la puerta, algo más fuerte que antes, aunque no tanto como hubiese deseado:

—¡Vamos, hija, no seas boba! Si sólo quiero que dialoguemos un poco…

Se abrió la puerta de improviso y Carmencita apareció frente a su padre, vestida con un quimono corto azul y con el pelo suelto. Estaba verdaderamente guapa (pensó Manolo) y, desde luego, aparentaba más edad de la que tenía.

—Hola, padre… —saludó sin mayor entusiasmo.

—¿Puedo pasar?

—Pues claro…

Entró, cerrando la puerta con cuidado.

—Dame un beso ¿no?

—Encantada, oye…

Le besó en la mejilla con una absoluta frialdad. La habitación estaba cargada de humo, aunque a Manolo solamente le olió a Celtas puros y simples. Sobre las paredes colgaban los posters que había comprado la niña durante sus últimas vacaciones en Londres; posters que reproducían las conocidas efigies del *Che* Guevara, de Mao Tse-tung, de Marión Brando. Había asimismo unas fotografías en color, de regular tamaño, que representaban a dos mujeres desnudas, tiernamente enlazadas sobre un diván y a punto de darse un beso.

Manolo se sentó en la cama; su hija (que iba descalza) lo hizo en el suelo.

—Bueno, vamos a ver, nena, ¿qué te pasa con mamá? —comenzó con voz suave, procurando la máxima dulzura.

—Que tu mujer es una antigua, padre. Y le echa en seguida cuento al tema…

—¿A qué tema?… —se aventuró a preguntar Manolo.

—Al del empleo. ¡Ah, es que tú no lo sabes! Claro, como apenas te veo… Voy a emplearme.

—Me parece muy bien. Ahora comprobarás lo útil que te resulta el inglés que has aprendido en tus veranos de Londres…

—No, si en realidad los idiomas no hacen falta para lo que voy a hacer. Se trata de trabajar por las noches en El Cerebro, como *gogo-girl*. Igual no sabes tampoco lo que es eso…

El gesto del padre fue elocuente; no, no lo sabía.

—Pues consiste en bailar sobre una especie de tarima, que está iluminada… al mismo tiempo que la gente ¿comprendes? Y como en plan mono, de exhibición; es que yo bailo pop colosalmente, aunque vosotros tampoco os habéis enterado. ¡Ah, bueno! Y me pagarán tres verdes por semana. No está mal, ¿eh?

¿Qué decir? ¿Cómo reaccionar? Tardó unos segundos en ordenar sus ideas; tanto, que su hija le preguntó, mientras le ofrecía un cigarro (efectivamente, un Celta):

—¿Te has quedado mudo, padre?

—No, hija, no; pero es que… no sé cómo decírtelo. Antes que nada, quiero que comprendas que yo procuro ser un hombre de mi tiempo y creo que puedes dar fe de

que siempre os he tratado a tu hermano y a ti como un amigo; no sé, intentando despojar mi relación con vosotros de todo autoritarismo…

—¡Ay, no te enrolles…! ¿Vendrás a verme debutar? Creo que será el martes.

—¿El martes? El martes me voy a Estocolmo. Por cierto… —le vino una idea salvadora, genial—. Por cierto, que yo pensaba que me acompañaras tú, que tienes tantas ganas de conocer los países nórdicos… Me ayudarías como intérprete y cuando yo volviese, podías quedarte allí una o dos semanas, haciendo el recorrido de los fiordos y todo eso. A la vuelta hay una escala en Copenhague. ¿No te apetecía mucho conocer Copenhague?

A la chica le había hecho impacto la propuesta paterna. O sea que, sin aparentar (eso sí) la menor emoción, dijo:

—Oye, es mono el plan. Después de todo, los del Cerebro tienen chicas a montones para sustituirme. Me iré contigo…

Manolo optó por quitarse del todo la corbata, cuyo nudo había ido aflojando progresivamente durante el diálogo.

—Ya verás qué bien lo pasamos, nena…

—Contigo, lo dificulto, majo. Pero conste que me has prometido dejarme luego quince días a mi aire…

—Claro, claro. Bueno, pues arréglate un poco y baja a ver a mamá, que está muy preocupada.

—Lo que tiene mamá es cosa de la edad; el climaterio…

—¡Carmen! Habla de tu madre con más respeto…

—¡Huy, cómo os ponéis en cuanto se os recuerdan cosas que no os gustan! Porque sabes de sobra que es verdad. Y que tú tampoco la ayudas nada, porque me da en la nariz que ya no te gusta sexualmente…

—¡Carmen! —Manolo se había irritado ostensiblemente—. Te advierto que puedo darte una bofetada…

—Como poder, claro que puedes. Pero no es ése el sistema dialogante que se recomienda ahora, viejo.

Procuró serenarse.

—Bueno, bueno, hasta ahora; no tardes…

Apenas estuvo en el salón, se sirvió un whisky. Carmiña estaba en su habitación; pero llegó en seguida, al oírle.

—¿Qué? —preguntó con ansia.

—Nada, mujer. Todo arreglado.

—¿De verdad?

—De verdad. Se viene conmigo a Estocolmo, como intérprete…

—Pero cuando volváis…

—Ella se quedará algunos días más por allí… Tengo amigos que la cuidarán, no

te preocupes. Y esa locura del bailoteo se le pasará con la distancia.

—¡Dios lo quiera!

—Tómate una copa de algo; la necesitas…

Carmiña se sirvió un gin-tonic; se sentó en el sillón, cerró los ojos.

—¿Por qué, Señor, por qué? ¿Por qué este castigo? —dijo, como pensando en voz alta.

—Tampoco creas que es exclusivamente nuestro, querida. El chico de los Planas, aquel que decías que era tan listo, ¿recuerdas? Pues ha dejado la carrera de medicina y toca la guitarra eléctrica en un conjunto pop. Lo más grande es que se está forrando a ganar dinero.

—¡Dinero, dinero, dinero! Sólo piensas en el dinero…

—No sabía que te molestara, cariño…

—Y a lo mejor, por tanto pensar en el dinero y en los negocios y en la política, resulta que no te has ocupado de tus hijos como debieras.

—Para eso estabas tú, sin nada absolutamente que hacer.

—Y me he ocupado de ellos. ¿O no lo sabes? Y les he llevado a los mejores colegios y por si algo faltaba, han tenido profesores particulares.

—Que nos decían que no se les debía reñir y que ojo con darles nunca un sopapo. ¿Quieres que te recuerde aquella vez que nos llamaron a una reunión de padres en el colegio, cuando Carmencita tenía diez o doce años y yo armé el mitin porque había una directora muy imbécil que sólo sabía decirnos que los hijos necesitaban comprensión y diálogo y cuando yo opiné que una bofetada a tiempo es muy útil, casi me expulsa de la reunión? Por cierto, que tú bien que defendías aquellas teorías pedagógicas. ¡Pues toma ahora teorías, cariño!…

—¡No, si aún resultará que la culpa es mía!… —se irritó Carmiña—. ¡Hasta ahí podíamos llegar! ¡No te lo consiento! ¡Entérate bien! ¡No te lo consiento!

—¡Estás nerviosa, querida!…

—¡Estoy como me da la gana!

—Anda, serénate. Yo comprendo perfectamente que a tu edad, las mujeres sois muy propensas al histerismo. Pero piensa…

—¡Manolo! —Carmiña dio un grito desusado en ella—. Si pretendes insinuar que estoy menopáusica…

Entonces se escuchó la suave voz de Carmencita, que llevaba un rato en el umbral de la puerta del salón, sin que sus buenos padres se hubiesen enterado y que dijo, con una guasa tremenda:

—¡Por Dios, mamá, modera tu fraseología! Y quédate tranquila, que estás joven y bella cual estrella de Hollywood. ¿Me puedo tomar una coca-cola?

Era desconcertante, incomprensible. De pronto, se sintió cariñosa y cubrió de besos a su madre y de zalemas a su padre, y como los padres se convencen en

seguida, pareció talmente que allí no hubiese ocurrido nada y el emocionante conjunto, al que después se agregó Manolito, que llegaba del colegio con la preocupación de si iban o no a televisar el próximo partido del Real Madrid en la Recopa, podía haberse ofrecido como una estampa de la Sagrada Familia, trasladada del Nazaret del año 1 de nuestra Era, al 1970, también después de Nuestro Señor Jesucristo.

La prosperidad económica de Ejibesa había exigido aumentar sensiblemente la nómina de trabajadores y ahora eran ya más de cincuenta, lo cual traía graves implicaciones jurídico-laborales, según les explicó a Manolo y a Alfonsiño el profesor Alonso, ilustre especialista en la materia, a quien fueron a consultar. Para colmo, entre los nuevos trabajadores incorporados había uno que parecía empeñado en sembrar la discordia dentro de la empresa, planteando toda clase de problemas y de reivindicaciones sociales. Sabiamente, el profesor Alonso les advirtió:

—Piensen ustedes que el mundo laboral está cambiando a pasos agigantados. Ahí tienen la reciente huelga en la factoría de Pegaso y los problemas de la Seat. Porque aunque la huelga sigue siendo ilegal, la estamos padeciendo de hecho.

Manolo recordó sus estudios sobre el tema:

—Pero la huelga no es sólo ilegal, señor letrado, sino que es un delito.

—Bueno, bueno… Eso está muy bien en teoría y sirve para ganar luego los pleitos en la Magistratura; pero no para evitar el hecho físico de la huelga. Máxime, con el auge que están tomando dentro de las grandes empresas las Comisiones Obreras.

—Que también son ilegales, porque son comunistas —precisó Manolo.

—Según su líder, un tal Marcelino Camacho, no son comunistas —aclaró Alfonsiño—. Es más, Camacho ha asegurado que repudia el comunismo como fórmula política…

Bueno; en Ejibesa había problema y el problema lo promovía aquel trabajador de la sección de contabilidad, oficial administrativo de primera.

—Quiero conocerle y hablar con él muy seriamente —dijo Manolo—. Porque ya sabéis mi teoría; al toro hay que agarrarle por los cuernos. ¿Cómo se llama?

—Llaneza.

—Es curioso. Así se llamaba un jesuita que fue muy amigo mío, hace más de diez años…

El señor Vivar de Alda, administrador único de Ejibesa, llegó a las diez de la mañana a las oficinas de la empresa, ocupó el sillón forrado en beige del despacho del director gerente (que le destrozó el pantalón de su nuevo traje gris, porque el forro era de plástico, y no transpiraba, y por eso el sudor le dejó lamentables cercos) y pidió que le trajesen al oficial administrativo de primera señor Llaneza.

A los pocos minutos, previa petición de audiencia muy correctamente expresada («¿Da usted su permiso?»), tenía delante a un hombre algo mayor que él, calvo, con barba entrecana y vestido con un jersey gris de punto y unos pantalones negros de pana, que sorprendentemente le saludó diciendo, al tiempo que le alargaba la mano:

—¡Hola, Manolo, cómo estás!

Estrechó Manolo aquella mano que tan campechanamente se le ofrecía y sin duda el productor notó que no le recordaba, por lo que tuvo que hacerle algunas precisiones:

—Pero, caramba, ¿tan viejo estoy? Bueno, es verdad que me he quedado sin pelo y que en la Compañía no nos dejaban llevar barba…

Entonces, cayó Manolo, que como bajando de una nube, no pudo reprimir el taco:

—¡Coño, no me digas que tú eres el padre Llaneza, el jesuita!

—Bueno, lo he sido; ya no lo soy —aclaró el oficial administrativo de primera.

—Siéntate; siéntate y cuéntamelo, porque esto no hay Dios que lo entienda.

—Modera tus palabras, condenado… —bromeó Llaneza.

—Pero vamos a ver, caramba. La última vez que te vi estabas en La Barranca, preparando unos sermones. Se decía de ti que ibas para provincial de la Compañía de Jesús.

Llaneza encendió un cigarro.

—Poco después comprendí que toda mi vida había sido un error tremendo. Dejé la Compañía y me incardiné como simple sacerdote diocesano en Salamanca. Fui uno de los primeros curas-obreros del país y me comprometí en las luchas del mundo laboral. Oye, Manolo, hay mucha injusticia social en España. Me afilié a las Comisiones Obreras y me nombraron miembro del Comité Central del (ilegal) Partido Comunista…

—Pero eso es una barbaridad…

—Te parecerá a ti. He estado dos años en la cárcel concordatoria de Zamora, ya que, como puedes suponer, sigo siendo cura. Aunque no ejerzo hace tiempo.

—O sea, ¿que no dices misa y todo eso?

—No, no. A pesar de que los camaradas de prisión me llaman todavía «Pepe, el cura», yo he conseguido ver claro; y me sitúo dentro de un humanismo libertario… No debe existir choque entre la fe y el compromiso con la vida. Eso es una pesadilla de los pusilánimes…

Manolo, realmente, no acababa de entender nada. Preguntó:

—Pero vamos a ver, Pepe, cuando eras asesor eclesiástico del Frente de Juventudes…

—Vivía en un error tremendo, del que me arrepentí de una manera total. Había desertado del pueblo, pero he vuelto a la masa germinal de la tierra. Eso significa renunciar a todo privilegio. Ganarse la vida con el esfuerzo depurador. ¡Bajar, bajar!

Tú no puedes entenderlo…

—Pues, mira, no —confesó Manolo.

—Ahora soy un militante obrero y pienso que se puede ser cura y pertenecer al Partido Comunista…

—Perdona —se atrevió a decir Manolo—, pero recuerdo que en cierta ocasión, dando una lección en un campamento del Frente de Juventudes, nos convenciste de que el comunismo era intrínsecamente perverso y totalmente contrario a los principios de la religión católica…

—Pero entonces estábamos obsesionados con Trento, y ahora el Vaticano II nos ha abierto los ojos a la verdad. Conste que mi actual actitud no es ni de exaltación triunfante, ni de tajante condena. Mi fe cristiana y mi compromiso político-social constituyen un matrimonio bien avenido. Eso es todo. Yo creo en la Iglesia de Jesús, en la Iglesia pecadora de los pecadores; no creo, naturalmente, en la broma de Lourdes, de Fátima y, sobre todo, de Roma. La Iglesia, convéncete, necesita democracia.

—Tú reconocías ciertos deberes de obediencia, como resultado de unos votos que habías hecho… —insinuó Manolo.

—Hoy necesitamos en la Iglesia un sentido de libertad y de liberación, que nos obliga, vuelvo a decírtelo, a «bajar» al pueblo…

—Bueno, bueno…

—Como consecuencia de todo ello, en busca de nuevas formas de convivencia, he iniciado un expediente para conseguir mi canónica reducción al estado laical.

—¡Ah! —suspiró Manolo, quitándose un peso de encima.

—Y quizá me case, en su momento, con una empleada vuestra de la sección de cuentas extranjeras, que es una mujer maravillosa, con la que vivo hace más de un año. Tenemos un niño de tres meses, precioso.

—Enhorabuena, Pepe…

Pensó pedirle que no exaltara el ánimo de los proletariados y que antes de promover follones en la empresa, hablara con él sobre las reivindicaciones, pero estaba tan perplejo, que no encontró la manera de hacerlo. Con lo que solamente supo decirle:

—En fin, querido, aquí, como habrás visto, procuramos tener un sentido social de las relaciones entre la empresa y sus obreros, porque tú me conoces y sabes bien que siempre me ha gustado mantener el diálogo…

—No eres de los peores —concedió Llaneza—. Pero las estructuras tienen que cambiar y debéis ir aceptando esa exigencia inapelable del tiempo en que vivimos. Yo te recomendaría que fueses leyendo a Mao…

—Tengo sus obras completas —mintió Manolo.

Y se despidieron con muchísimo afecto.

El recibimiento que Madrid tributó a Nixon fue verdaderamente apoteósico. Y confirmó la total identificación del pueblo español con su Jefe del Estado. También el ex presidente De Gaulle vino a España y con ello demostró que era otro de los que acababan reconociendo la razón del Caudillo. Por si algo faltaba para confirmar el esplendoroso momento del régimen, Urtain derrotaba por K. O. al alemán Peter Weiland en el Palacio de los Deportes de la capital (cinco mil pesetas la fila de ring y abarrotado) y obtenía el título de campeón de Europa de todos los pesos. Encima, seguía triunfando por esas plazas *El Cordobés*, sobre cuya vida escribían un *best-seller* los franceses Lapierre y Collins quienes, a pesar de su evidente mala intención, tenían que acabar reconociendo la creciente prosperidad de España y publicaban una foto del torero cazando con Franco. Toda una lección gráfica de democracia orgánica.

La apertura política pudo constatarse cuando la selección nacional de fútbol tuvo que jugar en Moscú contra la Unión Soviética y todos los españoles que lo desearon pudieron marchar al siniestro país, cuna del comunismo sectario. Manolo fue uno de ellos y junto con Alfonsiño se apuntó en uno de aquellos viajes chárter que, además, salían muy baratos. Volaron con Iberia hasta Amsterdam y Estocolmo y desde aquí, ya en Aeroflot, hasta la capital soviética. Por cierto que el vuelo salió con seis horas de retraso, lo que justificó el patriótico comentario de Manolo:

—En las líneas aéreas españolas, estos retrasos no se producen nunca.

La primera noche los alojaron en un hotel que estaba como a unos veinte kilómetros de Moscú y en el que las habitaciones no tenían cuarto de baño. A los dos días, les trasladaron al Rossia, que gozaba de fama de hotel de lujo, aunque las toallas estaban deshilachadas y cuando se les ocurrió pedir una botella de agua mineral, por la noche, la señora que regía el piso (y que parecía un sargento de cosacos del Don) sufrió un ataque de risa. Tenían que desayunar a base de vodka, porque a las ocho y media dejaba de servirse el desayuno y ellos, naturalmente, no estaban dispuestos a madrugar. Y visitaron, saltándose la cola de millares de ciudadanos (porque para algo les dirigía Intourist, la empresa estatal de turismo), la tumba de Lenin.

Lenin parece una figura del Museo de Cera de Madame Tussaud y tiene una mano cerrada y la otra abierta, y produce cierto repeluco. Sin embargo, los rusos desfilan frente a la momia con un respeto, una admiración y una devoción muy superiores a los de los fieles católicos que visitan Lourdes. Iba en el grupo un cachondo madrileño, que a la salida le preguntó al guía, un muchacho joven que hablaba perfectamente el español:

—Oiga ¿y dónde están enterrados los zares?

Y el guía, con absoluto convencimiento, le contestó:

—El zar Nicolás II y su imperial familia huyeron a los Estados Unidos con el oro del pueblo soviético y allí murieron…

Manolo comentó con Alfonsiño hasta qué punto un lavado de cerebro a escala

nacional había permitido que aquel país creyera en todo lo que desde arriba se le explicaba y reconoció, sin embargo, que los rusos eran comunistas convencidos y se sentían la mar de felices y trabajaban como enanos y hasta conseguían competir con los Estados Unidos en la aventura espacial.

—Claro que aquí no hay huelgas —sentenció Manolo.

Estuvieron en el estadio Lenin, con sus banderitas españolas y detrás de ellos formaba la Peña «El Cordero», de Vallecas, que atronó con sus cánticos y con sus voces de aliento, mientras los altavoces transmitían pasodobles típicos. Pero esta vez no hubo fortuna y ganó el equipo de la URSS, bien es verdad que ayudado por las inoportunas lesiones de los defensas de la selección española. Aquella noche, para compensar el dolor de la derrota, Manolo y Alfonsiño se emborracharon con champán del Cáucaso y a las dos de la mañana paseaban por la plaza Roja, gritando a todo gritar:

—¡Franco, sí; comunismo, no!

Otros grupos de españoles se unieron al gamberrismo patriótico, pero el Buró Central había dictado unas normas muy severas sobre el respeto que debía tenerse con los visitantes españoles y nadie hacía ningún caso de aquellos celtíberos enloquecidos, que controlaban entre aplausos los pasos de los rígidos guardianes del Mausoleo de Lenin, que salen de una de las esquinas del Kremlin cuando comienzan a sonar las campanadas de la nueva hora y llegan, en perfecta sincronización, al relevo cuando terminan estas campanadas.

Al regresar a Madrid, Manolo traía para su mujer unos muñequitos de esos que se repiten a distintos tamaños dentro de sí mismos y unas blusas de hilo bordado y latas de caviar y varias botellas de vodka. Pero, sobre todo, traía el convencimiento de que aquel sistema político nunca podría ser admitido por un ciudadano normal del occidente europeo.

—Son muñecos, oye —explicaba—. Piezas de un mecanismo que les dirige sin contar con ellos.

—¿Y no hay *boutiques* en Moscú? —preguntaba Carmiña, a quien los regalos de Manolo no le habían gustado demasiado.

—¡Pero qué dices, cariño! Los almacenes son comunales, como el de la plaza Roja, donde todo es *standard*. Luego están las *berioskas* de los hoteles; allí no se puede comprar (y pagando en dólares) más que estas cosas que te he traído. ¿O es que el gorro de astracán no te gusta?

Y Carmiña reconoció que sí, que era bonito.

Manolito —¡cómo pasa el tiempo!— iba a terminar pronto su bachillerato y manifestó el deseo de estudiar Ciencias Económicas, con la natural satisfacción de su padre. Aunque a Manolo le preocupaba muy seriamente la situación de la

Universidad, donde los altercados eran continuos y los estudiantes apenas entraban en clase y últimamente habían organizado un follón respetable como protesta por la curiosa idea del ministro don Julio Rodríguez (todavía no revelado entonces como especialista en García Lorca) de alterar el calendario académico y hacerlo coincidir con el año natural. El *campus* universitario se había convertido, como decían los chistosos, en un *campus* de batalla y los guardias de la Policía Armada (los «grises», les llamaban los estudiantes) tenían que cargar cada dos por tres y hacer uso de las mangueras.

Comentando este desbarajuste, esta grave quiebra del orden público, Manolo le confesó a Alfonsiño:

—¡Si viviera don Camilo, esto no sucedería!…

—Pero eso no se te ocurra decírselo a Fujardo…

Daniel Fujardo Martínez, treinta años, doctor en Derecho por la Universidad de Bolonia, doctor en Ciencias Económicas, intendente mercantil, graduado en Ciencias Empresariales por la Universidad de Illinois (USA), soltero, calvo (¡cómo no iba a estarlo, habiendo estudiado tanto!), con una barbita puntiaguda que recordaba (de propósito, quizá) la de Lenin, se había incorporado al grupo de empresas de Manolo, porque éste y Alfonsiño llegaron a la conclusión de que aquel *holding* que habían creado sin apenas darse cuenta, alcanzaba ya tal importancia que era indispensable contar con un experto. Los viejos amigos de la Obra (con quienes seguía Manolo llevándose muy bien, aunque se vieran poco; pero no por eso dejaba de seguir prestando su ayuda económica a la Universidad de Navarra) les recomendaron a Fujardo, cuyas dotes de capacidad y cuyos conocimientos glosaron al máximo.

¿Era del Opus? Nunca lo supieron; pero tampoco les importaba demasiado. Fujardo, en efecto, resultó un fenómeno como gerente de las empresas, que reorganizó, agrupó, modernizó, agilizó y a las que, en consecuencia, dio mayor impulso todavía. Cobraba lo suyo (doscientas mil pesetas al mes, un ocho por ciento en los beneficios reales y cinco pagas extras), pero se lo merecía. Como algún defecto tenía que tener, era muy «progre». Aunque, tal como se estaban poniendo las cosas en el país, aquello no le venía nada mal al *holding* de Manolo, puesto que en una de las oficinas (la de Sincolesa Hispanoamericana, S. A). habían aparecido ya, por primera vez, pintados en las paredes, unos letreros que decían «Abajo el capitalismo» y que perturbaron hondamente al señor consejero-delegado. Sumamente discreto, Fujardo hablaba rara vez de política con sus jefes, aunque Alfonsiño se enteró por un amigo que tenía en la Dirección General de Seguridad de que su gerente pertenecía al (ilegal) Partido Comunista y que incluso estaba fichado, ya que constaba su actividad clandestina, manifestada en reuniones con miembros del (ilegal) Partido Socialista y de las (ilegales) Comisiones Obreras. Pero como le dijo a Manolo:

—¡Ya nosotros qué carallo nos importa! El tío cumple y basta.

En el otoño del 73, Manolo hizo un viaje a Barcelona con Fujardo. Fueron en el Mercedes azul cobalto que acababa de comprar (y que estaba a nombre de Ejibesa), para rodarlo. Ocho horas juntos propiciaron el diálogo sobre toda clase de temas y una vez agotados los comerciales y los frívolos, cayeron inevitablemente en los políticos. El gerente no ocultaba en absoluto sus ideas.

—Estamos llegando al límite de una situación política mantenida por diversas razones anormales durante más de treinta años. Las dictaduras, sin embargo, mueren fatalmente con su dictador y el nuestro se acerca a los ochenta años.

—Pero está estupendo… —comentó, muy bajito, Manolo.

—Déjate de tonterías. ¿Y qué sucederá luego? Porque no irás a decirme que te tomas en serio las cosas que dice Carrero, que es un fósil político, un hombre negado para el diálogo…

—Muy fiel…

—Bueno, ¿y Europa? ¿Qué les importa en Europa esa fidelidad? Convéncete; hay que preparar ya el día de mañana. Cambiar la imagen del país en el exterior, porque sólo así nos aceptarán en el Mercado Común.

—¿Pero tú crees que nos interesa entrar en el Mercado Común? Por ejemplo, nuestras empresas iban a quedar hechas la puñeta…

—Ésa es otra cuestión. Lo del Mercado Común es un problema de prestigio. ¡Ya está bien de que el país viva aislado de Occidente!

Siempre decía «el país» para referirse a España y «el general» o «el dictador» cuando hablaba de Franco y «la represión» si se trataba de la Guardia Civil y «las fuerzas libres» al tratar de los (ilegales) partidos políticos.

—Ahora mismo, todo el problema del País Vasco se está llevando de la peor forma posible. El dictador piensa que eso se arregla con la represión; las fuerzas libres sabemos que hay un trasfondo político latente, que es el causante de todos los disturbios.

—Pero esos de la ETA…

—Las fuerzas libres repudiamos por principio la violencia; sin embargo, admitimos ciertas razones que pueden desembocar en ella.

Estaban cerca de Igualada.

—Ocurre lo mismo con Cataluña. El centralismo se ha equivocado siempre en su política con los catalanes. ¡Hombre, si hasta les prohibieron hablar su lengua!

—¿Ah, sí?… —preguntó Manolo, poniendo cara de inocencia.

—Y hubo unos bestias que se empeñaron en que sólo usaran lo que llamaban «la lengua del Imperio».

—¡Qué barbaridad, qué barbaridad! —se escandalizó Manolo, sin ningún rubor.

—Yo te digo que tenemos que ir pensando en revisar fundamentalmente las estructuras empresariales, en aceptar la evidencia del derecho de huelga, en reconocer

a los trabajadores su aptitud para el diálogo con la empresa, su acceso a los Consejos de Administración, su participación auténtica en los beneficios. O sea, que hay que socializar la empresa.

—¿Dará para tanto?

—Es que si no, las horas de trabajo que se perderán por los conflictos y por los rendimientos lentos, llevarán a las empresas que se empeñen en mantener estructuras puramente capitalistas, a la crisis económica.

Vio a Manolo preocupadísimo y se apresuró a tranquilizarle:

—Nosotros, no te asustes, estamos en el buen camino. Pagamos salarios superiores a los del convenio y la gente está contenta. Tenemos muy buena gente, oye. Hay un tal Llaneza que es estupendo; y otro tipo, Carrasco creo que se llama, que es un falangista, pero de verdad, de los de Hedilla, que está en la línea socialista. Sus compañeros les respetan y les atienden y eso es importante.

—Menos mal…

—Pero hazme caso; espíritu social, espíritu social por encima de todo. Necesitamos borrar la estampa de tantos años de opresión capitalista.

Aprovechando una recta, dijo Fujardo:

—Por cierto, tienes que aumentarme mi participación en beneficios al diez por ciento. No tendrás inconveniente, ¿verdad?

—Lo hablaré con Corcheiro. Pienso que estará de acuerdo…

En Barcelona, aquellos días, trabajaron a fondo y con excelentes resultados. Vivían en una *suite* del Avenida Palace y allí celebraron reuniones con clientes de sus empresas, altamente productivas, hasta el punto de que los contratos firmados excedieron casi en un cuarenta por ciento las previsiones que habían efectuado. La víspera del regreso, Fujardo dijo a Manolo:

—Tengo que pedirte un favor. Mañana hay un «encierro» en la abadía de Montserrat, para protestar por las sentencias contra unos muchachos de la ETA y quisiera asistir. Realmente, casi nos viene de paso para la vuelta…

—Bueno, si tú lo dices…

—Puedes dejarme en el monasterio y recogerme por la noche.

—Hombre, una vez allí…

Y una vez allí, Manolo se encerró también. Fue una bella demostración de protesta por los cauces democráticos. La explanada del monasterio estaba llena de lujosos automóviles (mayormente deportivos) y en el interior de la abadía se reunieron bellas damas con elegantes abrigos (porque hacía un frío respetable), industriales de la más alta burguesía catalana, intelectuales con melenas, actrices famosas y muchos curas, de los que uno iba, incluso, vestido con sotana.

El abad les dirigió unas paternales palabras, alabando su sentido social, su compenetración con las causas justas y su sentido de la libertad cristiana, según pedía

el buen papa Pablo VI. También les exhortó a luchar contra la opresión y la dictadura, dentro de unos cauces democráticos, claro estaba.

Aunque a la salida hubo algunas detenciones, Fujardo no tuvo suerte y le dejaron marchar sin problemas, lo mismo que a Manolo. Manolo había vibrado en aquel ambiente y se había sentido compenetrado con las nuevas corrientes y había comprendido que tenía razón su gerente y que era preciso, para bien del país, abrir ventanas, orear (con perdón por el verbo) el asfixiado ambiente de una sociedad corrompida por tantos años de opresión autoritaria. La presencia en el «encierro» de muchos clientes propició estas meditaciones, con las que sintió una especie de bienestar espiritual; un auténtico descargo de conciencia.

Como la memoria no era su fuerte, en aquellos momentos de honda crisis, de profundo cambio, de singular transmutación, no se acordó de que, en su inacabado libro doctrinal *Manual del franquismo*, había recogido, entre adjetivos de entusiasmo, las frases que el anterior abad de Montserrat, monseñor Marcet, dedicó a Franco cuando, en 1942, visitó aquel mismo recinto: «Vemos en Vos el instrumento de la Providencia para devolvernos nuestros templos y hogares y con ellos, el ejercicio del derecho de cristianos y españoles. Recordamos agradecidos que, hace tres años, al impulso de nuestros victoriosos ejércitos, se abrían las puertas de nuestra basílica, treinta meses cerrada y podíamos reanudar el esplendoroso y tradicional multisecular culto a nuestra Moreneta».

O a lo mejor sí que lo recordaba. Porque ya fue casualidad que, de vuelta a su casa de Somosaguas, buscara por las estanterías los folios mecanografiados del *Manual del franquismo y*, cuando nadie le veía, los quemase en la chimenea. Por cierto que la chimenea estaba obturada y puso el salón perdido de humo.

X

Estaba Manolo afeitándose cuando sonó el teléfono. A los pocos momentos, el criado llamaba a la puerta del baño.

—Señor, de parte de don Alfonso. Que es urgente.

—Dígale que le llamo yo en seguida, Víctor.

—No, no; ha insistido en que lo deje usted todo y se ponga.

—Voy…

Con media mejilla empapada de crema, salió y agarró el auricular.

—¿Pero qué pasa?

—Que acaban de asesinar a Carrero Blanco.

Manolo gritó:

—¡No es posible!

—Cuando salía de misa, en Serrano… o en una de las laterales, no lo sé todavía con exactitud. Una bomba.

—Ahora mismo estoy ahí…

Acabó de afeitarse de cualquier manera y salió corriendo; ya en el *hall*, retrocedió hasta la habitación de Carmiña, que aún no se había levantado. La despertó con la noticia.

—¡Jesús!… —exclamó ella. Y se persignó, mientras su marido daba un portazo, entraba en el coche y le decía al mecánico:

—A Imporgasa, todo lo de prisa que pueda.

—Recuerde el señor que en la Casa de Campo han limitado la velocidad a cuarenta…

—Da lo mismo. Olvídese de eso ahora y, como le digo, corra todo lo que pueda. ¡Ah! Y conecte la radio, por favor…

Pensó que el chófer iba a extrañarse, porque le tenía prohibido poner por la mañana la radio del coche. Mientras sacaba nerviosamente un cigarrillo, creyó oportuno explicarle:

—El almirante Carrero ha sido asesinado.

Y comentó el chófer:

—¿Qué me dice, señor?

De momento, la radio sólo daba los habituales anuncios matutinos y música de zarzuela.

—Cambie de emisora… A ver, Radio Nacional…

Radio Nacional estaba emitiendo un concierto de la Orquesta Filarmónica de Filadelfia.

—¿Se cogen con este trasto emisoras extranjeras?

—Aquí no, señor, por los cables eléctricos y los árboles…

—Bien, deje Radio Nacional…

Después de Bach, Mozart.

—¡No es posible que no den la noticia! A ver, otra emisora…

Radio Peninsular emitía canciones de Manolo Escobar.

—¡Qué país, qué país…! —murmuró a media voz.

Estaban en la plaza de España dispuestos a enfilar la Gran Vía. Miró anhelante hacia la calle, hacia las gentes, hacia los guardias de tráfico, buscando encontrar algún gesto, algún detalle que le confirmara la noticia. Nada. Evidentemente, nadie se había enterado todavía y el ritmo ciudadano era el normal a aquellas horas —cerca de las once— en un día no muy frío de finales de diciembre; el 20, para ser más exactos.

—Entre en la Castellana por el andén lateral y pare un momento en la esquina de Ayala, donde el Ministerio de Comercio —ordenó al chófer.

Se le había ocurrido pasar por la agencia EFE, donde tenía buenos amigos. Allí, sí; allí, apenas traspasó el umbral, pudo palpar la actividad extraordinaria, el nerviosismo, el ir y venir de fotógrafos y redactores.

—No hay noticias concretas todavía —le anticipó Tessier— aunque el hecho ha sido que el automóvil de Carrero salió por los aires, para caer sobre el techo de la iglesia de los Jesuitas…

—¡Qué barbaridad! ¿Y no se tratará de un accidente fortuito… no sé, una explosión de gas…?

—Ésa fue la primera impresión; pero parece que no, que ha sido un atentado. Estamos esperando la comunicación oficial.

—¿Y cómo no la han dado todavía?

—¡Ah!…

Cuando iba a salir, llegaban del laboratorio las primeras fotos; en la calle de Claudio Coello, el pavimento se había venido abajo y sobre un inmenso socavón aparecían adoquines, cables eléctricos, hierros retorcidos. Junto a la pared de la iglesia, cubierto de escombros, había aparcado un automóvil pequeño.

—¿Hay muchas víctimas?

—Que se sepa, solamente el chófer y el policía que acompañaban al almirante.

Subió con el coche por Marqués de Villamagna y al cruzar Serrano, hacia Velázquez, pudo comprobar que parte de la calle estaba acordonada. Varios jeeps de la policía se veían cerca de la iglesia. Allí el clima, sí, era de expectación, de inquietud, de nervios. También Alfonso estaba nervioso; se encerraron en el despacho de dirección y dieron orden de que nadie los molestara.

—Esto es tremendo… ¿Qué crees que pasará ahora?

—No sé; pienso que la gente reaccionará en contra del atentado. Chico, en el fondo, a todos nos gusta el orden público.

—¿Y qué hará el gobierno?

—Vete a saber. Supongo que endurecer su política.

Se quedaron callados. Manolo abrió el cajón de su mesa y sacó una libreta de tapas grises.

—¿Cómo estamos de liquidez bancaria?

—Regular. Ya sabes que ahora se hacen muchas operaciones, pero los vencimientos son, casi todos, para después de fiestas.

Manolo repasaba las páginas de la libreta.

—Bueno, en el Popular tenemos cinco millones y pico de Imporgasa… y en el Valladolid, algo más de tres de Sincolesa.

—La cuenta más baja es la de Ejibesa. Hemos pagado hace dos días la factura gorda de la imprenta.

Guardó la libreta y mirando con fijeza a su socio, le dijo:

—Entérate de qué vuelos hay para Zurich. Convendría que esta misma tarde te llevaras seis o siete millones.

—Perdona, pero me parece una barbaridad. Lógicamente, hoy habrá una vigilancia tremenda en los aeropuertos.

—Tienes razón… Toda la razón…

Hubo una pausa, que rompió Corcheiro:

—¿Tan mal ves la cosa?

—¡Qué quieres que te diga! Pero creo que es momento de tomar precauciones para el futuro, por si acaso…

—De todos modos, acuérdate que a mediados de noviembre ya aumentamos la cuenta de Suiza. Debe estar ahora por los trescientos mil dólares…

—Sí, es verdad… Bien, olvídate de lo que te dije. Es de sentido común que los controles en las fronteras sean muy severos estos primeros días…

Llamaron a una secretaria y le ordenaron que localizara a Fujardo. Media hora después, el gerente estaba en el despacho. Casi al unísono le preguntaron:

—¿Bien, qué te parece?

—Un error tremendo. Una estupidez política. Una salvajada. Ya sabéis que a mí, Carrero me parecía funesto; pero estas barbaridades sólo sirven para que la gente se asuste y la dictadura aumente la represión…

Y sin embargo, lo que sucedió fue que los ciudadanos españoles reaccionaron con una serena indiferencia, que en su discurso de final de año Franco recordó que «no hay mal que por bien no venga» y que, sorprendentemente, fue nombrado nuevo presidente del gobierno don Carlos Arias, que era ministro de la Gobernación el día del atentado y que se dirigió al país el 12 de febrero, en un discurso lleno de promesas de evolución política, de liberalización y hasta de apertura democrática. Manolo se alegró mucho con las palabras de Arias, pero Fujardo le echó un jarro de agua fría.

—No hagas caso. Son los estertores de la dictadura; aquí y dentro ya de muy poco, vamos decididamente a la ruptura. Fíjate cómo está la cuestión laboral. ¿Sabes por qué? Porque los trabajadores ya han iniciado esa ruptura; han abandonado la farsa de los sindicatos oficiales y están afiliándose en masa a las Comisiones Obreras. Adoran a su líder, Camacho, a quien la dictadura tiene encerrado desde hace años. ¿Por qué, digo yo? ¿Porque defiende los derechos de sus compañeros?

—Según se ha dicho en el famoso proceso «1001», porque es comunista…

—¿Comunista, Marcelino? —se sonrió Fujardo—. ¡Vamos, vamos, no digas tonterías! Es, sencillamente, un líder obrero. Pero sin ninguna conexión con el PC; puedes estar seguro.

Almorzaron los tres juntos en La Corralada, donde los llevó Fujardo porque era el restaurante preferido por la oposición. Y es que ya, hasta los restaurantes estaban politizados y se sabía dónde encontrar a los demócrata-cristianos y dónde a la oligarquía capitalista del régimen y dónde a los socialistas moderados. Y hasta se contaba en los periódicos; porque los periódicos, quejándose continuamente de la falta de libertad de expresión y echando pestes del artículo 2.° de la Ley de Prensa, estaban diciendo cosas antes insólitas. En el local, saludó Fujardo a unos jóvenes barbudos con jersey subido y después se acercó a una mesa donde dos personas de mediana edad, también con jersey, pero con chaqueta encima, estaban comiendo. Charlaron varios minutos, con ostensible discreción.

Dijo el gerente cuando estaban en el café:

—Aquellos compañeros, que son de los más activos entre las fuerzas libres, me han anunciado que el viernes tenemos una reunión importante. ¿Por qué no vienes, Manolo?

No se lo propuso a Alfonsiño, porque ya sabía que con el gallego no había nada que hacer. Manolo, en cambio, aceptó satisfecho la invitación. Aunque advirtió modestamente:

—¿Pero te parece que yo pinto algo entre vosotros?

—Puedes pintar mucho. Tú has sido del régimen… sí, no vas a negarlo ahora. Como tú, hay varios entre las fuerzas libres. Sois, quizá, los más interesantes; sois los conversos.

—Claro, claro… —asintió Manolo. Que había sacado un gigantesco Montecristo del número 1, pero que comprendió que no sería oportuno encenderlo, en aquel lugar, por lo que el puro puede simbolizar siempre de ostentación capitalista y volvió a guardarlo con todo cuidado en el bolsillo y se puso a fumar un Fetén, que quedaba mucho más en ambiente.

La reunión se celebraba en un chalé de Arturo Soria, que tenía un jardín chiquito, apenas alumbrado por un farol que colgaba de la fachada. Eran algo más de veinte

personas, todas muy significadas y que también todas recibieron a Manolo con afectuosa simpatía. Allí estaban, entre otros, el ex ministro del gobierno de Franco y el ex ministro de la República y el intelectual del régimen, converso también, y el ilustre abogado especialista en temas económicos y el capuchino que colgó los hábitos para integrarse en las Comisiones Obreras (y, de paso, casarse) y la conocida actriz, líder de las reivindicaciones de los artistas y el catedrático, al que la dictadura no le dejaba dar clases, y el financiero liberal, a quien sus varias multinacionales y sus diversos Consejos de Administración no coartaban en absoluto su fidelidad democrática, y el abogado laboralista que con tanto afán venía entregándose a defender a los obreros canallescamente despedidos por hacer huelga, con los que se tuteaba y solamente les cobraba un veinte por ciento de lo que sacaban, si es que sacaban algo. Había también un periodista joven, que era el más exaltado, quizá porque sufría a diario la vejación de tener que escribir en un periódico de derechas. Y dos jóvenes socialistas, poco conocidos porque procedían de provincias y eran de los que siempre habían actuado en la clandestinidad.

El ex ministro de Franco tomó la palabra para saludar a los reunidos y congraciarse de que se llevara a cabo aquella reunión, que iba a servir de toma de contacto entre las fuerzas libres, en momentos tan críticos para el futuro del país. «No será fácil —dijo— desmontar los vicios, las corrupciones y las lacras de tantos años de autocracia, pero en ese empeño estamos». El intelectual converso habló después de la necesidad de llegar a la conciencia de las gentes, desintoxicándolas del lamentable lavado de cerebro que, también a lo largo de tantos años, se había efectuado a través de los medios de comunicación «maniatados por una censura infame, limitados al incienso y a la adulación, entregados a la funesta tarea de adormecer al país exaltando las neveras y los utilitarios».

Manolo escuchaba atentamente e incluso, en determinados momentos, tomó varias notas. De modo especial, cuando el financiero liberal desarrolló su teoría acerca de la participación en beneficios de los trabajadores, «que tampoco puede ser excesiva, porque de lo contrario se produciría el contrasentido de que, en vez de limitar los beneficios del capital, convertiríamos a los obreros en capitalistas». Alrededor de las diez de la noche, se suspendieron las deliberaciones y los reunidos tomaron unos bocadillos de queso, unas rodajas de salchichón y unas sardinas de lata, de la variante «pica-pica», que regaron con vino clarete. La conocida actriz sirvió café a continuación y al tiempo, informó a sus compañeros de los muchos padecimientos que había sufrido bajo la dictadura, cuando tenía que hacer películas ñoñas o ridículamente burguesas e incluso de aquellas históricas, tan necias, que sí, le pagaban bien (porque su nombre se cotizaba), pero le dejaban una inmensa insatisfacción espiritual. «En cambio —manifestó— nunca he podido interpretar en mi país a Rafael Alberti, nuestro admirable poeta, cuyo cumpleaños, por cierto, se

celebra mañana».

Ahí intervino Manolo por primera vez, proponiendo enviar un telegrama de felicitación a Alberti («luminaria de las letras, genio universal, marinero en tierra del exilio») y fue tan bien aceptada la propuesta, que incluso se le comisionó para encargarse de cumplimentarla. El capuchino secularizado comenzó entonces a hablar y lo hizo durante mucho, muchísimo tiempo, porque era más bien pesado. En resumen, expresó la identificación de los clérigos jóvenes con la causa de la libertad; el total repudio de aquello que se llamó «Cruzada» por unos obispos vendidos al poder, enganchados en el carro del triunfador, que bendecían la represión y se lucraban con sus sueldos de procuradores; el sentido moderno de la Iglesia como institución democrática que ahora se tenía e incluso la muy elaborada idea de que Jesucristo fuera el primer abanderado de un marxismo incipiente. Por último, leyó una relación de parroquias, conventos, iglesias, capillas y residencias sacerdotales que se ofrecían para albergar, ni que decir tiene que gratuitamente, asambleas ilegales, sentadas de trabajadores y mítines de las fuerzas libres.

El periodista joven, que varias veces había interrumpido con monosílabos rotundos («¡Acción! ¡Lucha! ¡Violencia! ¡Ruptura! ¡Decisión!»), pidió la palabra:

—Quizá porque soy el más joven, soy también el más impetuoso. Perdonadme, compañeros, pero si estamos de acuerdo en la necesidad de proceder con urgencia para devolverle al país sus libertades perdidas durante tantos años, de acabar con la corrupción y con la oligarquía, de sanear este estercolero, yo os pregunto: ¿cuándo?

Hubo entonces un largo silencio. El ilustre abogado lo rompió para decir:

—Hemos de contar con los compañeros de las regiones, que han de aportar la enorme fuerza de esos países olvidados, ultrajados, esclavizados por el centralismo dictatorial, que no les ha permitido hablar su lengua, tener su gobierno, disfrutar de una enseña independiente, dirigir su economía, abanderar sus barcos, establecer sus aduanas…

El ex ministro de Franco comentó:

—Verdaderamente, esos países ibéricos han sufrido mucho. Tenemos que incardinarlos en el Estado Federal y, como muy bien dices, su colaboración nos resultará imprescindible.

Fujardo tampoco había hablado mucho; pero ahora intervino:

—¿Sabéis qué piensa Willy Brandt?

Uno de los jóvenes socialistas poco conocidos, que iba sin corbata, aunque con una chaqueta *sport* preciosa y tenía aspecto de *gigoló*, aclaró visiblemente satisfecho:

—Está incondicionalmente a nuestro lado. Hace pocos días almorcé con él (en Berlín, naturalmente) y me ofreció una ayuda total, en todos los órdenes.

—Pues entonces —volvió a decir el periodista—, ¿a qué esperamos?

Y sobre el silencio que nuevamente se había hecho, se escuchó la voz grave del

ex ministro de la República:

—A que se muera el dictador. Hasta entonces, no hay nada que hacer.

Se quedaron silenciosos y tristísimos, mirándose los unos a los otros y asintiendo mudamente a tan impepinable realidad. El joven periodista cortó el *impasse* de la situación, aunque solamente pudo decir:

—Pero bueno…

Porque en ese momento llamaron a la puerta y la conocida actriz abrió y aparecieron tres señores vestidos de oscuro y el que entró primero enseñó una chapa y dijo:

—Policía…

El catedrático se levantó, para declarar:

—Ésta es mi casa y éstos son mis amigos. ¿A qué se debe la presencia de ustedes?

—A que están celebrando una reunión no autorizada legalmente.

—Estamos charlando de nuestras cosas, nada más.

—En número superior al de personas que pueden reunirse sin permiso gubernativo…

El ex ministro de la República dijo entonces, con toda la razón del mundo:

—¡Pues menudo trabajo que van a tener ustedes interrumpiendo banquetes de boda y celebraciones de bautizos!

Hizo como que no oía el inspector y dirigiéndose al catedrático, ordenó:

—Tendrán que acompañarme a la Dirección General de Seguridad.

—Naturalmente que sí; y allí protestaremos debidamente. Fueron saliendo, previa entrega a los policías de los documentos de identidad. Al ex ministro de Franco le dijo el comisario:

—Usted no es preciso que venga.

Pero él, con enorme dignidad, le respondió:

—¿Cómo no voy a ir? Yo me solidarizo absolutamente con estos amigos.

En la Dirección, el comisario estuvo muy amable y les ofreció de fumar (ninguno aceptó) y las declaraciones fueron muy breves.

—Bien, señores —les comunicó cuando terminaron todos—. Pues quedan ustedes en libertad aunque, naturalmente, me temo que les será impuesta una multa por Orden Público.

—Esto debe ser «el espíritu del 12 de febrero» —comentó el capuchino exclaustrado. Pero el comisario hizo también como que no se enteraba.

Manolo llegó a casa cerca de las cuatro; Carmiña esperaba en el salón, intranquila.

—Nada, mujer, nada… —le tranquilizó él—. Es el natural tributo a la lucha por la democracia…

—¿Y a ti, quién te mete en esas aventuras?

—Mi conciencia, querida. Ya sabes que en Montserrat se hizo la luz para mí y desde entonces, estoy en la línea de las fuerzas libres.

—¡Trapalladas!… —fue el único comentario de Carmiña, que se encerró en su cuarto bastante irritada.

Se quedó un buen rato Manolo en el salón, fumando y pensando. También, en algún momento, recordando; pero cuando le llegaban los recuerdos, prefería cambiar de tema. Después, por hacer algo (no tenía ningún sueño) hojeó unos periódicos que había sobre la mesa. En el *Marca* venía una entrevista con un socio del Real Madrid, que acababa de fundar una asociación para integrar en ella a cuantos, de manera creciente, se estaban pasando a una enérgica oposición contra las directrices que imponía en el club el mandato autoritario de Bernabeu. «Creemos que son ya demasiados años de dirección única —explicaba el jefe de la oposición—. La campaña actual del equipo es lamentable. Respetamos a don Santiago, pero a su edad consideramos que debe retirarse, para dar paso a los jóvenes. Queremos organizar al club dentro de unas fórmulas democráticas, en las que el socio sea oído y pueda impugnar la tarea de los directivos, cuando no le guste».

Sonrió Manolo, recordando la teoría de Alfonsiño. El Real Madrid había sido derrotado ¡y en casa! por el Barcelona, de manera vergonzante. Estaba por la parte baja de la clasificación. Naturalmente, surgían las disensiones, las críticas, las censuras y aquella masa, antes adicta, se rebelaba contra los jefes de toda la vida. El primer sacrificado había sido Miguel Muñoz: una institución en el club. Y sin embargo, después de tantísimos años sirviendo a Bernabeu desde todos los puestos, le habían defenestrado. Por cierto —cayó en la cuenta—, pocas semanas después del asesinato de Carrero Blanco.

Eran casi las seis cuando subió a la habitación. Había dejado una nota a Víctor: «No me llame. No estoy para nadie. No me pase ningún recado». Siguió despierto mucho rato, fumando sin parar. ¿Qué multa le impondrían? ¡Bah. qué más daba! Quizá diez, quizá veinte mil duros. Bendita multa; serviría como una penitencia para paliar errores antiguos. Lo que ahora tenía que conseguir era una detención; porque en la reunión había podido darse cuenta de la superioridad moral de los compañeros demócratas que habían estado en la cárcel. Se les hacía mucho más caso en todo y gozaban de una justificada aureola de martirio. A él le vendría de perillas para darle definitiva credibilidad frente a la oposición.

¡Curiosa oposición! —siguió pensando—. ¡Tan diversa en todos los aspectos! El ex ministro de Franco le había impresionado muy vivamente. ¡Qué conversión tan auténtica la suya! Pues ¿y la del ex intelectual del régimen? Eran unos tipos colosales; llenos de virtudes humanas y sociales. Y su programa, importante. Bien es verdad que habría que enfocarlo, a niveles industriales, de forma que no se dañara la

economía empresarial; a un lado teorías, la empresa seguiría siendo siempre la base de la economía del país. Y la empresa estaba necesitada de ser dirigida por expertos; por expertos como él; eso si, muy demócratas. Evidentemente, el cambio se avecinaba en el país. El país, el país… Y entonces se dio cuenta de que, en toda la noche, nadie había usado la palabra España.

Fue a apagar la luz y reparó en la foto de su audiencia con Franco, enmarcada en plata, que seguía en uno de los estantes de la biblioteca. Entonces, andando de puntillas (¿por qué de puntillas? Pero lo hizo sin darse cuenta), la quitó de allí y tras una breve vacilación la guardó en una de las bateas del gran armario ropero, junto a las camisas de verano.

XI

La Costa del Sol era una delicia. Aquel verano de 1974 habían ido más turistas que nunca; en julio no quedaba una sola plaza libre y los lujosos hoteles de cinco estrellas y las modestas pensiones familiares estaban a rebosar por igual; lo mismo que los magníficos edificios de apartamentos que había construido Sofico, aquella empresa que tanto dinero estaba dando a ganar a sus cuentapartícipes y que constituía un legítimo orgullo de la España en desarrollo.

Los *pubs*, las *discoteques*, las *trattorie* y los *selfservices* se veían abarrotados por turistas de la más diversa procedencia, con mayoría de suecos y alemanes. Los suecos y los alemanes, no obstante su indiscutible ideología democrática, parecían pasarlo de primera en la España de la dictadura, aunque era normal que, después de comerse una paella y agotar varias jarras de sangría, echasen pestes de Franco, como si fuese un problema propio. Habían impuesto, por otra parte, su mínimo vestuario en las playas y ninguno de los tostados guardias municipales de servicio en los pueblos andaluces les molestaba lo más mínimo cuando, en plena calle, se entregaban a sus efusiones amorosas.

Un sentido utilitario, aprovechón, hasta cínico, dominaba a los indígenas (con perdón) de la zona, que se dedicaban con esforzado entusiasmo a sacarles divisas a los exóticos visitantes de temporada. Les vendían «aire de España embotellado» y carteles de toros donde mister Picks podía ver sus apellidos entre los de *El Cordobés* y Palomo Linares (*«Your name here»*) y les paseaban en «burro-taxi» y les abrumaban con flamenco malo y *strip-teases* sin terminar. Pero los turistas lo pasaban en grande y se ponían colorados como pimientos morrones y como eran, en el fondo, unos niños grandes, se sentían la mar de felices ya que, efectivamente, España era para ellos *different*.

Los Vivar de Alda se habían marchado a su finca de Fuengirola a finales de junio; en cuanto Manolito terminó (con buenas notas) sus exámenes. Aunque Manolo padre iba y venía continuamente de Madrid, no tanto por exigencias de los negocios como a causa de sus crecientes contactos políticos. La enfermedad del Jefe del Estado (una grave tromboflebitis) determinó reuniones urgentes, intercambio constante de consignas, adopción de medidas previsoras. Las fuerzas libres de la oposición estaban más nerviosas que nunca.

Pero al final, no pasó nada. Reasumidos los poderes de la Jefatura del Estado por el Caudillo, Manolo (que había pasado muchos días de agosto en Madrid) se tomó unas minivacaciones de diez días en Fuengirola. Y en su finca se celebró una importante reunión con asistencia de varios líderes de la oposición. El representante de las Comisiones Obreras anunció:

—Se prepara un otoño caliente. Tenemos programada una cadena de huelgas en el

cinturón industrial de Madrid.

Pensando en la ubicación de sus empresas, preguntó Manolo:

—¿Y en Madrid capital?

—Bueno, alguna salpicadura habrá. Pero lo importante son las zonas fabriles: Getafe, Villaverde, Alcobendas… Y por la carretera de Barcelona, Alcalá de Henares, Torrejón, Azuqueca, hasta Guadalajara…

Días después le llamó el ex ministro de la República.

—Hemos de hablar, Tengo un encargo importante para usted.

—¿Por qué no se viene este fin de semana?

—Imposible, imposible. Le espero el día 13 aquí. Si le parece, concretemos ya la cita: a las 2.30 en Alkalde.

—Allí estaré.

Terminó, pues, sus vacaciones el 12 y regresó a Somosaguas en el coche. Se levantó tarde, porque el viaje le había cansado y a las dos salió hacia el centro. Al llegar a Callao, la circulación estaba desviada; iban y venían ambulancias, ululando sus sirenas y era notoria la abundancia de fuerza pública.

Preguntó a un urbano:

—¿Pasa algo?

—Han puesto una bomba en Sol, junto a Gobernación…

En el restaurante, el ex ministro estaba profundamente afectado:

—No; así no vamos a ninguna parte. Es contraproducente, es negativo.

—Pero ¿quiénes han sido?

—Vaya usted a saber.

El tema de actualidad consumió la comida; casi se habían quedado solos cuando el ex ministro entró en materia:

—Mire, Vivar, necesitamos alguien que unifique la propaganda; entiéndame, no la clandestina, que ésa tiene un corto alcance, sino la orientación general de la mucha prensa adicta que vamos teniendo. Es cuestión de habilidad, de sutileza; los chicos jóvenes que están con nosotros y que escriben en muchos sitios, se dejan llevar a veces de su fogosidad. No es eso; así solamente lograremos secuestros y prohibiciones. Es necesaria, ¿cómo le diría yo?, una picardía para ir creando un ambiente hostil a la dictadura… ¿Me comprende?

—Perfectamente.

—Nadie como usted para llevar una cierta supervisión sobre esto…

—¿Usted cree?

—Yo y los demás compañeros hemos coincidido en su nombre. No he de decirle que, personalmente, usted no aparecerá para nada. Se limitará a orientar, a hacer insinuaciones… a sugerir campañas…

—Ya entiendo.

—De momento, la consigna es ésta: nada de buenas noticias; todo va mal en el país. El turismo es una engañifa; el desarrollo sólo trae problemas; la enseñanza está de pena; el mundo laboral es un volcán en erupción; no conseguimos que en Europa nos tomen en serio; las cosechas son fatales. Y, ni que decir tiene, de todo eso tiene la culpa el régimen.

—¿También de que no llueva?

—También, también. Atienda a esto: el ideal es conseguir que cuando los españoles lean la prensa, se pongan de un humor de perros. ¿Entendido?

—Entendido.

Y así pasó. Semanarios que alcanzaron rápida difusión, periódicos que (curiosamente) estaban pagados por el capitalismo, revistas gráficas de gran tirada, comenzaron a llenarse de titulares negativos: «Huelga de la construcción en Lugo», «Los pantanos están vacíos», «Pésimas perspectivas para la campaña olivarera», «Encierro de trabajadores en una parroquia de Vallecas». «Cien millones de pesetas de pérdidas por el pedrisco en Murcia», «Los teatros de Madrid, cerrados por huelga». «Tres guardias civiles heridos en un enfrentamiento con la ETA, en Beasain», «Urtain, vergonzosamente derrotado, pierde el título de campeón de Europa», «Quince robos a mano armada en el país», «Europa no nos quiere», «Disminuye la construcción naval», «Sombríos augurios para la industria del automóvil», «Carreras, golpes y escándalo en la Universidad Autónoma», «Cinco mil obreros de Seat en paro», «Alemania cancela sus contratos con dos mil obreros españoles», «Ridículo español en el Eurofestival», «La sequía es alarmante», «Las lluvias imprevistas y torrenciales destrozan la huerta valenciana». Y así todo…

A veces, la técnica del titular conseguía singulares malabarismos. Por ejemplo, si se celebraba en Magistratura el juicio por los despidos de 423 trabajadores de una empresa que habían hecho huelga y la sentencia declaraba procedentes, sin derecho a indemnización, 411, lo que anunciaban la mayoría de los periódicos era: «Doce trabajadores ganan su pleito laboral». Y si en uno de los constantes enfrentamientos entre la Policía Armada y los universitarios, catorce guardias resultaban heridos de gravedad por las pedradas y los golpes y un estudiante se torcía el tobillo al salir corriendo, los titulares anunciaban: «Universitario con lesiones diversas producidas en un forcejeo con la Fuerza Pública».

Realmente, Manolo lo hizo muy bien. De algo iba a servirle su larga experiencia en materia de prensa y propaganda. Incluso, su vocación literaria le impulsó a escribir un artículo (firmado con seudónimo) que se publicaría en el clandestino *Mundo Obrero*. Se trataba de una exaltación del socialismo, como solución salvadora para el país, que «luego de tantos años de opresión, comprende que se avecina una aurora de libertades, en la que el juego irremplazable de los partidos acabará imponiendo la verdad democrática. Y así, la eficacia del socialismo como fórmula de gobierno

moderno, a la europea, se demostrará sin discusión posible».

El ex ministro de Franco le dijo, a los pocos días:

—Le felicito. Su artículo le ha gustado mucho a Santiago.

Y Manolo, cogido de sopetón, no caía en quién sería Santiago, pero al cabo de un rato, descartados el apóstol y Bernabeu, comprendió que se trataba de Carrillo. Lo cual le llenó de satisfacciones.

A comienzos de noviembre la situación política en el país se deterioró sensiblemente. Habían salido del gobierno dos de sus ministros más significados —Cabanillas y Barrera— y el frenazo en la «apertura» se palpaba. La conflictividad laboral iba en aumento, tal como habían previsto las CCOO y la huelga del sector bancario alcanzó un éxito evidente. Llegaba uno a la ventanilla con su chequecito y el pagador sonreía con erran amabilidad y hasta ofrecía un pitillo al cliente y después le decía:

—Ya sabe usted, don Ramón: estamos en paro parcial hasta las doce. Lo siento.

Los empleados estaban todos sentaditos en sus puestos, pero leían la prensa y comían el bocadillo o rellenaban quinielas. Para casos de urgencia, tuvieron que movilizarse los altos jefes y era una gozada ver al señor director de la agencia urbana o al jefe de extranjero de la oficina principal atendiendo en ventanilla el pago de letras o recibiendo ingresos importantes. Los demás les miraban con una mezcla de rabia y cachondeo y ellos disimulaban su embarazo e incluso se permitían algún comentario aparentemente jocoso:

—En fin, don Ramón; aquí me tiene, rejuvenecido en veinte años, atendiéndole a usted con mucho gusto, como en mis tiempos de oficial de segunda…

También en el *holding* de Manolo hubo problemas, pero limitados a paros parciales de media hora, durante tres días consecutivos. Los trabajadores del grupo de empresas pedían un aumento lineal de ocho mil pesetas.

—Es excesivo, Daniel —le dijo Manolo a Fujardo—. Negocia una rebaja con el jurado de empresa.

—Nuestros obreros no reconocen representatividad al jurado de empresa ni a los enlaces sindicales. Hay que entenderse con la «comisión de los ocho».

—¿Y ésos quiénes son?

—Dos representantes por cada una de nuestras empresas, que han sido elegidos democráticamente por la mayoría.

—¿Crees que debo recibirles?

—Indudablemente.

—Bien; de acuerdo. Pero antes consigue que te rebajen la petición de aumento. Si se conforman con cinco mil, lo firmamos.

De momento, aquel día el paro parcial fue ya de una hora y de dos al siguiente.

—¿Pero qué les pasa, cono? —preguntaba anhelante Manolo.

—No bajan de las seis mil pesetas —explicó Fujardo.

Meditó unos segundos. Echó cuentas rápidas y mentales sobre el importe de las horas que ya se habían perdido.

—Acepto, acepto… —se dio cuenta de que no había contado con la opinión de Alfonsiño, que estaba junto a él—. Bueno, si a ti te parece…

—A mí me parece un chantaje todo esto, porque nuestra gente lleva mucho tiempo cobrando el doble o más de los salarios del convenio provincial y si ahora tragamos, dejamos la puerta abierta para que, cada dos por tres, estemos con las mismas.

Se hizo un silencio. Lo cortó Fujardo:

—Probablemente, vosotros no os dais cuenta de lo que han aumentado los precios de los productos básicos en los últimos tres meses…

—Claro, claro —apoyó Manolo—. Y además, Alfonso, estamos en un momento de logros sociales, convéncete…

—Bien; por mí que no sea…

Al mediodía, la «comisión de los ocho» entró en el despacho de Manolo. Ni que decir tiene que en ella figuraban Llaneza y Carrasco. Iba acompañándoles Fujardo; Manolo les saludó, uno por uno, y les dijo:

—Por favor, señores, les ruego que se sienten. Bien; ya han visto ustedes que nuestras empresas han procurado sacrificarse al máximo para acceder, en la medida de lo posible, a sus peticiones reivindicativas. No les oculto que ello puede suponer una incidencia grave en los beneficios sociales.

—El pasado ejercicio, Ejibesa liquidó con doce millones de beneficios… o al menos eso dijo la señora presidenta en la Memoria… —comentó Llaneza, mientras mostraba en alto el folleto editado en aquella ocasión.

—(¡Qué mala leche la del jesuita!) —pensó para sus adentros Manolo. Y, ya en alta voz, aclaró—: Pero este año, en cambio, el alza de los impuestos y los nuevos gravámenes en las tasas aduaneras han reducido drásticamente esos beneficios…

—Váyase un año por otro —replicó con retintín el «padre Pepe».

El buen oficio político de Manolo le aconsejó entonces compensar el golpe bajo con un farol importante:

—Debo manifestarles, para que se lo trasladen a sus compañeros todos, que me satisface de manera muy especial encontrar, por fin, interlocutores válidos, representantes auténticamente democráticos de los trabajadores, como son ustedes.

En una silla, muy encima de la mesa de Manolo, se sentaba Carrasco, el falangista, que llevaba un libro en las manos.

—Esto no quiere decir que subestime la buena voluntad de los enlaces y de los jurados; pero yo comprendo perfectamente que su extracción oficial no puede satisfacer a la colectividad obrera. El fracaso del verticalismo es patente, y aunque no

se reconozca de modo expreso, en nuestras empresas estamos ya practicando, de hecho, un sindicalismo libre.

Carrasco tosió discretamente; lo bastante para que Manolo dirigiera hacia él su vista. Y él, al tiempo que sonreía seráficamente, le señaló con el dedo el libro que tenía entre las manos y que era uno, editado siete años antes por la Delegación Nacional de Sindicatos, donde entre otros documentados trabajo se recogía la obra maestra de Manolo en la materia, *La estructura dinámica de la Organización Sindical*, aquella que le había valido su nombramiento como miembro de la Unión Nacional de Empresarios.

—(¡Qué hijo de la gran puta!) —volvió a decir para sus adentros. Pero encontró, cómo no, la salida airosa—. Porque lo que podía ser válido años atrás y, no lo neguemos, hasta] beneficioso, ahora precisa ser revisado de una forma absoluta, acorde con las necesidades del tiempo que vivimos. En fin, señores; al saludar en ustedes a nuestras empresas todas, a la gran familia laboral de nuestro grupo, me imagino que les estoy abrazando uno por uno…

El latiguillo no causó el menor efecto. Fujardo traía escrita el acta con el acuerdo y todos la fueron firmando; Manolo, el último. Les dio otra vez la mano a todos y a Carrasco se la mantuvo agarrada una pizca más del tiempo, mientras le miraba con cierta rabia.

—Y ahora, amigos, a trabajar más que nunca… —dijo, para despedida.

Pero uno de los trabajadores, que iba con chaqueta de pana y pantalones vaqueros, melenudo él, y joven él, precisó:

—En cuanto a Bosques del Noroeste, S.A., señor presidente, debo aclararle que continuaremos en paro parcial de una hora diaria.

—¡Pero hombre! ¿No acabamos de firmar el acuerdo del aumento lineal que ustedes querían?

—Sí; si por nosotros ya no hay problema. Pero tenemos que mantener el paro de solidaridad con los compañeros de otras dos empresas del sector, que no sólo se niegan al aumento, sino que han despedido a siete trabajadores.

Fujardo metió baza:

—Es una actitud muy noble, de hermoso compañerismo.

Manolo, destruido, fue incapaz de decir nada. Hizo un gesto ambiguo de despedida moviendo tontamente el brazo izquierdo (justamente el izquierdo) y en cuanto salieron los de la «comisión de los ocho», le pidió a su secretaria que le sirviese un whisky bien cargado.

Era sábado, y como en tantos otros fines de semana, Alfonsiño había subido a Navacerrada para pasarlo con los Vivar en su chalé. Caía una nevada mansa y el espectáculo del valle blanqueado era bellísimo. Chisporroteaban los leños en la chimenea y los dos socios, luego del almuerzo, se habían sentado junto al ventanal,

con la copa de coñac en la mano.

—Manolo, voy a darte un susto… —anunció de pronto Corcheiro.

—¿Un susto? Oye, no fastidies, que vaya temporada la que llevo.

—Lo comprendo y lo siento; pero no tengo más remedio que decírtelo, ya de manera definitiva. Lo he pensado mucho, lo he meditado a fondo y estoy decidido.

—¿A qué?

—A dejar los negocios. A vender la mayor parte de mis acciones y a marcharme a mi tierra, a vivir tranquilamente.

Manolo se puso en pie, sorbió de golpe la copa de coñac.

—Eso será una de tus bromas, claro…

—Eso es algo rigurosamente serio.

—¡Pero no puedes dejarme solo!

—Por no dejarte, llevo más de un año aguantando. Porque no creas que esta idea es de ahora; la he estado madurando desde hace meses. Ya no puedo más.

—Pero nuestros negocios marchan de primera…

—Ya lo sé. ¡Qué vas a decirme! Y estoy seguro de que, a pesar de todo, seguirán yendo bien. Lo que pasa es que estoy harto de Madrid y del *stress* y de la polución y, sobre todo, de los problemas sociales. Yo no tengo carácter, Manolo, para aguantar tanta chinchorrería del proletariado y tú, que me conoces, lo sabes. No, no te digo que no tengan parte de razón o mucha razón, o incluso, toda la razón. Se la doy entera; pero no los aguanto.

Se levantó también Alfonsiño; puso sus dos manos sobre los hombros de su socio.

—Manolo, tengo sesenta y cuatro años. He vivido todo lo que hay que vivir; he trabajado como un burro. Si las cosas estuvieran como antes en esto de la industria, pues mira, no te digo que no siguiera. Pero está claro que nos encontramos, como tú dices tantas veces, en una fase crítica de transición. Conforme. No contéis conmigo; lo siento. A mí no me la fastidia un infarto…

—Tienes una salud espléndida…

—Por eso precisamente. Me aterra perderla.

—Y después de todo, la cosa no está tan mal…

—La cosa está mal y se pondrá peor y tú lo sabes mejor que nadie, porque andas en los líos de la política. A mí la política jamás me ha importado; he conocido los finales de la Monarquía y el desbarajuste de la República y el desastre de la guerra y el hambre de la posguerra y el alza del régimen y ahora vivo su desguace. No sé cómo reventará la cuestión; pero lo que está claro es que se nos ha terminado la buena vida, la vida tranquila, la vida que te justificaba matarte a trabajar; bueno, se os ha terminado a los que sigáis en esto…

—¿Qué piensas hacer?

—Irme a Betanzos. Aquello es otro mundo; allí ni se enteraran de las huelgas, ni

del Mercado Común, ni de los conflictos estudiantiles. Quiero volver a mi origen, ¿comprendes? No hacer nada; no tener que pensar en nada. Pasear por la campiña, criar vacas, jugar al dominó con el cura, que todavía lleva sotana… Y no ver la televisión más que cuando retransmitan algún buen partido de fútbol…

Se oía tan sólo el crepitar de los leños en la chimenea, Manolo dio unos pasos por la habitación, mientras Alfonsiño se servía más coñac y volvía a sentarse.

—Me haces polvo, Alfonso. Me creas unos problemas tremendos…

Fue hacia él y le dio un golpe cariñoso en el hombro.

—¡Pero tienes razón, coño!

Luego se abrazaron, de una manera larga, emocionada y auténtica.

Quizá no se debiera volver a las ciudades que uno dejó con la juventud metida entre sus calles. Es como encontrarse al cabo de los años con la colegiala que nos perturbaba cuando salíamos de casa, camino de la Universidad y no reconocerla en su gordura y cuando nos dice quién es, comprender que se nos cae el alma a los pies y que probablemente ella pensará lo mismo de nosotros. Aquella ciudad chiquita, entrañable, calma, está ahora agobiada por rascacielos, intransitable y ruidosa. El colegio se ha convertido en un bloque de viviendas de lujo y la tasca donde tomábamos el bocadillo de calamares con la caña, es un insufrible pub y los amigos de nuestros padres ya se han muerto o, quizá peor, andan encorvados, llenos de arrugas, arrastrando sus enfermedades. Y aquella señora estupenda que estaba casada con un ingeniero y más de una noche propició nuestro onanismo, es ahora una anciana, eso sí, limpia y noble. Pero en cambio, Lolita, la cajera de Rialto que coqueteaba con los estudiantes y se los llevaba a la cama, da pena, de estropeada y sucia y casi ciega, aunque sigue en su puesto de siempre y nos dice que ya le falta sólo un año para la jubilación, que en esta industria de la pastelería se alcanza a los sesenta y cinco.

Quizá debiéramos mantener, de por vida, el recuerdo adolescente de nuestra ciudad, con sus tranvías amarillos y sus taxis con gasógeno y sus pocas luces y sus placitas con ancianos tomando el sol, sólo molestados de vez en cuando por el triciclo del ultramarinos de Marcial. Y aquellos domingos radiantes, cuando en misa de doce nos reuníamos con las chicas que nos gustaban y llevábamos el único traje presentable que teníamos, que era azul marino y salíamos de paseo con ellas, por la calle principal, andando por el mismo centro de la calzada, sin tener que apartarnos para dejar paso a un automóvil más que muy de tarde en tarde y aun eso porque el imbécil de Luisito, que era hijo de un estraperlista, venía presumiendo con su Balilla negro, sólo por fastidiar. Luego, en casa, había comida de lujo, es decir, con pollo y postre de dulce y nos íbamos con el último bocado en la garganta al fútbol, naturalmente a pie y llegábamos cuando ya salían los equipos, o sea, a las tres y

media y veíamos un partido donde se metían siete u ocho goles con gran naturalidad. Después, nos reuníamos en el cine con nuestros padres y saludábamos a muchos padres más y con sus hijos, nuestros compañeros, hablábamos de la guerra europea y de lo buena que estaba *la Jana* y veíamos películas en blanco y negro de la Metro o de Cifesa y cuando llegábamos a casa teníamos una sensación de felicidad como nunca jamás logramos volver a alcanzar.

Manolo regresó a su ciudad porque su madre cumplía ochenta años y quiso estar a su lado en tan señalada fecha. Le acompañaron Carmiña y los chicos, debidamente aleccionados en cuanto a que tendrían que soportar resignadamente las manías de la abuela, que eran tan naturales a su edad. Manolito cumplió perfectamente la orden; pero Carmencita, según costumbre, tuvo que dar la nota y cuando la abuela le pidió que la acompañara a la parroquia, al novenario de la milagrosa santa Gemma, le contestó que eso eran beaterías y supersticiones que Pablo VI repudiaba, ignorando que su santa abuela rezaba todas las noches, antes de recogerse, un padrenuestro por la salvación del alma de Pablo VI, que consideraba altamente improbable.

Sentimentalmente, para Manolo el viaje resultó desconsolador. El Bar Club ya no existía; en sus locales se aposentaba ahora un Banco de la poderosa cadena Rumasa. Supo que Mañez se había jubilado y que Valeriano, el limpia, regentaba un despacho de quinielas, ganaba muy buenos duros y era presidente de la Federación Regional de Atletismo. Mari Paz, la dulce y brevísima novia, se había separado de su marido, que estaba liado con la hija pequeña de los condes de Altora. Andaban en pleito y el muy canalla se resistía a pasarle una pensión, a pesar de que ella tenía a su cargo a los hijos y para sacarlos adelante trabajaba de encargada en la mejor *boutique* de la ciudad. No se atrevió a verla.

En cuanto a Carmensanz, el divisionario eterno, llevaba ya varios años internado en una clínica siquiátrica, donde, según decían, continuaba vistiendo a diario su ya raído uniforme de la Wehrmacht y cantaba todas las noches, antes de irse a dormir, el *Yo tenía un camarada* y terminaba gritando *«Heil, Hitler!»* a todo pulmón.

Blázquez-Villa, con el que estuvo almorzando, se había metido en los ciento diez kilos, estaba calvo y, eso sí, ganaba muchos millones dirigiendo los negocios heredados de su suegro. De política, no quería saber nada.

—Mira, Manolo; la política es siempre una gran mentira… —le dijo, sentenciosamente.

Pero Manolo, pese a tan saludable opinión de su viejo camarada, aprovechó también el viaje para mantener varias reuniones con los representantes de las fuerzas Ubres de la oposición y comprobó satisfecho su alto estado de madurez y su excelente disposición. Eran casi todos chicos jóvenes, naturalmente barbudos, naturalmente con jersey, naturalmente más bien sucios, que hablaban con arrobo de Mao, del Che, de Marcelino y de Santiago y que se arriesgaban de continuo haciendo

pintadas de las llamadas subversivas, y excitando los ánimos de la Universidad. Algunos eran estudiantes, pero la mayoría no tenían oficio determinado, ni falta que les hacía, que para algo sus padres tenían millones y trabajaban doce horas diarias y se habían lucrado con la dictadura nefasta.

La víspera de regresar a Madrid, la madre de Manolo le había preparado una sorpresa y cuando estaban todos reunidos en el viejo comedor, sacó un álbum de fotografías y dijo a sus nietos:

—Para que veáis lo guapo que era vuestro padre y no es que no lo siga siendo, pero fijaos aquí…

Allí estaba Manolo, en plena guerra civil, con camisa azul y pistola al cinto, echando un discurso. Y allí estaba Manolo, con el uniforme completo que le habían regalado sus papas al ser nombrado jefe provincial de Propaganda de FET y de las JONS, saludando brazo en alto. Y acullá se le veía en la magna I Demostración Juvenil, junto al ministro y las jerarquías del Movimiento, en la tribuna presidencial. Y con las botas altas y los pantalones grises de instructor de la Escuela de Mandos, tocado con gorra de plato negra, junto a Girón. Su santa madre, encima, glosaba cada uno de los retratos y a la noble anciana se le caía la baba al recordar:

—Este día me dijo el gobernador que vuestro padre era un gran patriota y que el Caudillo ya tenía noticias sobre sus méritos…

Manolo alegó un fuerte dolor de cabeza para dejar inacabada la rememoración nostálgica de su juventud falangista:

—Perdona, mamá; tengo una neuralgia tremenda y mañana me esperan más de cuatrocientos kilómetros…

Pero no pudo evitar que su hija Carmencita, siempre puñetera, cuando le dio el beso nocturno de despedida, le dijese:

—Anda, papi, que menudo fascistón has sido…

El indudable mal humor que llevaba dentro al regresar a casa se le marchó en seguida con una estupenda noticia: sus gestiones en Gobernación para conseguir que se le concediera el pasaporte a su tío Pepe habían fructificado y el viejo exiliado podía regresar a su patria.

Lleno de júbilo, llamó por teléfono a Lyon. Se puso Vivianne:

—Pepe ha tenido ayer un ataque cerebral. Está sin conocimiento; mal, muy mal…

De todos modos, le envió por correo urgente la documentación que tenía que firmar. Dos días más tarde, llamó Vivianne:

—Ha recobrado el conocimiento. He podido decirle que tiene arreglada la vuelta a España; mira, fue como un milagro. Se le iluminó el rostro, dio gracias a Dios (él, que —tú lo sabes— nunca ha sido devoto) y ahora parece que está mucho mejor.

—Dale un abrazo muy fuerte. Dile que iremos a esperarle con música…

Pero tres días después llamó de nuevo Vivianne; Pepe había muerto. Había muerto consciente y había pedido que le llevasen a la cama el mapa de España de Paluzzie que siempre tuvo en casa y lo agarró muy fuerte entre las manos y sus últimas palabras fueron:

—¡Viva la República! ¡Viva España!

Y Manolo lloró muy de veras y comprendió que su tío Pepe, como tantos otros exiliados honestos que ya, ni muertos, podrían volver a su patria, constituía una de las más graves acusaciones contra un régimen que tanto había tardado en perdonar…

XII

Eran ya cinco semanas de una dramática lucha contra lo inevitable. Cinco semanas con el mundo pendiente de España y con España pendiente de los partes médicos, cada vez menos inteligibles, que repetían de continuo en los últimos días una palabra elocuente: retroceso. El país actuaba como por inercia y la oposición había abierto un compás de espera y hasta el terrorismo, tan activo últimamente, permanecía quieto y expectante. Frente al Palacio del Pardo, los primeros días; ante la gigantesca Ciudad Sanatorial, después, una muchedumbre silenciosa se renovaba de continuo, buscando en directo la noticia.

La noticia, tan temida por muchos durante años; tan deseada por otros durante esos mismos años. La noticia, que había comenzado a hacerse posible el 17 de octubre, cuando la prensa habló de una «ligera afección gripal» del Jefe del Estado. El 26 se producía la primera insuficiencia coronaria y el parte «del equipo médico habitual» utilizaba una frase explícita: «estado crítico». Desde entonces, día a día, hora a hora minuto a minuto, el ilustre enfermo se empeñaba en un desesperado combate por sobrevivir, cuyo negativo resultado nadie dudaba. Aunque los entusiastas de siempre buscaran absurdos pretextos para disimular lo inevitable:

—Tiene una naturaleza de hierro… Su padre murió con noventa y pico de años… Y ahí está su hermano Nicolás, que también creyeron todos que se moría y se ha recuperado y eso que es mayor.

Fueron semanas tensas, días crispados, que provocaron inesperadas reacciones en las gentes. Al cabo casi de cuarenta años, iba a modificarse radicalmente un estado de cosas que para muchos se había hecho, quizá, indispensable; desde luego, normal. Más de medio país no había conocido otro régimen. Y ahora comprendía —todo el país— que la expectativa de futuro no estaba, quizá, tan clara como se le había hecho creer* Una seria, honda preocupación se abatió sobre España cuando, al amanecer del día 20 de noviembre de 1975 (curiosamente, a los treinta y nueve años justos del fusilamiento de José Antonio Primo de Rivera en Alicante) la radio dio la esperada y no por ello menos impresionante noticia: Francisco Franco había muerto. A las 5.25 de la mañana, en la Ciudad Sanatorial La Paz, como consecuencia de «una parada cardiaca irreversible».

Los periódicos lanzaron cientos de miles de ejemplares, en ediciones continuas, que se agotaban al instante. Los periódicos tenían compuestas, desde muchos días antes, las páginas con las referencias históricas de la figura de Franco, con su detallada biografía, con los editoriales de rigor. En seguida aparecieron también números extraordinarios de las revistas y la televisión y las emisoras de radio comenzaron a funcionar de manera constante. Aunque ese día 20 fue normal a efectos laborales, los pueblos y las ciudades de España tenían ya un aspecto distinto, daban

una extraña y nueva sensación. Una sensación seria y absolutamente serena. Como en seguida se dijo, una sensación de madurez.

Amortajado con uniforme de gala de capitán general, el cadáver del Caudillo quedó expuesto en el Palacio de Oriente. Funcionó con precisión absoluta el mecanismo de la sucesión; las Cortes proclamaron rey de España a don Juan Carlos de Borbón y Borbón, que compareció ante la Cámara y llegó por la televisión a todos los rincones del país, con el gesto triste, ojeras profundas y evidente emoción. Leyó con firmeza su juramento, y después dirigió a los españoles un mensaje verdaderamente importante. Horas antes, el presidente Arias había hecho llorar a muchos —y había llorado él mismo— al transmitir el «testamento político» de Franco a través de la «pequeña pantalla».

La «pequeña pantalla» se convirtió en el gran espectáculo de aquellas jornadas. Entre el dramatismo de los acontecimientos, el rubio príncipe Felipe comenzó a despertar, con sus espontáneos gestos, con su encanto infantil, la simpatía de la gente. Y, superando todas las previsiones, los españoles hicieron cola —horas y horas, a despecho del frío, con una sinceridad y un dolor impresionantes— para desfilar frente al cadáver del que había dejado de ser ya su Jefe del Estado. Que era finalmente llevado hasta la basílica del Valle de los Caídos y allí recibía su sepultura definitiva, detrás del altar mayor, debajo de una losa de granito donde sólo figura, sin tratamiento alguno, su nombre y su primer apellido: Francisco Franco.

Manolo había recibido la noticia minutos después de que la radio la anunciase; Daniel Fujardo, según tenían convenido, le llamó inmediatamente por teléfono, sacándole de la cama. A las ocho estaba en Imporgasa y su gerente (que desde la renuncia de Alfonsiño era también accionista y consejero-delegado) le comentó las últimas informaciones transmitidas por la radio.

—¿Cómo ves la situación? —le preguntó.

—Normal. Estos primeros días no pasará absolutamente nada. Puedes estar tranquilo.

—Sí, pero luego…

—Es prematuro opinar. Aunque yo creo que, hasta dentro de algunas semanas, no se pueden hacer cábalas. Hay que esperar al nuevo gobierno…

Realmente, Fujardo estaba en un plan bastante conservador en los últimos meses, quizá porque al recibir sus paquetes de acciones (con facilidades de pago, mediante deducciones progresivas de sus muy incrementados honorarios mensuales) había rectificado sensiblemente sus anteriores criterios sobre el capitalismo, que ahora concebía como una colaboración estrecha entre la empresa y los trabajadores, ausente de cualquier fricción que pudiera perjudicar la común tarea productiva. Se había comprado un apartamento de ciento y pico metros en la calle de Orense y aunque

continuaba (claro está) fiel a sus principios ideológicos, los formulaba con evidente serenidad, descartando en todo caso cualquier solución política violenta.

Manolo pasó la tarde en Somosaguas; cenó con poca gana. Carmiña estaba triste y no podía disimularlo.

—¡Hemos vivido tan tranquilos todos estos años!… —dijo, como síntesis de sus impresiones en aquel momento.

—Bueno, mujer, tampoco ahora va a pasar nada —la sosegó su marido—. Haremos una democracia como debe ser; todo está previsto.

—Dios lo quiera. Pero no sé, no sé…

Manolito, hijo, se quedó frente al televisor. Carmencita, en cambio, no parecía sentir el menor interés por lo que estaba sucediendo en el país; se metió en su cuarto y puso el tocadiscos.

—Podíamos irnos estos días a Navacerrada —propuso Manolo.

—Sí, quizá sea lo mejor…

Pero surgió el problema del servicio. Porque a la mañana siguiente, Víctor le dijo a su señora:

—La cocinera y yo queríamos pedir permiso para ir al Palacio de Oriente, a ver por última vez al Caudillo. Creo que la doncella también piensa pedírselo. Y ya sabe usted que hay que estar varias horas en la cola…

Sin contar con su marido, Carmiña les dio el permiso y quizá se quedó con el deseo insatisfecho de acompañarles. A Manolo, cuando se enteró, le pareció muy mal.

—Es una mascarada… Además, nos revientan, porque ya no podemos marcharnos a la sierra.

—No te preocupes; pueden venir después con el R-12. Nosotros nos vamos, como teníamos previsto.

Se marcharon, efectivamente, y por la televisión en color siguieron al minuto todos los actos de aquellos días y Manolo, en algún momento, notó cierta sensación extraña, que nunca supo si era tristeza o preocupación o, quizá, remordimiento.

De todos modos, el 23 se citó por teléfono con los compañeros de la Coordinación Democrática.

Las reuniones se multiplicaron en días sucesivos. Las «fuerzas libres» se encontraban, naturalmente, en el momento crítico y comprendieron que tenían que unir sus esfuerzos y acompasar sus decisiones. Al cabo de cuarenta años de considerar pura utopía su retorno al poder, se les ofrecía ahora la posibilidad de alcanzarlo. Pero ¿cómo? ¿Aceptando la colaboración con el que se llamaba «primer gobierno del rey»? ¿Enfrentándose a él de una manera discreta? ¿O rompiendo hostilidades? En aquellas reuniones comenzó tratándose este tema; o sea, en frase del

representante del (ilegal) Partido Comunista, se planteó «la mecánica operativa». Desdichadamente, no hubo manera de llegar a un acuerdo, Y eso que, por el momento, solamente estaban representadas en las «convergencias» (como se les llamó) treinta y siete (ilegales) partidos políticos de la oposición.

Puede decirse que se discutieron tan sólo treinta y dos opiniones distintas, lo cual denotaba que, felizmente, la oposición comenzaba a aproximarse en sus criterios, aunque quedaba todavía mucho camino por andar. Hubo, eso sí, unanimidad total, clamorosa, en la aprobación de algunos puntos de carácter básico; lo que podríamos llamar declaraciones de principios. Por ejemplo: repudio de la Organización Sindical (Manolo se distinguió en las discusiones, aportando datos muy útiles acerca de la ineficacia del sistema vertical); amnistía completa, rotunda, indiscriminada, y absoluta; implantación de una democracia auténtica, en la que cupieran todos los partidos políticos, sin ninguna limitación y con expresa legalización del Comunista. A propuesta del joven socialista andaluz, se matizó este punto: «Quedarán, naturalmente, fuera de la legalidad y no serán jamás autorizados los partidos fascistas». Era la culminación de las ideas democráticas imperantes en la reunión.

En cuanto al futuro del Estado, solamente se trazaron las líneas básicas: España se consideraba integrada por un conjunto de países autónomos enteramente desligados del poder central y amparados en estatutos federales que se aprobarían por sufragio. El representante del PSCO (Partido Sindicalista Colectivo Original) sugirió que la autonomía no llegase al fútbol, aceptándose por los diversos países incardinados en el Estado español una Liga federal, ya que es sabido que el Real Madrid siempre llena los campos en todas las ciudades, aunque sean federales. Tan descabellada propuesta fue abucheada.

Con simpático ceceo, el delegado del MALC (Movimiento Andaluz de Liberación Castiza) preguntó si se había pensado lo que sucedería con las corridas de toros, cuya bunkeriana denominación de «fiesta nacional» propuso que se sustituyera por «fiesta de los países ibéricos», sugiriendo también que se concedieran especiales franquicias aduaneras y fiscales a los toreros para sus desplazamientos de uno a otro país incardinado.

Esta propuesta fue mejor aceptada y la mesa la tomó en consideración para, en su momento, incorporarla a la sección que se encargase del estudio del tema «Espectáculos y diversiones populares». Un hombre de mediana edad, con el rostro surcado por gruesas arrugas que denotaban su limpio origen campesino y que en seguida se dio a conocer como representante del PLM (Partido Liberador de la Mancha), dijo, tan burda como emocionadamente, unas palabras acerca del entusiasmo que en los campos de Montiel había despertado la idea de una Federación Ibérica de la Mancha y, dirigiéndose al catedrático (que estaba en la mesa presidencial), le rogó que les ayudase a encontrar una bandera bonita y un escudo;

sugiriendo que, por naturales razones de patriotismo manchego, aquel pueblo que nacía como país federado vería con buenos ojos que en alguno de los cuarteles figurase don Quijote, pero también en otro Sancho Panza, con objeto de demostrar así un espíritu liberal y democrático absoluto.

Al tercer día de sesiones, los partidos representados ya eran cuarenta y dos, porque tres de los que las iniciaron para enlazar las diversas instancias unitarias, se habían fraccionado en varios partidos nuevos, disidentes (bien es cierto que por meras cuestiones de matiz) con respecto de su origen. Se respiraba en aquellas cordiales discusiones (que duraban hasta nueve horas seguidas) un clima nuevo, un clima relajante, bien distinto del que, durante tantos años, había caracterizado las concentraciones políticas del anterior régimen, generalmente llamado ahora la dictadura. Por lo pronto, cada cual se vestía como le daba la gana y era compatible la fina elegancia del ex ministro de Franco con la juvenil arrogancia despechugada del joven líder andaluz y el jersey de punto y cuello alto del representante de las CCOO y los vaqueros de los muchachos de la UGT y el traje negro, bastante arrugado, del ex ministro de la República.

Al terminar se cantaba la *Internacional* con la mayoría de los asistentes puño en alto y se daban gritos de los antes llamados subversivos y la Convergencia se disolvía pacíficamente, entre sonrisas y abrazos, mientras los fotógrafos de prensa disparaban sus *flashes* y los observadores extranjeros aseguraban que el porvenir se presentaba hermoso para la España democrática en marcha acelerada, y al siguiente día todos los periódicos contaban el festejo y muchas revistas daban detalles abrumadores sobre los (ilegales) partidos políticos y sus líderes y sus actividades y, claro está, coincidían al final en que ya estaba bien de maniatar la libre expresión de los ciudadanos y que había que terminar con la opresión y que el gobierno lo que tenía que hacer era dimitir, porque con la funesta Ley de Prensa no había forma de decir en papel impreso cosas desagradables contra los ministros.

Cuando comenzó el nuevo año, el primer año de la libertad —al decir de los exégetas— Manolo recibió el honroso cargo de redactar un documento, una especie de manifiesto a los pueblos del Estado español, que debía estar escrito con cierto indispensable lirismo, inevitable ambigüedad en cuanto a los proyectos y total contundencia en el repudio del anterior régimen y de todas y cada una de sus instituciones. No estaba la convergencia sobrada de prosistas (eran todos más bien hombres de lucha, templados en el duro sacrificio de la clandestinidad o en el martirio de la cárcel o, cuando menos, en la tortura moral de tanta indignidad conocida) y así resultaba Manolo una de las plumas más aprovechables. Para encontrar el adecuado estilo, un estilo plenamente democrático, repasó textos de varios eximios autores a quienes siempre (explicó a sus compañeros) había admirado fervientemente: José Bergamín, Ramón J. Sender, Rafael Alberti… Tuvo asimismo

que ambientarse con la nomenclatura que los comunicados sucesivos de las distintas instancias de la oposición habían ido acreditando y usar, en consecuencia, palabras antes de poco uso, ahora en cambio rescatadas por los vientos democráticos: coalición, federación, autoconvocatoria, intolerancia, plataforma, incardinación, proceso constituyente, autocracia, pacto, autonomía, ruptura, quiebra del Estado.

El manifiesto le quedó precioso y fue ampliamente difundido, teniendo singular acogida entre los varios millares de obreros del cinturón industrial de Madrid que estaban en huelga, en cumplimiento de las consignas del PC (según mentía el gobierno) y de las democráticas CCOO (según sucedía en la realidad).

Cinco días estuvo embebido en sus actividades políticas, tan escandalosamente públicas como todavía ilegales (en curiosísima contradicción, que indignaba mucho a los del llamado «bunker», quienes, con el Código Penal vigente en la mano, pedían la fulminante encarcelación de todos aquellos descocados líderes de la nefasta oposición comunizante) y olvidado forzosamente de sus empresas. Cuando por fin apareció por Sincolesa, Daniel Fujardo se encerró con él en dirección y no se anduvo por las ramas:

—Mira, Manolo, esto no puede continuar así. Te ha dado el sarampión democrático y estás desatado. Pero tú y yo dirigimos una organización comercial muy seria, que ahora se encuentra llena de problemas y no estoy dispuesto a tragármelos yo solito.

—¡Pero hombre, Daniel, tú me dices eso!…

—Claro que te lo digo yo. Porque soy tu socio y en consecuencia, responsable por mitad de lo que aquí pasa. Y pierdo también por mitad los beneficios que se evaporan por falta de atención tuya a los negocios.

—No me salgas ahora con miserias capitalistas…

Daniel se quedó perplejo. Tanto, que tardó algunos segundos en reaccionar.

—Manolo, admito que te hayas convertido de corazón al socialismo. Creo que me lo debes a mí, ¿no? Pero lo que yo no pude pensar nunca es que, cuando estás a punto de cumplir sesenta años, te conviertas además en un imbécil. ¿Por qué no miras a tu alrededor? ¿O es que varios de esos que están sentando contigo las bases de la democracia española no son más capitalistas que tú y viven aún mejor que tú y dominan unas multinacionales que para nosotros las quisiéramos? Porque una cosa es predicar libertades y otra dar trigo, pagando buenos salarios a los trabajadores y obteniendo los naturales beneficios industriales…

Manolo le miró asombrado:

—Oye, cuando me llevaste al encierro aquel de Montserrat…

—Déjate de hacer historia —le cortó Fujardo—. El contorno nacional ha cambiado sustancialmente. Entonces, teníamos que romper la opresión, hacer saltar la

tiranía; bueno, ya lo hemos conseguido…

—En cierta medida y no precisamente por nuestro solo esfuerzo, sino más bien a causa de una insuficiencia cardiaca.

—Lo hemos conseguido y basta. Ahora, el aliciente de la clandestinidad se ha perdido y lo que tenemos que hacer los buenos demócratas es trabajar, trabajar sin descanso. O la economía del país se va a la porra.

—¿Son ésas las últimas consignas del PC?

—He dejado de pertenecer al PC —aclaró Fujardo—. Su radicalización me parece inaceptable; Santiago y Lola están más en el «bunker» que Blas Piñar. En otro «bunker»; pero «bunker» al fin y al cabo.

—¿Y puede conocerse tu actual ideología política?

—Una socialdemocracia conservadora de corte europeo, Lo que España necesita, Manolo. Ya te convencerás…

La primavera trajo a Madrid a Alfonsiño, que venía gordo, coloradote y feliz. La vida provinciana le sentaba, era indudable, a las mil maravillas. Cosa normal si se piensa que ni se había enterado del manifiesto de la Convergencia Democrática, lo que dolió profundamente a su redactor literario.

—¿Pero en qué mundo vives, hombre?

—En el que me gusta: ya te lo dije. ¿Y sabes? A lo mejor me caso; sí, figúrate qué locada. Pero hay una rapaza allá en Betanzos; bueno, una rapaza de cuarenta años… Las paisanas, que tienen gancho. ¡Y luego, qué voy a decirte, Manoliño, a ti precisamente!…

Había recuperado todo su acento gallego y Carmiña quiso que se quedara a vivir con ellos en Somosaguas, pero se negó en redondo.

—Comer, ya comeré aquí, pero déjame las noches libres, filiña…

Manolo tenía prisa por hablarle de política, a pesar de que, notoriamente, el tema no le interesaba un pimiento a su viejo amigo. Que llegaba con un delicioso candor en cuanto a la realidad del país (le hizo notar Manolo), consecuencia de hacer caso del Telediario.

—¿Pero no ha dicho el presidente que pronto tendremos elecciones? —preguntaba el infeliz Corcheiro.

—Las repudiamos. Quieren hacer unas elecciones amañadas.

—Como todas, claro. ¿Y no dice el gobierno que habrá referéndum?

—Lo impugnamos. Las preguntas que quieren formular, no nos valen.

—¿Qué preguntas serán?

—No se sabe aún. Pero las impugnamos.

—¡Ah! ¿Y eso del Congreso de los diputados y del Senado?

—No lo admitimos.

—¿Pero no sois un partido político?

—Ilegal, en la oposición.

—¿No dicen que ahora puede haber partidos?

—El nuestro rechaza toda oferta que llegue del poder constituido. Exigimos disolución del gobierno, ruptura y apertura de un proyecto constituyente.

—¿Y eso, por qué?

Manolo dudó un momento. Por fin, explicó:

—Porque negamos la legitimidad de un gobierno que no ha sido elegido por el consenso democrático de todos los españoles.

—Pero para nombrar así un gobierno, hará falta otro que organice las elecciones ésas…

—No nos fiamos de las promesas de quienes, aunque jóvenes, han colaborado con el antiguo régimen. Tienen por ello tacha de autoritarismo.

Cayó de pronto en la cuenta de que Alfonsiño le conocía desde hacía nada menos que treinta y cinco años. Por lo que, sin dejarle meter baza, continuó impetuosamente:

—Ya sé que algunos, yo mismo, también coexistimos con la dictadura; pero nosotros hemos reaccionado en serio, hemos descargado nuestra conciencia con verdadera convicción. Somos otros muy distintos de aquellos jóvenes estúpidos de hace muchos años…

—Ya veo, ya veo… —sonrió Alfonsiño—. Oye, me tomaría otro coñac.

Se lo sirvió.

—¿Y qué tal el ambiente por Galicia? Allí también surgen ansias renovadoras… Nuestro partido tiene fuertes ramas autonomistas en tu tierra…

—¿Ah, sí? —se extrañó Alfonsiño—. Pues mira, yo sólo he notado que ahora le da a unos cuantos por decir que Galicia debe pronunciarse Galiza y por cambiar los rótulos de los pueblo y, por ejemplo, donde decía Ginzo, poner Xinzo y bobadas así…

—No son bobadas, Alfonso. Es que resurge una conciencia nacional autónoma en los países ibéricos. Fíjate; sólo en tu tierra se cuentan ya diez distintos partidos demócratas, encuadrados en el Consello de Forzas Políticas y en la Táboa Democrática.

—Pronuncias muy mal, querido —despreció Alfonso.

Manolo no se dio por aludido.

—Una impetuosa corriente desmantela el régimen anterior, pone a flote sus corrupciones y exige la creación de una España nueva. Mi partido…

—¿Cuál es, tú? —le cortó Alfonsiño.

—El PSOE, rama histórica, tronco secular, facción purísima. No debes confundirlo con siglas parecidas sólo en la forma.

—¿Cuántos sois?

—¿Cómo que cuántos somos?

—Sí, naturalmente. Cuántos socios o afiliados o como se llame están detrás de vosotros, los jefes, apoyándoos.

Hubo un silencio embarazoso. Y remachó Alfonsiño:

—Para que me entiendas: yo me acuerdo de cuando las elecciones, en la República; tú no, porque eras un chaval. Entonces, decidían los votos ¿Cuántos votos esperáis sacar vosotros? Porque, claro, sólo por los votos se puede saber quién cuenta con la mayoría… Y por tanto, quién puede mandar de veras… Es ésa la democracia, ¿no?

—Sí, sí, claro que es ésa. Pero en realidad, ahora mismo… ten en cuenta que después de tantos años de dictadura, el país ha perdido la costumbre del sufragio, Y claro, se hace difícil calcular…

Alfonsiño se acabó la segunda copa.

—¡Mira que si después os votan cuatro gatos…! —dijo sonriendo. Pero a Manolo no le hizo ninguna gracia.

Cuando la oposición democrática española, reunida por vez primera después de cuarenta años, acordó nombrar una comisión de enlace de todas las instancias unitarias presentes, con el fin de estudiar un proyecto de articulación y un programa común de ruptura democrática, para abrir un período constituyente, se contabilizaron las siguientes siglas:[1] PSOE, PSI, PCE, MSM, PSP, GI, PUC, PC, AI, BR, PSC, «c.c»., MC, ORT, UGT, PT, CDC, PSG, MCG, PCG, CCOO, IO, PSAN, USO, PSPV, UCE, UDPV, PSD, PCEU, ANV, EKA, FPS, USDE, IDE y JD.

No estaban en la cumbre, sin embargo, la totalidad de partidos políticos existentes.

O sea que todavía hay más. Bastantes más. Por ejemplo, entre los catalanes, UDC, RSC, LLC, ERC, y CC, junto con otros de menor cuantía.

A este país le siguen perdiendo las letras. Sean de cambio, sean de siglas…

XIII

Los simpatizantes de la oposición habían venido de toda la provincia. Porque se trataba de un festival de música sin precedentes, de un auténtico alarde demostrativo de las fuerzas políticas disidentes. Desde el mediodía comenzaron a llegar al *campus* universitario autobuses y coches particulares y motocicletas repletas de muchachos melenudos, de muchachas despeinadas, de una juventud, en suma, entusiasta, que portaba pancartas y escarapelas de color rojo sobre las cazadoras y las blusas, con la palabra «amnistía» escrita en gruesos trazos. Había también gentes maduras, igualmente fervorosas y fueron ocupando los terrenos acotados para el magno acontecimiento, sentados en el suelo, haciendo tiempo con el bocadillo, las bebidas refrescantes y (en algunos casos) el hachís. No faltaron parejas que entretuvieron la espera haciendo libremente el amor, sin que nadie cometiera la ordinariez de interrumpirlas, en una prueba más del espíritu democrático de la jornada.

Poco antes de las diez de la noche, unas veinte mil personas llenaban el amplio recinto y el ambiente estaba caldeado al máximo con las canciones que brotaban de aquellas entusiastas gargantas, que repetían una y otra vez *La Internacional, Els segadors* y diversas creaciones de Raimon, Joan Manuel Serrat y Lluís Llach. Al fondo se elevaba una especie de escenario, lleno de micrófonos y equipos de sonido y detrás podía leerse, sobre un enorme lienzo colorado, «Festival de la canción democrática y de los pueblos ibéricos», en grandes letras blancas. La muchedumbre enarbolaba numerosas banderas rojas, con la hoz y el martillo, enseñas de las cuatro barras, *ikurriñas* y otros pendones (con perdón) desconocidos para la mayoría, que los expertos aclararon que se trataba de la bandera andaluza; a medida que la gente se iba enterando, aplaudía con fervor aquellos bonitos colores.

Se habían reservado cinco modestas sillas de enea delante mismo del escenario y a las diez y cuarto en punto aparecieron sus destinatarios. La masa, puesta en pie, les aclamó con delirio. Eran los líderes de las diversas fuerzas de la Coordinación, que sumamente emocionados tuvieron que saludar reiteradamente con el puño en alto. La multitud gritaba: «¡Marcelino, Marcelino!» y «¡Felipe, Felipe!» y pronto se escuchó un clamor inmenso que coreaba la afortunada frase «¡Me cago! ¡Me cago! ¡Me cago! — si no vuelve Santiago» y aquella otra «Como no vuelva Dolores — nos pueden entrar picores». Súbitamente, millares de cerillas se encendieron y en la media oscuridad del anochecer, el efecto resultó sorprendente.

Manolo, que estaba en un discreto segundo plano, detrás de los líderes, encendió también su mechero, pero infaustamente andaba mal de gas y la llama se extinguió casi en seguida. Quizá fuese mejor, porque el Dupont de oro con apliques de laca fina no encajaba en la democrática sobriedad del medio ambiente. Por fin se acalló el gentío, cuando un locutor anunció que comenzaba el festival y se inició el clamoroso

desfile de cantautores de ambos sexos, todos aclamados, todos vitoreados, todos triunfadores con sus melodías tristes, canciones de la resistencia y el cautiverio, cuyas letras eran originales de Miguel Hernández y de León Felipe y de Machado (el bueno, o sea, el republicano) y de Alberti y también de los propios intérpretes. Muchas de estas canciones fueron coreadas a pleno pulmón por millares de jóvenes gargantas, tan entusiastas como desafinadas. Cerca de las dos de la mañana terminó el emocionante espectáculo, naturalmente cantando otra vez el gentío *La Internacional* y la muchedumbre se retiró en perfecto orden, sin que la fuerza pública (que discretamente vigilaba los alrededores) tuviera que intervenir y mientras los representantes de los cantautores cobraban sus honorarios, que en atención a la finalidad política del acto eran inferiores a los normales, o sea que vinieron a percibir poco más de veinte mil duros por barba y voz.

Manolo regresó en el Mercedes azul cobalto, acompañado por el ilustre abogado liberal, especialista en multinacionales y por un joven dirigente del PSB (Partit Socialiste Blaugrana) de Cataluña, de nombre Jofre Pratmanyá. Tenía poco más de veinte años y, según explicó, llevaba sobre su conciencia el bochorno de la incalculable fortuna de su padre (el propietario de Tejidos del Llobregat y la Geltrú, S. R. C)., amasada a lo largo de los muchos años de la dictadura. Se avergonzaba dignamente el muchacho de haber estudiado bachillerato en Suiza y de haber hecho unos cursos de Economía en Cambridge y de tener yate y hasta de ser campeón de pesca submarina. Su júbilo era inmenso ante los nuevos horizontes que se entreveían y como lo que a él le gustaba era el teatro, había decidido terminar con la represión familiar, olvidarse de la fábrica y entregarse en cuerpo y alma a la creación de un Teatre Catalá Lliure y Bó, incardinado en el Departament de Cultura de la Taula y con idea de que, en el próximo futuro, sirviera como célula germinal del Gran Teatre de la Generalitat.

Jofre (que, además, era un poquito marica) se extasiaba contando sus ambiciosos proyectos:

—Se trata, miren, de una aproximación de la cultura al *poblé y* es por esto que incluiremos en el repertorio no sólo autores nacionales, como Guimerá, Serafí Pitarra y Mossén Cinto, sino también otros de los demás países federales, e incluso de la meseta; por ejemplo, Pere Caldero de la Barca, Ramó de la Valle Inclan, Enríc Jardiel Poncela e incluso Josep Zorrilla, cuyo *En Joan Tenori* admite un tratamiento desmitificador, del que resulta un alegato *espaventós* contra la burguesía.

El ilustre abogado comentó entonces:

—Por cierto, que yo no acabo de entender esta moda actual de que los personajes teatrales sean interpretados por actores de sexo contrario… O sea, eso de que *Las criadas* la hagan hombres y Bernarda Alba sea Ismael Merlo…

—¡Oh, es muy natural, amigo! —aclaró Jofre—. Consiste en ahondar en el texto,

en corporeizar el espíritu de la obra.

Y el ilustre abogado, que tenía un estupendo sentido del humor, insinuó:

—¿Y por qué no piensa usted en la posibilidad de una *reprise* de *El divino impaciente*, con Lola Gaos interpretando a san Francisco Javier? Podría suponer el hundimiento definitivo de la Compañía de Jesús…

—Oiga, no está mal visto, ¿eh? Nada mal visto… —contestó Jofre.

Que sacó una cuartilla del bolsillo y se apuntó la idea.

Cuando Manolo llegó a casa, encontró a su hijo leyendo en el salón.

—¿Sabes la hora que es? —le preguntó.

—Claro. Pero como en la Universidad estamos en huelga, mañana no tengo que madrugar.

—¿Qué estás leyendo?

—Las *Obras completas* de José Antonio. Las he cogido de la biblioteca; por cierto que las tenías arriba de todo, como escondidas.

—Estarían donde siempre…

—Era un tipo colosal este José Antonio —dijo Manolito—. Pero por lo que veo, no hicisteis ningún caso de su doctrina.

—Fue un hombre honrado, sí; pero un teórico.

—Para saberlo, habría hecho falta llevar a la práctica sus ideas.

—Además, piensa que han pasado ya más de cuarenta años; el contorno universal no tiene nada que ver con el de entonces. Ahora ya no se llevan los fascismos. Eso está caducado.

Manolito cerró el libro.

—Tengo que decirte, papá, que me he afiliado a FE de las JONS; a la auténtica, ya supondrás. A la que han formado los hedillistas y que reivindica el espíritu y los símbolos y la doctrina joseantoniana.

Manolo no pareció darle importancia. Solamente comentó:

—Si eso te divierte…

—No es problema de diversión. Como dice Enrique Carrasco…

—¡Ah, vamos! —le cortó su padre—. Eres catecúmeno de ese pobre diablo…

—Ese pobre diablo es una de las personas más honestas que conozco. Por cierto, que tengo entendido que empezasteis juntos vuestra, llamemos, carrera política. ¿No es eso?

—Bueno, trabajaba conmigo en la Jefatura de Propaganda, cuando la guerra. Pero era un subordinado; un don nadie…

—Claro. Como ahora.

—Justamente.

—Porque también, como ahora, era un idealista. Y un hombre decente.

—Mira, Manolito, tú no sabes nada de la vida. Ya irás aprendiendo, ya…

—Me temo que sí, que aprenderé. Y que me darán mucho asco las enseñanzas…

Se levantó.

—Hasta mañana, papá.

—Hasta mañana, hijo.

—Por cierto; si llego tarde a comer, no os preocupéis. Es que vamos a los pueblos cercanos a Madrid, a quitar de las entradas de las carreteras los yugos y las flechas que pusisteis, sin razón alguna.

Manolo se le quedó mirando. Subía ya su hijo la escalera, cuando le dijo:

—Hacéis bien.

Se sirvió un whisky y se metió en su cuarto. A pesar de lo avanzado de la hora, leyó un buen rato, según su costumbre. Tenía muchas revistas pendientes; incluso la prensa diaria. En *Gaceta Ilustrada*, Pedro Laín Entralgo escribía acerca de lo inevitable que era oír entre nosotros la palabra ruptura: «Ruptura con todo cuanto oliera a autocracia y, por consiguiente, con todas las más o menos forzosas derivaciones y escurriduras de ésta; un uso del mando cuyas fronteras con el abuso nunca se hallaban bien delimitadas… Ruptura, pues, con todo lo que no fuese expresión de los ideales democráticos liberales o socialistas, hispánicamente vencidos en 1939, universalmente vencedores en 1945. Ruptura necesaria, imperiosa, urgente». *Cambio-16* publicaba una sabrosa entrevista con José María de Areilza, bajo este titular harto elocuente: «Cómo desmontar el franquismo». Y el conde de Motrico decía, entre otras cosas: «Los grandes obstáculos que se oponen a la democratización real del país proceden de la subsistencia del espíritu heredado de la etapa franquista en las instituciones y en el área de los intereses económicos… Se ha repetido con insistencia que el secreto de la perduración del régimen del general Franco era la constitución política que había otorgado al país, tan adecuada a la nación española que había subsistido cuarenta años. Pero esa afirmación es una falacia total para cualquiera que conozca la intimidad del sistema fenecido».

No menos interesantes eran las declaraciones de Rafael Calvo Serer a *España-21*. Recién salido de la cárcel de Carabanchel, manifestaba: «Yo no he sido nunca franquista. Acabo de terminar un libro cuyo título será *Liquidación del franquismo y* con el subtítulo de *Franco, el príncipe y don Juan*. Mi consideración hacia la labor de Franco es negativa. Siempre estuve en fricción con Franco». Por su parte, don Joaquín Ruiz-Giménez, en un discurso a representantes de la oposición política, acababa de decir: «Se yuxtaponen en este instante de la transformación de España el tránsito de un Estado autocrático a un Estado genuinamente democrático; de un Estado centralista a otro que recoja las legítimas aspiraciones a la autonomía de los pueblos del Estado español y el tránsito de una sociedad con graves injusticias sociales, a otra donde predominen los criterios de igualdad y de equidad».

Apagó la luz cerca de las cinco de la mañana. Tenía en la boca un sabor amargo, desagradable. Lo atribuyó a unas copas de coñac que había bebido durante el festival de la canción democrática.

No a la lectura de aquellos textos.

La secretaria (vestida con un precioso modelo *pret-a-porter* de Rodier) descolgó el teléfono, para contestar, maquinalmente:

—Ejibesa, dígame…

—¿Está el señor Vivar de Alda?

—¿Quién le llama?

—Andrés Olalla.

—Un momento, por favor.

La secretaria apretó el botoncito que comunicaba con la otra secretaria, la particular de don Manuel.

—Oye, que llama al jefe un tal Andrés Olalla.

Y la secretaria particular trasladó el recado a don Manuel. Y don Manuel no cayó al pronto en quién era aquel Olalla, aunque en seguida lo recordó; se trataba de uno de los más entusiastas adictos al PSOE, rama histórica, tronco secular, facción purísima, que le había pedido una colocación para su hijo mayor, que había terminado la carrera de Derecho.

—Póngame.

La primera secretaria anunció a don Andrés:

—Le pongo.

Sonó por el auricular la voz amable de Manolo Vivar de Alda:

—¿Cómo estás, Andrés?

—Muy bien. Ya sabes para lo que te llamo. El asunto de mi chico…

—No lo he olvidado. Ayer hablé con nuestro jefe de personal. Me ha confirmado lo que ya te dije: la asesoría jurídica está al completo. Además, no te oculto que en estos momentos de grave problemática laboral necesitamos letrados muy expertos, muy duchos en las cuestiones sociales…

—Lo comprendo, lo comprendo perfectamente… —dijo Andrés con voz mustia.

—Pero al margen de la cosa jurídica… Porque tengo, ya lo sabes, un interés enorme en complacerte. Oye, ¿tu hijo sabe algo de deportes?

—Pues creo que sí. Por lo pronto, es socio del Atlético de Madrid y no se pierde partido. Creo que también juega bastante bien al tenis. ¡Ah!, y es amigo personal de Ortiz de Mendívil, el de la «moviola»…

—Estupendo. Me decía mi jefe de personal que necesitamos una persona competente en materia deportiva, para organizar las secciones de esparcimiento de nuestro personal obrero. En el último convenio colectivo hemos acordado una importante dedicación del grupo de empresas a esto del deporte. Pienso que tu chico

encajará de maravilla en este puesto.

—Yo también lo creo. Muchas gracias, Manolo.

—Que venga por aquí mañana, a eso de las once. Que pregunte por Roberto Marín, nuestro jefe de personal; ya estará en antecedentes.

—No sabes la alegría que me das. El chico vale mucho…

—No me extraña; sale al padre. Un abrazo, Andrés.

—Otro muy fuerte…

Colgó; dijo a su secretaria particular:

—Avise al señor Marín que mañana vendrá a verle un tal Olalla. Es el fulano de quien le hablé; hay que colocarle en eso de los deportes que se han inventado los del jurado de empresa. Salario base y cuatro meses de prueba.

—Sí, señor…

—Por favor, dígale al señor Fujardo que venga.

Fujardo entró con una carpeta enorme, llena de papelotes.

—Hola, Manolo.

—Buenos días, Daniel.

—¿Qué tal el festejo de anoche?

—Colosal. Un verdadero éxito.

—Lo celebro. Aunque, de ti para mí, las canciones de estos chicos me parecen aburridísimas…

—No son canciones frívolas, como las de Conchita Piquer y demás de la decadencia del régimen fenecido. Son mensajes de libertad. Quejidos del pueblo oprimido. Denuncias sociales.

—Ya, ya…

Empezó a sacar documentos de la gran carpeta.

—El Popular no acepta el descuento de las letras de Ramírez y La Guardia, S. L.

—¡Pero si es un papel estupendo!

—Cuéntaselo a tu amigo José Alberto.

—¿Qué hay de Turbinsa?

—El Juzgado la ha declarado en situación legal de suspensión de pagos.

—¿Cuándo nos paga el Ministerio las primas por las exportaciones de libros a Bolivia?

—Suspendidas por el momento todas las certificaciones.

—¿Qué hay del problema laboral en Imporgasa?

—Continúa el trabajo a ritmo lento, mientras no se readmita al administrativo que despedimos.

—¡Pero si le dio una bofetada al jefe de la sección y dijo a voz en grito que yo era un hijo de la gran puta!

—Explícaselo a los demás; se han solidarizado con él y estamos al treinta por

ciento del rendimiento normal. Existe, además, el peligro de que las otras empresas hagan causa común; ayer fue por allí Llaneza y mantuvo unas conversaciones con los delegados de Comisiones Obreras. Se supone que trataron el tema.

—Bueno, rico… ¿traes alguna buena noticia?

—Pues mira, sí; que Pirri podrá jugar contra el Bayern…

—¡Menos mal, coño!… —explotó Manolo.

Pero al Real Madrid le eliminaron finalmente los alemanes de Beckenbauer y no fue eso lo peor, sino que el modesto Tenerife le eliminó también de la Copa que aún se llamaba (¿por qué?, se preguntaba Manolo) del Generalísimo y entonces, ya no le cupo duda de que el régimen había finiquitado y era normal que se le llamase fenecido en los periódicos y que ya el Caudillo hubiese quedado reducido nada más que al «general Franco», ni siquiera en aumentativo de su grado militar y que don Salvador y don Claudio anunciaran su triunfal regreso y que se impusieran las autorizadas voces de los jóvenes que preconizaban la ruptura y que dentro de ese contexto nuevo, esperanzador y tan distinto, apareciese don José María Gil Robles y Quiñones, como firme promesa de futuro, enfrentado a los caducos personajes del antiguo régimen, tales como Girón y sus arcaicos seguidores del «bunker». Tan desfasados, tan fuera de lugar, que se empeñaban en seguir hablando de los «principios fundamentales» y en afirmar que Lola (no la Flores, sino la Ibárruri) no debía volver a España, cuando nadie, sensatamente, podía negarle su total incardinación con las más puras esencias democráticas.

Preguntó Manolo a Fujardo:

—¿Vendrás mañana a la gran manifestación pro amnistía?

—Pues mira, no, porque a esa hora estoy citado con los interventores judiciales de la suspensión de pagos de Turbinsa.

—Sí que es mala pata.

—Desde luego…

—A propósito; si el personal pide permiso para salir mañana un poco antes, hay que dárselo. La manifestación es a las siete.

—Ya se lo he dado porque, naturalmente, ya lo han pedido. Aclarando que, aunque no se les diera, se marcharían a las seis.

—Nuestra gente tiene un gran espíritu.

—No lo sabes tú bien —sonrió Fujardo.

Estaba nervioso. Había almorzado en Jockey con unos clientes venezolanos, que le amargaron la plácida digestión del hígado fresco de oca, a las uvas (900 pesetas en la carta), empeñados en elogiar el desarrollo de España bajo el fenecido régimen del desaparecido general. Se los quitó de en medio, entregándolos a la eficaz gestión de las *public-relations* de Ejibesa, que les llevarían por «Madrid *by night*» y llegó a

Somosaguas a las cinco pasadas. Habló por teléfono con la oficina del partido; las impresiones no podían ser mejores. Se calculaba en veinte mil las personas que acudirían a la manifestación. Dictó el texto de una pancarta, que se le había ocurrido en un rapto de imprevista inspiración: «Gobierno, escucha — que nuestra razón es mucha».

Se puso unos pantalones vaqueros, se quitó la corbata y Víctor, el criado, le cambió los zapatos marrones por otros negros, relucientes y lustrosos. Avisó al mecánico que no usaría el Mercedes para ir hasta el centro, sino el R-12. Para entonarse, se bebió un Chivas.

Entró en la habitación de su mujer, a decirle adiós. Carmiña no estaba nada de acuerdo con su participación en el acto; pero se había resignado.

—Y si se organiza algún lío —le recomendó—, quítate de en medio…

—No pasará nada. Haremos oír la voz del pueblo y el gobierno tendrá que aguantarse. Llevamos un manifiesto para entregar al gobernador, que echa chispas.

—Por cierto, dale muchos recuerdos a Paco para su mujer, que es compañera mía de colegio.

Paco era el gobernador.

—No creo que Paco esté para esas cosas… —ironizó Manolo.

Y le dio un beso en la mejilla a su mujer y se dispuso a marcharse y entonces Carmiña reparó en su vestuario y le dijo:

—¿Pero tú has visto cómo vas, cariño?

—Voy como debo ir. De una manera popular.

—Vas de pena, hijo. Esa chaqueta marengo no encaja absolutamente nada con los pantalones vaqueros.

—¡Qué más da!

—Claro que sí. No te cuesta nada combinarte como Dios manda.

—¡Déjate de tonterías!

—Además, si no llevas corbata, tampoco puedes ir con chaqueta oscura…

—¡Carmiña, que no se trata de una recepción…!

—Por eso precisamente. Tienes que presentarte con uniforme de manifestante. Los vaqueros están muy bien; pero sólo entonan con una americana *sport*.

—Me parece una estupidez…

—Te digo que has de cambiarte ahora mismo… Ponte la chaqueta beige de cuadros.

Y Manolo le hizo caso y fue a la manifestación en favor de las libertades y del futuro democrático como debía ir: cambiándose de chaqueta.

NOTA FINAL DEL AUTOR

Las citas que en esta novela imaginada se hacen de personas físicas realmente existentes, son todas auténticas y corresponden a escritos o a discursos que en su día recogieron los periódicos. Tan sólo, en algunos casos, se ha variado ligeramente su cronología, para adecuarla mejor al relato inventado. Pero, naturalmente, el autor tiene constancia fiel de las fechas exactas y de los lugares concretos en que se escribieron o se pronunciaron las frases de esas personas reales que ha reproducido, siempre entre comillas.

Agradezco a los interesados la aportación documental de lo que, posiblemente, constituye el mejor aliciente de este libro.

F. V. C.

Navacerrada (Madrid), IV-X-76.



FERNANDO VIZCAÍNO CASAS, (Valencia, 23 de febrero de 1926 – Madrid, 2 de noviembre de 2003), valenciano, abogado laboralista, escritor fecundo y de amplia recepción popular, desde que en 1971 apareciera su primer best-seller, *Contando los 40*, viene siendo uno de los autores más vendidos de España. En esta misma colección se publicaron *Niñas… ¡al salón!* y *De «camisa vieja» a chaqueta nueva,* que han superado entre ambas los 100 000 ejemplares. Otros libros suyos igualmente celebrados fueron *La España de la posguerra* (Colección Espejo de España), *Café y copa con los famosos, Mis audiencias con Franco y otras entrevistas, La boda del señor cura* (Colección Albia Nova). Al decir de la más exigente crítica, se trata de un autor con especial facilidad para los temas actuales, vivos, que enfoca con un fino sentido del humor y a los que sabe dar un tratamiento periodístico, dentro de un estilo narrativo claro y directísimo, sin retórica. Es un novelista absolutamente singular y un humorista inserto en la mejor tradición del género. *… Y al tercer año, resucitó,* novela definida por el propio Vizcaíno Casas como «de historia-ficción», constituye una obra sorprendente, destinada a superar, sin duda, todos sus éxitos anteriores.

Notas

[1] Al llegar aquí, el autor debe hacer una importante aclaración. Si hasta el momento, en este libro, se han barajado en voluntaria confusión hechos reales con anécdotas imaginadas y se han inventado nombres y denominaciones, la increíble relación que ahora se incluye es, por desgracia para los buenos intentos de convertir este país en una democracia seria, rigurosamente cierta. Está tomada del diario El Pais, número del 5 de septiembre de 1976, página 8, y recoge, efectivamente, los partidos asistentes a la «cumbre» celebrada en el hotel Eurobuilding, de Madrid. El autor siente la necesidad de hacerlo constar así, para que nadie pueda pensar (como sería lógico) que la lista es también producto de su desbocada invención; es una coña más. Lastimosamente, no se trata de otra broma, sino de una realidad que se comenta sola. <<